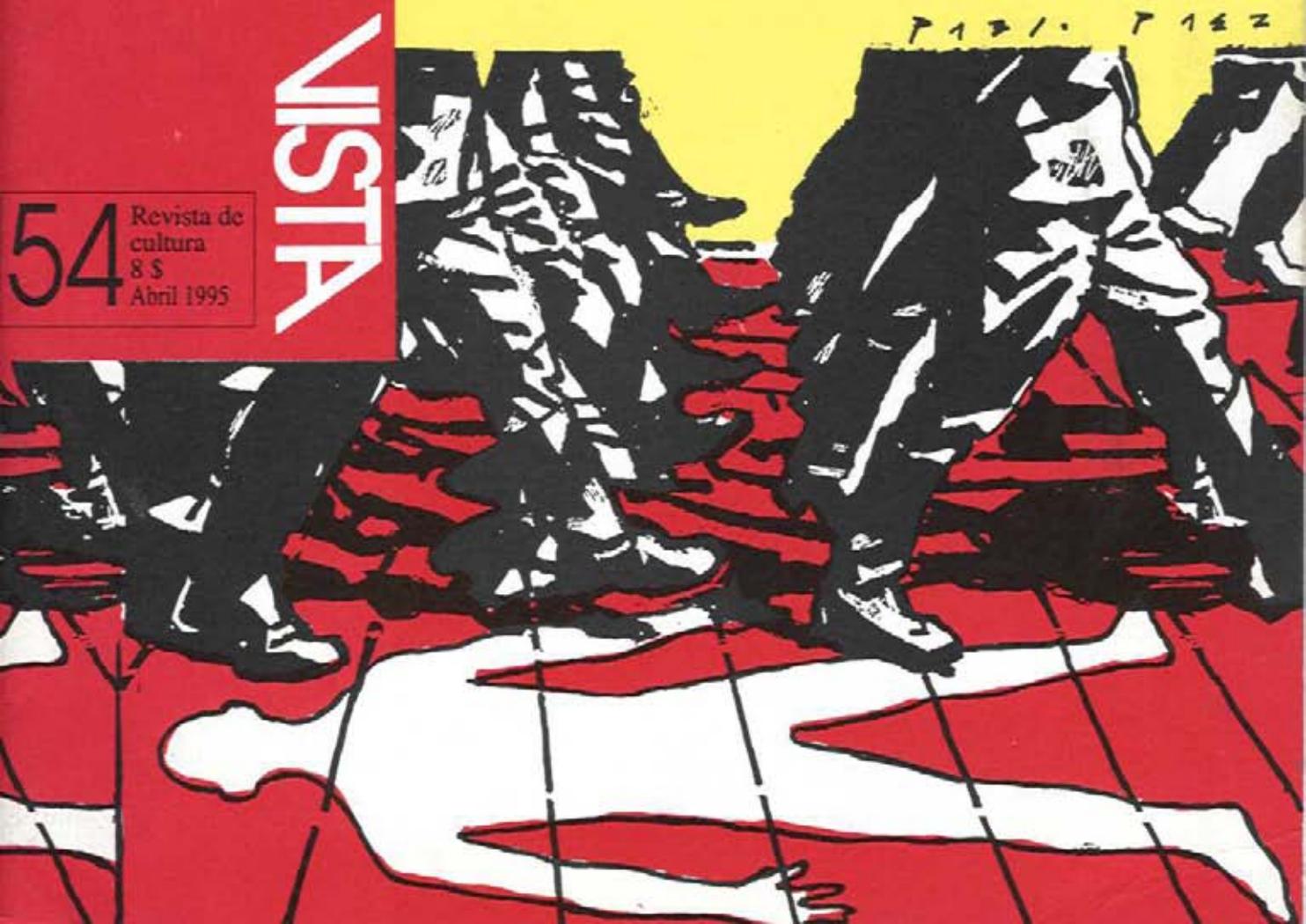


PUNTO  
DE  
VISTA

54 Revista de  
cultura  
8 \$  
Abril 1995

# Veinte años del golpe / Máquinas - radios mecanos - abrelatas - autos / Organicidad y vanguardia

Ciencias sociales y salud mental / Escuela  
pública / Jóvenes y crónica policial



Las ilustraciones de este número forman parte del libro y muestra colectiva Veinte años, organizado por artistas plásticos en apoyo a la lucha de Abuelas y Madres de Plaza de Mayo e Hijos de desaparecidos. Continúa la experiencia iniciada con el libro No al indulto, obediencia debida y punto final realizado en 1989. Reúne 361 obras; las que aquí hemos reproducido son de los siguientes autores: Pablo Páez, tapa y página 29; Adolfo Nigro, página 3; Gumer Serrano, páginas 4 (fragmento) y 5; Isol, página 7; Roberto Elía, páginas 8 y 11 (fragmento); Martín Reyna, páginas 13 (fragmento) y 16; Libero Badii, página 19; Juan Pablo Renzi, página 21; Felipe Pino, página 24; Gustavo Roldán, páginas 32 y 33 (fragmento); Daniel García, páginas 34 (fragmento) y 35; Charles Lantero, página 39; León Ferrari, página 42 (sobre fotografía de Tony Véldez); Magdalena Pagano, página 44. Esta reproducción ha sido posible gracias a la gentileza de León Ferrari.

54

Revista de cultura  
Año XIX • Número 54  
Buenos Aires, abril de 1996

### Sumario

- 1 Carlos Altamirano, *24 de marzo*
- 4 Beatriz Sarlo, *Coincidencias: "Villa" de Luis Gusmán*
- 8 Federico Monjeau, *Música orgánica*
- 13 Alberto Sato, *Laberinto para curiosos: objetos*
- 19 Inés Dussel, *Escuela pública: postales desde la crisis*
- 24 Leonor Arfuch, *Crímenes y pecados. De los jóvenes en la crónica policial*
- 29 Hugo Vezzetti, *Las ciencias sociales y el campo de la salud mental en la década del sesenta*
- 34 Roberto Schwarz, *Un seminario de Marx*
- 44 Roy Hora, Javier Trímboli, *Dos tradiciones liberales. A propósito del liberalismo argentino*

### Consejo de dirección:

Carlos Altamirano  
José Aricó (1931-1991)  
Adrián Gorelik  
María Teresa Gramuglio  
Hilda Sabato  
Beatriz Sarlo  
Hugo Vezzetti

### Consejo asesor:

Raúl Beceyro  
Jorge Dotti  
Rafael Filippelli  
Federico Monjeau  
Oscar Terán

### Directora:

Beatriz Sarlo

### Diseño:

Estudio Vesc

Este número recibió apoyo económico de la Fundación Antorchas.

### Suscripciones

#### Países limítrofes:

40 US\$ (seis números)

#### Resto del mundo:

50 US\$ (seis números)

#### Argentina:

24 US\$ (tres números)

**Punto de Vista** recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Sucursal 49, Buenos Aires, Argentina.

Teléfono: 381-7229

### Composición, armado e impresión:

Nuevo Offset, Viel 1444,  
Buenos Aires.

DE VISTA  
PUNTO

Para Elías Semán,  
Rubén Kristkauský,  
Roberto Cristina y  
Abraham Hochman,  
desaparecidos en 1978, que contribuyeron a hacer posible esta revista.

24 de marzo

Carlos Altamirano

Aunque a nuestra vida política en esta segunda mitad del siglo no le han faltado días nefastos, ninguna fecha como la del 24 de marzo de 1976, que conjuga la referencia a lo peor. Todavía no contamos con una historia de ese capítulo (hablo de una historia pública, no de estudios, ni de saber docto), pero de la dictadura que se implantó entonces y del régimen de represión clandestina que le dio al país una celebridad deshonrosa en el mundo, se conoce y está al alcance del saber corriente más de lo que es suficiente para el repudio político y moral. La mayoría de los argentinos quiere cortar todo vínculo con un pasa-

do que desde junio de 1982 ya no se asociaría únicamente con un orden policial, sino también con el fracaso de un experimento político y la humillación nacional. Hoy sólo un puñado de individuos aparecen irredimiblemente encadenados a ese tiempo, como su representación oficial, podría decirse. Condenados, absueltos, indultados o "arrepentidos", nos recuerdan cuando salen a la luz pública, a veces nada más que como efecto involuntario de apariciones furtivas, lo que no sólo ellos fueron capaces de hacer o de ordenar que se hiciera.

Habría que precaverse de la imagen de una dictadura militar que sin

lazos ni eco en la sociedad argentina se abate sobre ella aquel 24 de marzo. La imagen puede ser edificante, pero no sería verdadera. Hoy, cuando parecen ser muy pocos los que esperan el surgimiento de una espada salvadora, hay también otros hechos que deberían hacernos pensar. El triunfo electoral del general Bussi en Tucumán abre más interrogantes sobre las relaciones con el pasado que la comprobación de que la brutalidad aún sigue alojada en los cuerpos policiales. Pero el caso del general Bussi no es el único que llama a pensar e incluso a preguntarse por el curso que hubieran tomado las cosas si, quince años atrás, las filas de las fuerzas armadas hubieran estado menos divididas, si los jefes militares hubieran sido menos torpes políticamente y, finalmente, si no se hubieran entregado a la aventura de las Malvinas.

El hecho de que no contemos todavía con una historia no es ajeno a la complicación de esa historia. A lo largo de los últimos doce años, la multiplicación de los testimonios, los informes, el trabajo de la Conadep, el juicio a las Juntas, los levantamientos "carapintada", el asalto a la Tablada, *todo*, en suma, en el contexto del estado de derecho y las libertades públicas, fue trastornando los relatos que suprimían o eludían la complicación.

¿Cuántos dan crédito aún a la versión que fue doctrina oficial entre 1976 y 1983 y que todavía habría de escucharse en los alegatos de los abogados defensores de los jefes militares durante el juicio a las Juntas? Es de-

cir, ¿cuántos aceptarían aún que se explique el abismo de barbarie y sadismo que se abrió tras el golpe de estado como una derivación, como un tributo involuntario a las exigencias de una guerra no querida e impuesta por un enemigo no convencional, representado por los partidos armados de la izquierda, cuya amenaza no podía ser ya contrarrestada por un gobierno constitucional débil? En realidad, la idea de que una guerra de nuevo tipo estaba en curso (para algunos, como parte de la 3ra. Guerra Mundial), una guerra total cuyas formas clandestinas obligaban a una réplica clandestina, sin reglas, sin honor, "sucias", ya estaba allí, disponible desde que halló recepción y eco entre oficiales-estrategas-ideólogos del Ejército a comienzos de los años sesenta. Y mucho antes de inspirar el plan de operaciones de 1976 ya ofrecía una clave para interpretar las alternativas de la vida nacional y el papel tutelar de las fuerzas armadas. En otras palabras, no nació de los hechos de los años setenta —tampoco, en verdad, de la experiencia política argentina. A juzgar por las definiciones que el año pasado hizo públicas el general Balza, la doctrina de la guerra sucia no ofrece hoy la fuente para un relato de legitimación ni siquiera en el Ejército.

Con el nombre de "teoría de los dos demonios" se resumió y, por lo general, se criticó la interpretación del pasado reciente que formuló el radicalismo al asumir el gobierno y fijar el criterio oficial para juzgar a los responsables de ese pasado. Los extremos a que se había llegado, de acuerdo con la interpretación propuesta por el gobierno de Alfonsín, encontraban sus causas en la acción encadenada de dos antagonistas, dos demonios aferrados a la violencia y culpables del mismo desprecio por la democracia: una izquierda que había buscado sus fines políticos por medio de la violencia armada, por un lado, y una corporación militar, por el otro, que había empleado su fuerza para hacerse del poder y ejercer una represión que violó todo límite. Ese capítulo negro no podía clausurarse sin que mediara un acto de justicia, y para dar ejecución a la tesis serían acusados y llevados a

proceso los altos oficiales que habían integrado las Juntas militares durante la dictadura y los jefes de las organizaciones guerrilleras.

Se ha observado que en tanto explicación histórica esta teoría terminaba por equiparar, sobre el esquema de acción/reacción, los órganos del estado con los grupos insurrectos. Si esto había ocurrido, si efectivamente el poder público había respondido como una facción al desafío de otra facción, era porque ya antes (¿cuándo?) se habían perdido los indicadores. De todos modos no sería esta objeción, demasiado abstrusa, lo que haría tambalear la aceptabilidad de la simetría, sino la información que recogió la Conadep y lo que después habría de escucharse durante el juicio a las Juntas. Los hechos eran inconmensurables: todos los actos de terrorismo político cometidos o atribuibles a las organizaciones insurrectas no podían ser comparados con lo que día a día dejaban escuchar los sobrevivientes y los familiares de las víctimas de la represión estatal.

Se puede dar por obvio el repudio que la interpretación radical provocó en quienes veían que así no sólo se los asimilaba a los "delincuentes subversivos", sino que se les arrebatava la única victoria, la de la "guerra sucia". Para ellos, esa interpretación era la prueba de que habían ganado la guerra, pero la izquierda subversiva les estaba ganando la batalla cultural en la post-guerra. El hecho es, sin embargo, que en el ámbito de la izquierda no se rechazó con menos fuerza la explicación del pasado que se resumía en la teoría. ¿Cómo se podía hablar de dos demonios y, peor aun, poner a ambos bajo la misma reprobación? ¿Cómo anular las diferencias, es decir, cómo ignorar que unos, independientemente de los errores que hubieran cometido, habían tomado las armas para combatir por una sociedad que era el *bien*, la Argentina liberada, mientras los otros las habían empuñado y las seguían empuñando para mantener la dependencia nacional y la opresión social? Sólo desde un punto de vista formalista, que únicamente servía para disimular la claudicación, cuando no la complicidad con los ver-

daderos responsables, se podía enfocar el pasado colocando en un mismo plano a antagonistas radicalmente diversos.

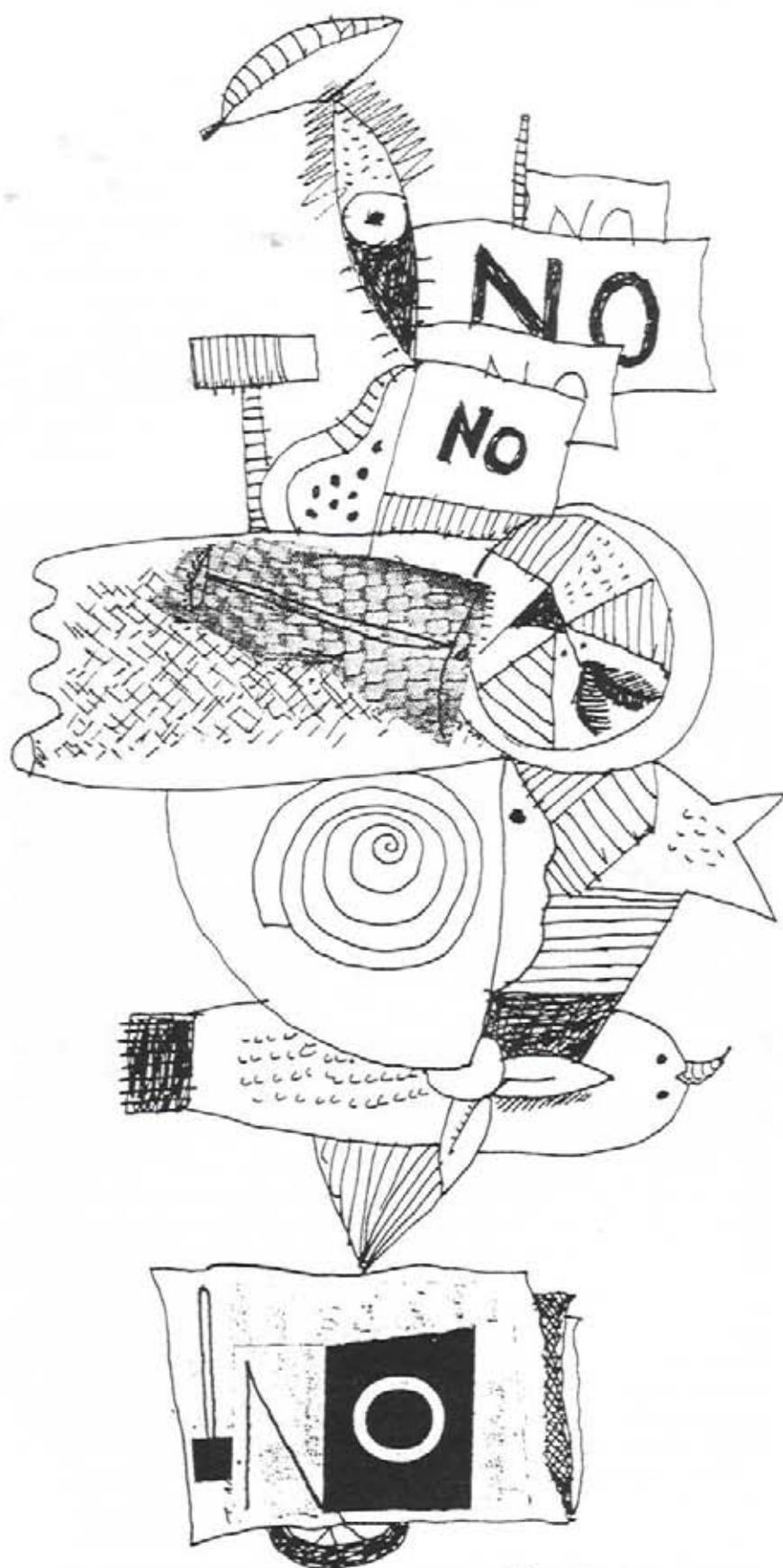
Para la opinión entonces dominante en la izquierda, los actos de los Montoneros y del ERP no podían ser enfocados ni, menos aun, discutidos y juzgados sin referencia al proyecto que los había animado, el de la Revolución —no importa que ella estuviera en el orden del día o que su realización se hubiera prorrogado. Era la empresa de la Revolución la que podía fijar el sentido de los hechos, apartando a aquellos que se producían dentro de su ámbito de la discusión y el juicio ordinarios sobre lo legítimo y lo ilegítimo. Pero si este fondo de sentido se erosionaba, ¿dónde inscribir los hechos que hasta entonces se registraban bajo el signo de la Revolución como ontológicamente diferentes? Y esa erosión era la que comenzaba a tener lugar, cada vez más aceleradamente. No por obra de la derrota o del miedo que ésta había dejado, como repetían algunos cuyo pensamiento sólo parecía obedecer a la consigna de no pensar, sino por obra de acontecimientos que tenían como escenario el mundo entero.

Si un suceso local hacía falta para perturbar aun más los puntos de referencia para la izquierda, ese suceso no vendría de la mano de los "carapintada", cuyas sublevaciones confirmaban la idea, sino del movimiento "Todos por la patria", en el agobiante enero de 1989. Incluso porque debieron pasar varias horas antes de que pudiera discernirse a quién había que atribuir el asalto, el hecho recordaba, como nada hubiera podido recordarlo mejor, otros hechos que en el pasado habían sido también de desconcertante identidad política. ¿Con qué lenguaje había que hablar del asalto al regimiento de La Tablada? Aunque todavía entonces hubo quienes recurrieron al lenguaje de clisé que se empleaba para estos casos, condenando sólo la represión militar que siguió a la operación de "Todos por la patria", ellos ya hablaban para muy pocos aun dentro de la izquierda.

A dos décadas de 1976 nos falta todavía una historia de ese capítulo de

la experiencia nacional. El presidente Menem no vinculó la decisión de indultar a los condenados en los juicios a una interpretación del pasado, sino a un fin político: aquietar las aguas dentro de las fuerzas armadas y dar vuelta la página. Podría pensarse que, aun sin proponérselo, hacía también evidente que para ningún otro sector como para el peronismo era complicado componer una historia pública. ¿Cómo omitir o, si se optaba por el camino contrario, cómo dar cuenta de la guerra que había tenido lugar en las filas del peronismo y había involucrado al gobierno de Isabel Perón, convertido en una de las partes? Había habido peronistas de los dos lados de la línea divisoria, como pudo verse todavía durante el juicio a las Juntas. ¿Qué relato podía ordenar todo eso? Pero Menem no se quería, como Alfonsín, un héroe cultural: si componer una historia conducía al atolladero, ¿por qué empeñarse en el esfuerzo? Si había podido alinear tras su candidatura a guerreros rivales, y la disputa por la definición del peronismo no le impidió ganar las elecciones, ninguna interpretación del pasado debía restringir ahora las libertades que había decidido tomarse con la memoria en el ejercicio del gobierno.

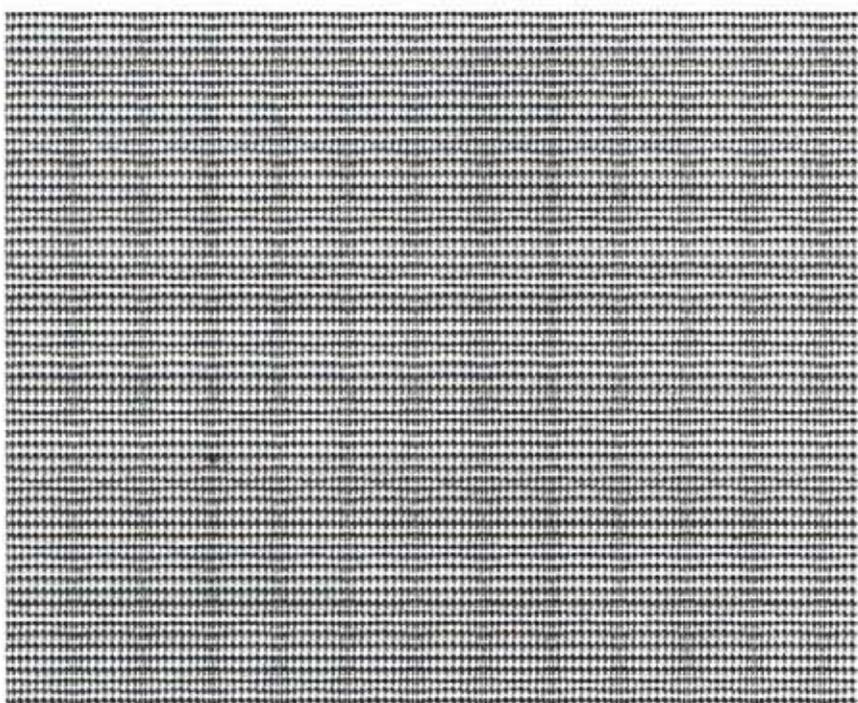
¿Qué ha sucedido? ¿Por qué sucedió? ¿Cómo ha podido suceder? En el prólogo a la tercera parte de *Los orígenes del totalitarismo*, Hannah Arendt escribió que la mayor parte de la vida adulta de una generación de alemanes, la suya, había vivido bajo el peso de esas preguntas. Son preguntas elementales —como lo fueron bajo la última dictadura argentina las preguntas de las madres de los “desaparecidos”. En lo relativo a nuestro pasado reciente, si no queremos cerrar los ojos ante la fractura por la que un día se precipitó el terror estatal, no creo que podamos formular preguntas más rigurosas que éstas. Tal vez no haya que esperar respuestas últimas, definitivas (en Alemania el debate sigue abierto). Pero la voluntad de mantener la interrogación y de mantenerla como exigencia de una vida pública democrática, no será indiferente al carácter de la sociedad en que los argentinos vayamos a vivir.



## Coincidencias: "Villa" de Luis Gusmán

Beatriz Sarlo

4



Hay demasiadas coincidencias en esta novela de Luis Gusmán.<sup>1</sup> Son tan evidentes que cualquier lector se ve en la obligación de abandonar el camino sencillo (que sería subrayar *demasiadas*) y seguir un camino un poco más largo (subrayar *coincidencias*). Si el lector se atiene a la cualidad 'demasiadas' hará un juicio negativo sobre la trama de *Villa*. Si se elige subrayar 'coincidencias', habrá que pensar un poco más esta novela austera y nítida.

Tres grandes episodios de *Villa* quedan unidos, por coincidencias, a tres episodios relativamente secundarios:

*Primera coincidencia:* Villa, médico en la división de vuelos y emergencias sanitarias del ministerio de Bienestar Social durante la gestión de López Rega (pero empleado allí desde la época de Illia, más de diez años antes), ha tenido una larga y frustrada relación con Elena Espinel, la novia que, de muy joven, visitaba en la ciudad de Corrientes. Durante una de esas visitas, Elena y Villa son sorprendidos por la policía en la costanera del Paraná: "Comenzamos a besarnos y después de tanto tiempo empecé a desnudarla como la primera vez y cuando me incliné sobre su vientre, perdí la cabeza. Hasta que la levanté para

volver a respirar y vi a tres hombres de la Prefectura que nos estaban mirando". Más de diez años después, Otero, uno de esos tres hombres, es chofer de ambulancias en la misma dirección sanitaria donde Villa trabaja como médico. Durante años, Villa no lo reconoció hasta que una noche Otero, humillado por ese médico al que, por otra parte, todo el mundo humilla, se lo recuerda.

*Segunda coincidencia:* Villa, durante 1975, presta servicios a dos hombres del lópezreguismo, que torturan y, eventualmente, matan a militantes políticos. Villa es el encargado de revivirlos en la tortura o de firmar los certificados de defunción. Una noche, la torturada, agonizante y finalmente muerta por la mano de Villa (que le inyecta potasio para evitarle más sufrimientos y para evitar que lo reconozca si revive), es Elena Espinel, la muchacha con quien lo habían sorprendido los gendarmes en la costanera de Corrientes.

*Tercera coincidencia:* Antes de entrar en el ministerio, a los diecisiete o dieciocho años, Villa trabajó como acólito y mandadero, admirador y lacayo, ('mosca' en la jerga de los 'moscas'), de algunos personajes de Avellaneda. Quien le enseñó las artes del 'mosca', fue el mejor de todos ellos, el Polaco, que luego desapareció del barrio. Mucho después, sin buscarlo, Villa lo encuentra por casualidad en el medio de

1. Luis Gusmán, *Villa*, Buenos Aires, Alfaguara, 1995, 228 pp.

la polvareda de un campo de aviación desierto en Santiago del Estero.

*Cuarta coincidencia:* Después del golpe de estado de 1976, al ejército le adjudican, por unas semanas, el control del ministerio de Bienestar Social, bunker de López Rega. El jefe militar que llega a la dirección donde trabaja Villa es el coronel Matienzo, que era teniente cuando Villa hizo el servicio militar: "Sentí que las piernas me temblaban. El sueño, la pesadilla que había tenido durante estos doce años se hacía realidad. Otra vez bajo las órdenes de Matienzo".

Estas coincidencias tienen una función formal bastante obvia. Permiten introducir 'recuerdos' en el relato de los hechos sucedidos en 1975 que son el centro de la novela. O permiten que hechos muy anteriores a 1975 se reactualicen en ese momento. Por eso digo que su primera función es formal: crean nexos entre episodios, son engranajes cuyo movimiento lleva el relato hacia atrás, cuando Villa era un 'mosca' en Avellaneda, cuando era un novio pobre y celoso de que los otros colimbas miraran a su chica en las visitas al cuartel, cuando fue humillado y aterrado por los gendarmes en la costanera de Corrientes. En 1975, Villa descubre estos restos del pasado cuando menos los espera. La narración de los sucesos de 1975 evoca, *por coincidencias que, formalmente, no son fortuitas*, episodios de comienzos de los años sesenta. Se podría decir que estas remisiones no son indispensables porque hay otros procedimientos para que los recuerdos corten el relato. De todas formas, no se trata sólo de cómo introducirlos, sino de duplicarlos, actualizarlos, traerlos a 1975 que es el año paroxístico de la indignidad de Villa, para que sean activadores de las indignidades y humillaciones nuevas que la novela va revelando.

Esta función formal hace de las coincidencias un elemento *molesto*: subrayan lo que los lectores ya saben o, por lo menos, creen saber. Formalmente, son un remache en la cadena que une los recuerdos de Villa con los hechos de 1975.

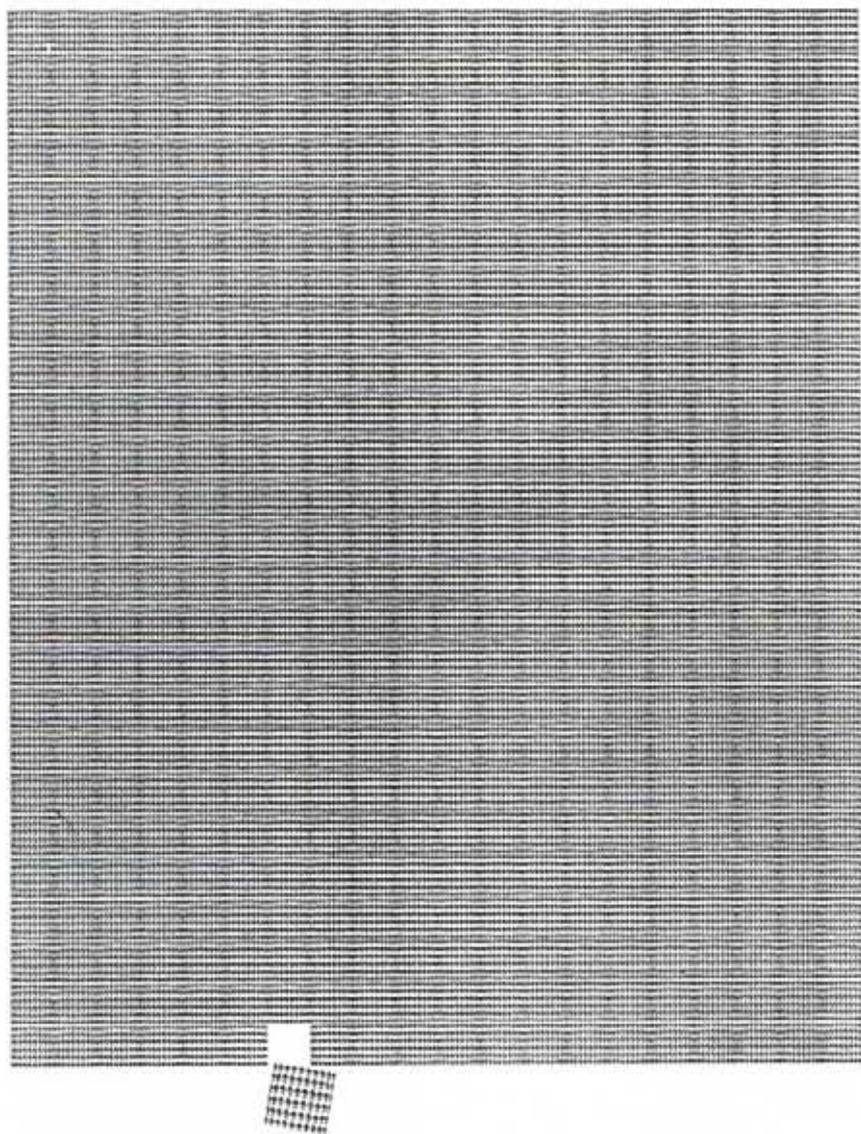
Pero tienen también una función menos evidente. Villa dice, recordan-

do su adolescencia, "para mí bailar era tan difícil como cojer". Villa es torpe, físicamente inhábil, fácilmente intimidado por cualquier superior en cualquier jerarquía donde esté incluido; incapaz de tomar decisiones de urgencia, es un timorato para quien las consecuencias de los actos pesan siempre más que la necesidad de actuar; pusilánime, se mueve como un pequeño miserable. Ser médico es un malentendido que se originó en su ciega habilidad para aprender cosas de memoria. Paradójicamente, le repelen los humores corporales, los olores, la sangre, los orines y la carne herida. Aparte de ello, está bien lejos de cualquiera

de las cualidades que el imaginario profesional atribuye a sus miembros.

Villa es constitutivamente un *segundo*. Por ser un *segundo*, alguien cuya opinión no importa porque, en verdad, carece de opinión, vive destituido de toda resistencia: los hechos le suceden, y de ese modo termina asistiendo a los torturadores y firmando certificados falsos de muerte.

Como los hechos le suceden, como las materias lo gobiernan y puede desmayarse ante la sangre o ante el olor a carne chamuscada por la picaña, Villa sólo puede ser 'mosca', cadete, valet y, en un curso de progresiva degradación, delator y cómplice. Su



mayor acto de lealtad, durante el año 1975, fue conseguir un auto oficial para el hombre que más admira, el doctor Firpo, su jefe en la división de emergencias. Su falta (su falla) no es inmoral, sino amoral: Villa no tiene fuerzas morales para enfrentar los actos que siempre desencadenan otros, porque es un indiferente y, por incapacidad, un *extranjero*. El miedo le ha carcomido primero su voluntad, luego su capacidad de juicio moral. La indiferencia (una cualidad literaria de la novela en este siglo) no es meramente, en Villa, un rasgo psicológico sino un rasgo compositivo, literario.

6 Por eso, las *coincidencias* serían demasiadas si *Villa* no fuera *Villa* (como novela y como personaje). "¿Quién puede escapar a los acontecimientos que lo envuelven?", se pregunta Villa. "Yo era una víctima de los acontecimientos", razona. Desde esta perspectiva que la novela no abandona nunca, porque *Villa* sólo está narrada por *Villa* y no sabemos nada que él no nos diga o que él no sepa, las coincidencias son una red imprescindible: para *Villa*, el mundo es un amasijo de coincidencias que pueden perjudicarlo, que seguramente lo perjudicarán. Afectado en la voluntad, atravesado por una grieta que le impide vincular el juicio moral con los actos, el mundo es una trama de casualidades que lo envuelve: es médico por casualidad, se casa porque otros le dicen que ha llegado el momento, por casualidad llega a ser empleado del hombre a quien admira (pero no puede evitar que la casualidad lo ponga en situación de vigilar), encuentra por casualidad a un amigo de quien los flujos y reflujos de un movimiento cuya dinámica desconoce vuelven a separarlo. Su casamiento, su colaboración con los torturadores han sido decididos por otros.

Lo único que decide *Villa*, escribir un informe sobre los entierros clandestinos de opositores asesinados por las triple A y de militantes torturados, ese texto cifrado que pretende entregar a las autoridades que llegan al ministerio después del golpe del 76, ese acto único de su deliberación, es el único acto que nadie quiere reconocer que ha sido realizado: lo único que no

fue casual en la vida de *Villa*, es lo que todos rechazan por inservible. El informe es el único acto elegido por *Villa* y queda allí como un malentendido: la ironía que le sucede al indiferente. El acto de voluntad presupone una elección que, extemporánea en *Villa*, nadie reconoce como útil. Se trata simplemente de un dislate de *Villa* que, por una vez, se ha confundido y ha actuado fuera de la trama de los hechos.

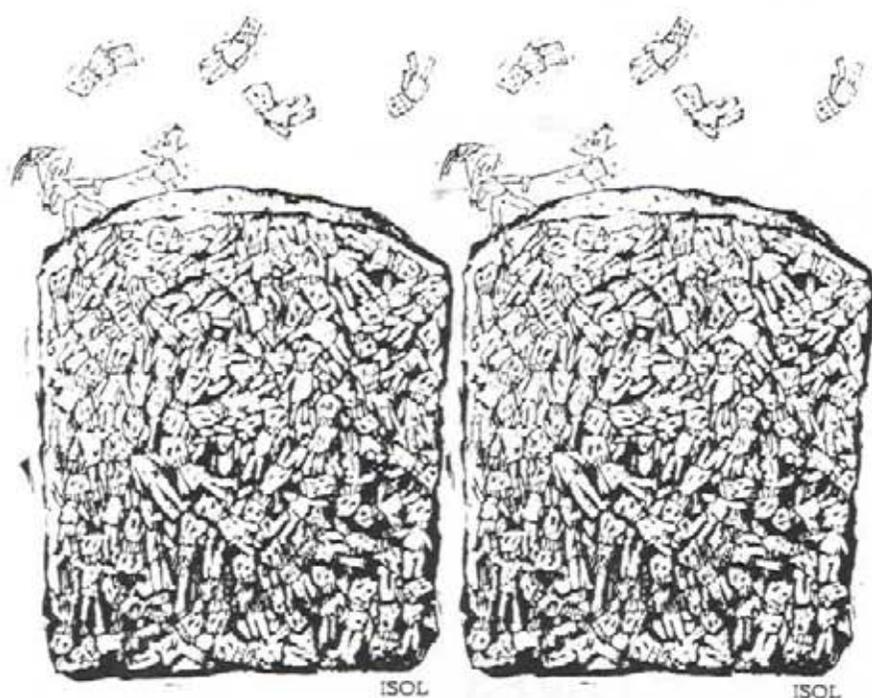
Las *demasiadas coincidencias* son la única alegoría que se permite esta novela de *Gusmán*. Una especie de grado cero de la alegoría, una alegoría que se secó antes de desplegarse, una forma de alegoría sin contenidos alegóricos: la trampa de los hechos está presentada por la abundancia de coincidencias. Para *Villa*, el mundo es una red que lo ha capturado, y las coincidencias son la representación formal de ese sistema de trampas en las que caer es inevitable porque no existe otro recorrido entre cosas, entre personas o entre actos. Por lo tanto, las coincidencias nos están señalando que *Villa*, incapaz de trazar un camino, sólo puede seguir el camino de esas casualidades que obligan más que las elecciones.

*Gusmán* evitó la alegoría del infierno que fue la represión clandestina (que en la novela está representada secamente, sin énfasis, sin abundancia), y puso a las *demasiadas coincidencias* como forma alegórica de una coyuntura de la que no había salida para un personaje que tampoco la buscaba porque se sabía, desde el comienzo, preso en la trama/trampa de los acontecimientos. *Villa* es un miserable en un sentido moral que es exterior a la novela (el lector puede hacer ese juicio, la novela no lo impide, por el contrario, su sequedad casi se diría que lo convoca, por ausencia de énfasis); y también es un miserable porque padece la casualidad que lo ha puesto en una red de coincidencias que culminan en la inyección de potasio que le aplica a *Elena*, para que no siga sufriendo en la tortura, para que los torturadores no se den cuenta de que él conocía a esa mujer, para defenderse primero, para defenderla quizás, aunque jamás la hubiera defendido si en

esa defensa no estuviera incluida su propia defensa.

Para *Villa*, las cosas aparecen bajo su aspecto menos accesible: todos saben más que él. "No sabía para quien trabajaba y un mosca debe saber siempre para quien trabaja". Las mujeres de su vida, la tía *Elisa* que lo empuja a casarse antes de que ella muera; la vidente *Cuca Cuquilla* que le señala quién será su mujer; *Elena Sayago*, la enfermera con la que se casa, saben todo lo que hay para saber, se las arreglan para que el mundo no las sorprenda con sus coincidencias, se mueven (distintas, pero igualmente seguras) entre las acciones de los otros, de un modo deliberado que nunca es el modo de *Villa*. Como dije, lo único deliberado en *Villa* es escribir un informe que nadie pide ni necesita.

*Villa* nos habla del *lopezreguismo* visto desde abajo, desde la perspectiva de alguien que entiende poco de lo que ve, aunque capta quizás el rasgo más básico de un mundo donde no sólo se habían violado todas las normas morales sino también el sustrato mítico de lo social: "Nos miraban con desconfianza, les queríamos dejar un muerto que no era de ellos. Nadie se hace cargo de un muerto así nomás. Trabajar con *Lopresti* me había hecho olvidar una cuestión simple y elemental: que cada uno entierra a sus propios muertos", se lee al comienzo de la novela. Y hacia el final: "Muchas cosas no pasaron nunca por el libro de guardia: las ambulancias [cargadas de armas] para *Ezeiza*, algunos viajes misteriosos del helicóptero, la mayoría de los traslados en fétetro". La dirección de Bienestar Social donde trabaja *Villa* es, por momentos, una especie de carnaval *lopezreguista*, un nido de *Itakas*, una corte de los milagros, un aguantadero de desconfiados y delatores. Suboficiales de policía y ex custodios de *Perón* se hunden en una especie de locura cifrada enviando y recibiendo mensajes por la radio de la red sanitaria nacional: "La gente decía que servía para enviar mensajes cifrados, que quince cajones de vacuna eran quince cajones de muertos; que un equipo mudo era un secuestrado a quien no se pudo hacer hablar".



Villa llega a la dirección de emergencias sanitarias del ministerio desde un mundo de requechos. Viene de Avellaneda, de un barrio llamado los Olímpicos, donde vivía y se entrenaba el corredor Delfo Cabrera, y donde los mitos de la cultura barrial popular funcionaban todavía. Esos restos de pasados gloriosos pertenecen a una escena cultural donde subsiste el recuerdo de la peste de parálisis infantil de 1956 o de la aparición de la cara de Evita en el cielo. Como en continuidad, también en el ministerio de Bienestar Social hay naufragos mitológicos de esa cultura: el ascensorista es el ex campeón mundial de los moscas, Pascualito Pérez.

Pero algo más denso y penetrante de este mundo popular tiene un rol esencial en *Villa*: algunos objetos muy marcados socialmente. En su cofre del Club Arsenal, Villa guardó durante años la *media medalla*, con el nombre de Elena, su primera novia, un objeto que concentra, como una metonimia, los movimientos de una historia personal en la retórica de imágenes de una cultura. La otra mitad de esa medalla (la que lleva el propio nombre de Villa y, por lo tanto, la que usaba Elena), él la roba la noche en que Elena, torturada, agoniza y es muerta por

Villa. Esta es la segunda vez que Villa roba a un muerto; la primera fue cuando se quedó con el alfiler de corbata (una cabeza de caballo de oro) de su jefe y protector, el doctor Firpo. Dos robos realizados a las dos únicas personas que amó, dos robos a dos muertos.

La *media medalla* es un ícono inconfundible de la cultura popular de los años sesenta, prueba de amor y de pertenencia mutua, está bien en su lugar cuando Villa la esconde en su cofre del Club Arsenal. El alfiler de corbata es, para un hombre como Villa que viene de Avellaneda, un marcador de elegancia: aunque desplazado culturalmente del cofre del Club Arsenal, está bien, de todas formas, que sea atesorado allí donde Villa junta los restos de su vida.

Villa tiene una relación intensa con estos pocos objetos. Tan intensa que arriesga por ellos lo que no arriesga por nadie (ni siquiera por las personas a las que estos objetos pertenecieron). Es un fetichista en el sentido de que sus relaciones con Elena y con el doctor Firpo *pasan* por la media medalla y por el alfiler de corbata: el vínculo entre personas se convierte en un vínculo entre cosas que tienen, como ex votos, el poder de las imágenes que repre-

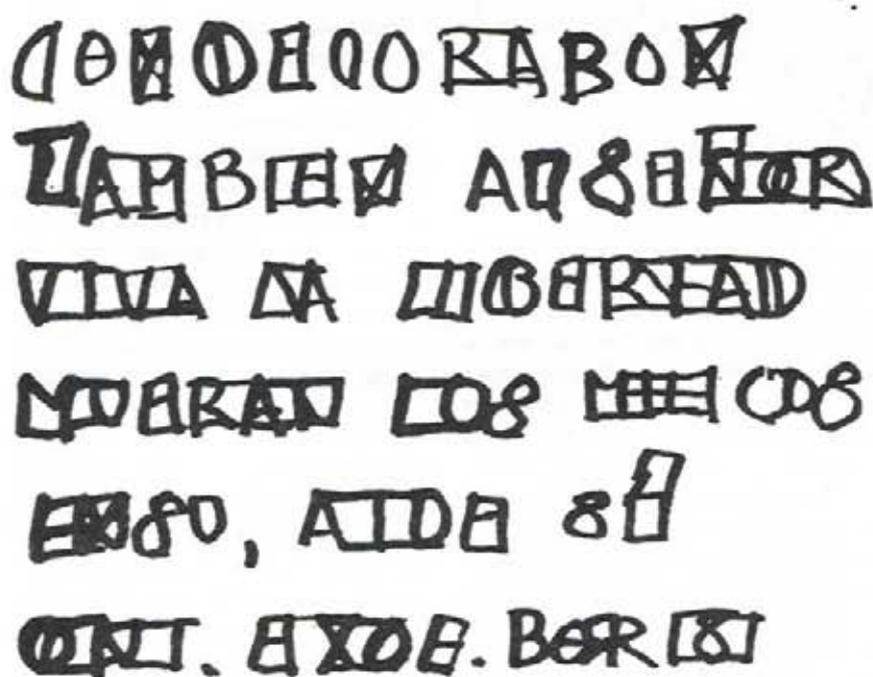
sentan lo que está ausente: "hacen presente lo ausente, como si fuera lo mismo y quizás mejor, más intenso, más fuerte". Son una "delegación de presencia, su intensificación, su mostración, su exhibición, su *epideixis*".<sup>2</sup>

La *coincidencia* de que sea Elena, su antigua novia, la torturada que Villa remata, es necesaria y no excesiva, porque Villa necesita esa mitad de la medalla y la única forma de acceder a ella es robándosela a la muerta. O, también podría frasearse a la inversa, Villa necesita robar por segunda vez a un muerto y para decidirse a robar necesita que el objeto robado sea un objeto-imagen que, por *coincidencia*, represente su pasado.

La media medalla de Elena completa la medalla entera, cuando ambas mitades se juntan en el cofre del Club Arsenal. El círculo, que se había metamorfoseado en dos 'medias lunas' en el momento remoto en que los dos novios lo partieron para que cada uno llevara el nombre del otro colgado del cuello, vuelve a cerrarse como círculo que, así cerrado, pone en evidencia que una de las dos mitades representadas está ausente para siempre.

De *Villa* podría decirse lo que se ha dicho de muchas novelas en estos años: que trabaja con la materia de una historia todavía reciente. Sin duda, esto es cierto. Pero hay algo más en la novela de Luis Guzmán. Villa es un miserable en el sentido más banal y probablemente más terrible, en el sentido de la indiferencia moral y la mezquindad de fines: "Donde me daban lugar, me quedaba". Villa no *representa* algo más que no es Villa: no está allí como cifra ni del poder, ni del autoritarismo, ni de la censura. No se trata de los grandes criminales sino de la escoria de los requechos. Sobre una historia hecha de violencia y de furor, *Villa* no interpreta, ni totaliza por ciframiento; no es una hipótesis narrativa sino una *visión*. Secamente, deja ver lo que fue menos espectacular, el mundo de los *segundos* y las miserables astucias del pusilánime.

2. Louis Marin, *Des pouvoirs de l'image*, Paris, Seuil, 1993, p.11-2.



Al libro de Peter Bürger *Teoría de la vanguardia*, cuya primera edición alemana es de 1974 pero que se popularizó en los medios locales con la edición española de 1987, le debemos, entre otras cosas, una fuerte simplificación del concepto de organicidad artística, debida seguramente a la asimilación que Bürger propone entre arte de vanguardia y crítica al ideal de organicidad. No se nos escapa la enorme dificultad del programa de Bürger: hacer teoría de un objeto, la vanguardia, naturalmente resistente a la generalización que supone la teoría. Bürger ejemplifica su teoría del arte de vanguardia exclusivamente en

aquellos movimientos, como el dadaísmo y el surrealismo, que no sólo renunciaron a la organicidad de modo manifiesto sino también a la posibilidad de crear una obra de arte más o menos significativa. No es posible extender esa crítica a lo orgánico a unos movimientos que nadie, tal vez ni el propio Bürger, dudaría en identificar con la vanguardia, como por lo pronto es el caso del atonalismo musical y la pintura abstracta.

El atonalismo, término que históricamente se corresponde con bastante precisión con el de expresionismo musical, más bien se basa en una radicalización del viejo ideal de organi-

cidad; en buena medida, su práctica se encuentra legitimada en la pretensión de una organicidad más justa, más verdadera. Si Bürger excluyera abierta y explícitamente, lo que no llega a hacer, a estos movimientos de su frente de vanguardia, la vanguardia histórica quedaría reducida a una suma de documentos ideológicos y no tendría mucho sentido seguir discutiendo acerca de ella. Pero si hablar de vanguardia no carece completamente de sentido, seguramente se debe a que el concepto de vanguardia artística, más allá de las especificaciones de Bürger, conserva todavía algo de ese significado que es de dominio público y que simplemente quiere decir: arte de avanzada. Es cierto que la experiencia de vanguardia supone una serie de cuestiones que no se resuelven únicamente en el interior de las obras; supone también una situación social específica, que básicamente se podría resumir como una pérdida de lazos entre el creador y el público. Pero en la historia de la música no hubo que llegar al atonalismo de Schoenberg para verificar esa situación: en las etapas finales de Mozart y, más pronunciadamente, de Beethoven esa experiencia de aislamiento resulta ya alcanzada.

De cualquier forma, lo que se quiere discutir aquí no es una teoría de la vanguardia, entre otras cosas porque no encontramos la necesidad de una formulación teórica —en los términos de una categoría específica— del concepto de vanguardia. Nos interesa en cambio el concepto de organicidad; ha-

bíamos comenzado hablando de Bürger toda vez que su libro sobre la vanguardia probablemente haya colaborado en una comprensión demasiado cristalizada de lo orgánico.

Tal vez Adorno no dejó de tener su parte en el asunto. Al menos en sus programas más históricos, como el de *Filosofía de la nueva música*, que es en buena medida una defensa de la música de Schoenberg en tanto crítica a la totalidad; la idea de totalidad y, con ella, la de organicidad quedan aquí fuertemente asociadas a la dimensión de lo "convencional" y lo opresivo, ideas que luego reaparecerán de manera más sutil y mediada en la *Teoría estética*. Aunque también es cierto que ya en *Filosofía de la nueva música* se podían advertir dos usos y dos significados distintos del concepto de lo orgánico: lo orgánico como forma cerrada, como aspiración de totalidad; y lo orgánico como un resto de naturaleza, como ese momento "fisiológico" de la obra que luego la *Teoría estética* va a recoger con el nombre, no poco paradójico, de "impulso mimético". "Ya que (la música de Schoenberg) debe su origen casi a un impulso vegetal —escribe Adorno en *FNM*—, ya que precisamente su irregularidad se asimila a formas orgánicas, no es en modo alguno totalidad".

El doble uso del concepto de lo orgánico no constituye una mera arbitrariedad; la consideración más o menos profunda de una obra lo requiere, ya que una forma cerrada y vinculante (lo orgánico como totalidad) no necesariamente suprime los momentos particulares (que provendrían de lo orgánico-fisiológico). Una estrategia similar persigue *Filosofía de la nueva música* con relación al concepto de racionalidad; la música de Schoenberg intentaría establecer una racionalidad de nuevo cuño. Adorno lo ejemplifica llevando el significado de la disonancia a un plano bastante metafórico: "El predominio de la disonancia parece destruir las relaciones racionales, 'lógicas', de la tonalidad, es decir, las relaciones simples de acordes perfectos; pero aquí la disonancia es aún más racional que la consonancia, ya que muestra de manera articulada, aunque compleja, la relación de los sonidos

presentes en ella, en lugar de adquirir la unidad mediante un conjunto 'homogéneo', esto es, destruyendo los momentos parciales que contiene".

Hay motivos para suponer que Schoenberg experimentó la sensación de que su música era más combatida o menos comprendida cuanto más orgánica y también más racional. A tal punto que Schoenberg nunca aceptó la calificación de música "atonal", ya que lo atonal debía comprenderse como un dominio ajeno al mundo de los tonos. Schoenberg prefiere hablar de una tonalidad interior; se trata, en verdad, de una tonalidad "momentáneamente" interior, cuyo status objetivo y racional será palpable en el futuro. La crítica suele asimilar lo orgánico y lo convencional de manera irreflexiva; así la crítica se abandona, tal vez sin saberlo, a una pura estética de los efectos y mide la cuestión de la organicidad exclusivamente desde el punto de vista de la recepción. Las convenciones tonales, las convenciones propias del sistema armónico tradicional, eran para Schoenberg lo heterónimo por excelencia; para Schoenberg resultaban ya tan exteriores que ninguna obra que se planteara verdaderamente la organicidad en esa época, 1910, podía apoyarse en ellas.

La perspectiva histórica de Schoenberg es una clara perspectiva de progreso, clara pero no determinista. "El progreso —escribe en el *Tratado de armonía* de 1911—, no es algo que vaya a producirse necesariamente, no es algo que puede predecirse en razón de un trabajo sistemático, sino algo que sobreviene durante todo gran esfuerzo inesperadamente, inmotivadamente y quizás incluso sin quererlo." Schoenberg sobrepuso la idea de evolución a una idea franca de ruptura; la ruptura era, en todo caso, una continuidad que aún no había sido comprendida: "Las disonancias de hoy son las consonancias de mañana". Schoenberg no renunció a la organicidad ni tampoco renunció por completo al ideal del clacisismo, que no sólo tiene que ver con el fetichismo de las proporciones y con una normativa de lo bello sino, tal vez antes, con la idea de una forma verdaderamente autogenerada; y esa idea de una forma mu-

sical autogenerada, a la vez compleja y diferenciada, se estableció y se desarrolló con la sonata clásica hacia el último cuarto del siglo XVIII. En su profundo estudio *El estilo clásico*, Charles Rosen la sintetiza sin simplificarla: "Esta percepción de que el desarrollo y la trayectoria dramática de una obra podían estar latentes en sus elementos, de que estos podían liberar su carga de fuerza para que la música ya no se desplegara indefinidamente, como en el barroco, sino que literalmente se viera impulsada desde dentro, esta idea, decimos, fue el gran aporte de Haydn a la historia de la música. Podemos amarle por muchas cosas más, pero este nuevo concepto del arte musical modificó todo lo que vino después."

Las metáforas botánicas, fuertemente clacisistas, son recurrentes en los escritos de Schoenberg y más aún en los de Webern. En cierto sentido, la naturaleza persiste allí como modelo. Pero la relación entre arte y naturaleza fue desde siempre problemática en el caso de la música; como la música carece de condiciones representativas, la naturaleza apareció en ella de una manera fantasmática; la música como traducción de las divinas proporciones del mundo natural, según la teoría de Rameau. El tratado de Schoenberg es en buena medida una demostración de que la música no traduce fenómenos naturales puros sino que ha establecido un pacto histórico con ellos: ese pacto es el sistema tonal temperado. La imagen de la naturaleza experimenta con Schoenberg un cambio de lugar: "La música no viene de la naturaleza —argumenta—, en el mejor caso va hacia ella". La música no representa la naturaleza, en el mejor caso realiza, en la medida de su organicidad, de su efectividad como forma autogenerada, la experiencia de la naturaleza.

La posibilidad de una relación entre arte y naturaleza que trascienda la mera representación ya había sido abierta teóricamente por Kant en la *Crítica del juicio*. Vale recordar un fragmento del párrafo 45: "En un producto del arte bello hay que tomar conciencia de que es arte y no naturaleza; sin embargo, la finalidad en la

forma del mismo debe parecer tan libre de toda violencia de reglas caprichosas como si fuera un producto de la mera naturaleza. En ese sentimiento de la libertad en el juego de nuestras facultades de conocer, que al mismo tiempo debe ser, sin embargo, conforme a fin, descansa aquel placer que sólo es universalmente comunicable, sin fundarse, sin embargo, en conceptos. La naturaleza era bella cuando al mismo tiempo parecía ser arte, y el arte no puede llamarse bello más que cuando, teniendo nosotros conciencia de que es arte, sin embargo parece naturaleza." Kant le atribuye al arte bello —que distingue del arte agradable en tanto éste, ejemplificado en la música de banquetes, tiene por fin el mero goce— una cualidad de semejanza con la naturaleza. No se trata de una mera simulación, sino de un ideal. La estratégica posición que ocupa la figura del "genio", en el parágrafo 46, ofrece una solución al dilema planteado en el parágrafo anterior e instala una mediación concreta entre el dominio del arte y el dominio de la naturaleza: "Genio es el talento (dote natural) que da la regla al arte. Como el talento mismo, en cuanto es una facultad innata productora del artista, pertenece a la naturaleza, podríamos expresarnos así: genio es la capacidad espiritual innata (ingenium) mediante la cual la naturaleza da la regla al arte." Este ideal de semejanza con lo objetivo, que luego quedaría un poco oscurecido en la fraseología del idealismo pero del cual el arte tal vez no puede llegar a prescindir, está en la base de la estética clasicista. En Schiller particularmente, cuyo tratado sobre *Poesía ingenua y poesía sentimental*, de 1796, revela una productiva tensión entre dos polos que se invocan mutuamente: el poeta sentimental y especulativo, que es Schiller mismo, no puede prescindir por completo de la experiencia del poeta ingenuo e intuitivo, del poeta "natural" que Schiller vio representado acabadamente en Goethe.

A Webern le atraían particularmente las investigaciones botánicas y las teorías científicas de Goethe; las argumentaciones estéticas de Webern, así como las de Schoenberg, parecen

menos basadas en decisiones personales que en las exigencias de la cosa misma. La obra debía plantear su propia legalidad armónica. Schoenberg da cuenta de eso cuando en el *Tratado de armonía* se pregunta si "la multitud de pasajes de máxima variedad que aparecen en un fragmento de Wagner, Bruckner o Hugo Wolf no responderán al mantenimiento rígido y apriorístico de un sonido fundamental más que a una necesidad orgánica; de si el uso de esta concepción artística tradicional no obedecerá simplemente a una inercia tradicional; de si la tonalidad no será, más que el reconocimiento exterior de unos derechos adquiridos, el brotar de una necesidad constructiva".

La pregunta de Schoenberg no es meramente retórica. Schoenberg se había librado de una concepción artística tradicional pero no necesariamente del contenido cristalizado en esa convención: el reestablecimiento del equilibrio; la forma que se repliega sobre sí misma. Schoenberg descubrió que ese equilibrio profundo podía ser realizado sin el auxilio de la tonalidad. Su primera obra atonal puramente instrumental, las *Tres piezas para piano op. 11*, es un claro ejemplo de eso. La familiaridad de la primera pieza con la sonata es evidente y cualquier oyente percibe rápidamente su esquema bitemático. La exposición de los dos motivos principales se resuelve rápidamente en los primeros 8 compases: los tres compases siguientes, una reiteración variada de los tres compases iniciales, configuran una clara situación de simetría, un esquema ABA que se trasladará sobre la forma global de la pieza. El principio de variación, que domina hasta el final, se instala ya desde la configuración de los dos motivos principales: el motivo A se divide en dos partes, la segunda como variación de la primera; el motivo B se divide en tres partes, constituyendo la segunda y la tercera una variación rítmica muy gradual de la primera. La exposición es más concentrada que las exposiciones de la música tradicional, ya que el expresionismo de Schoenberg, como observó Adorno, supone una crítica a las "formas simétrico-extensivas" de la música romántica. En una pieza en la que todo es desarrollo,

Schoenberg se la ingenia para diferenciar una sección de desarrollo a la manera de la sonata tradicional, que comienza en el compás 34 con la reintroducción del motivo A (ahora levemente desplazado por una apoyatura rítmica), y un tratamiento general de tipo secuencial, escalonado. Los últimos 12 compases configuran una inequívoca situación reexpositiva. Pero la descripción de esta pieza no debería limitarse a su identidad con la sonata.

La recapitulación en música siempre tuvo algo teatral (y no sólo la recapitulación, también la idea de conflicto entre dos temas, uno identificado con lo masculino y con lo rítmico y el otro con lo femenino y con lo lírico, es profundamente teatral; por ello muchos autores evitaron enfatizar esa dualidad temática, ya muy exterior, y plantearon la oposición temática en términos menos obvios); la recapitulación musical conserva cierta semejanza con los personajes que salen a saludar al escenario después de atravesar una serie de peripecias o, incluso, después de muertos. Pero también es cierto que en la música esa situación reexpositiva no cae tan fuera de la obra. No sólo porque las obras se reservan algunas sorpresas para esa situación sino también porque la recapitulación le da a la música su aspecto de algo doblemente replegado sobre sí mismo, que al recordar sus temas recuerda que finalmente todo provino de allí, de unos sonidos, los únicos materiales y medios expresivos que un arte no referencial puede esgrimir; la obra muestra así su digna cerrazón, su diferencia con el resto de las cosas.

Pero también en la música esa situación reexpositiva tenía un sentido de autoafirmación del sujeto; en algunas obras de Beethoven adquiere un aspecto francamente heroico. Con Schoenberg la recapitulación toma un rasgo absolutamente novedoso. Ya no revela un sujeto completamente dueño de sí; ahora el sujeto, más bien, se ha retirado. Es como si aquella voluntad que produjo los temas de la obra se hubiera ausentado porque el tono afirmativo de la reexposición ya no le cabe. Esto puede parecer un poco metafórico, sin embargo la música de Schoenberg lo realiza de manera casi

literal: como el sujeto se ha ausentado, como ya no sostiene nada, los materiales van cayendo por su propio peso; van cayendo progresivamente en el registro del piano, casi desarticulados, como si se movieran solos, hasta llegar, con la última nota, al sonido más grave de toda la obra, sonido que funciona claramente como una sustitución de la nota tónica que la atonalidad ha abandonado. Habría, en principio, una tensión lógica entre los materiales de la obra, que no son tonales, y la forma general de la obra, que proviene de la sonata y, por lo tanto, de la tonalidad. La obra se ha cerrado, pero se ha cerrado sin énfasis,

ca la Sonata op. 111 de Beethoven, que cierra la serie de sus 32 sonatas para piano. "En realidad —razona Kretzschmar—, Beethoven fue, a mediados de su vida, mucho más subjetivo, por no decir mucho más 'personal' que en sus últimos años. Su preocupación de sacrificar la expresión personal, de dejar absorber por ella lo mucho que la música tiene de convencional, de formalista, de retórico, era más patente. A despecho de la originalidad, por no decir monstruosidad de su lenguaje formal, la relación de Beethoven con lo convencional aparece en las últimas obras de su vida, por ejemplo en las últimas cinco so-

cipio de yuxtaposición, como una cosa que sigue a la otra sin aviso o sin una clara transición, es por cierto muy fuerte en el último Beethoven; pero la sonata, aun siendo una forma transicional por excelencia, siempre requirió de ese principio a fin de introducir un margen de ruptura o de sorpresa). Procedimientos antiguos y "duros" como la fuga toman el lugar antes reservado a la expansión y la fantasía, como ocurre en la constreñida sección de desarrollo de la op. 111. El segundo y último movimiento de la obra prescinde del espíritu dicharachero del rondó; Beethoven prefiere cerrarla de manera más introspectiva y recurre al

# TAMBIÉN AQUÍ

## VIVA LA LIBERTAD

sis, sin alegría. Este cambio de tono marca una profunda renovación de la música en su faz más evidente: en su aspecto expresivo, en su retórica.

El doble aspecto de la convención, como algo que oprime pero que también salva, en su doble faz heterónoma y autónoma, la música lo ha experimentado desde siempre, pero tal vez lo haya captado y desarrollado teóricamente por primera vez Adorno en un ensayo de 1937, "El estilo de madurez en Beethoven". Muchos lectores conocen estas tesis de Adorno a través de *Doctor Faustus*, la novela de Thomas Mann, que no sólo toma ideas sino también pasajes textuales de ese ensayo y también de *Filosofía de la nueva música*. Los toma, desde luego, con el consentimiento de Adorno, y es probable que el mismo Adorno haya seleccionado personalmente esos pasajes. Las tesis sobre Beethoven son expuestas por Kretzschmar en una de sus conferencias en la Sociedad de Actividades para el Bien Común. Kretzschmar ejecuta y expli-

cas para piano, como mucho más aflojada, menos vigilante. En las obras tardías lo convencional, exento de modificaciones subjetivas, aparece muchas veces con toda desnudez, o si se quiere descarnado, desprovisto de individualidad, y su majestuosidad es más impresionante que la de cualquier atrevimiento personal".

Las últimas sonatas y cuartetos de Beethoven conservan aún hoy un efecto extraordinario y producen un verdadero estremecimiento. ¿Cuál es el origen de ese estremecimiento? La respuesta, más bien tautológica, no podría ir mucho más allá de la afirmación de Ravel luego de escuchar *La consagración de la primavera* de Stravinski: su novedad no radica en su ritmo, ni en sus materiales armónicos, ni en su instrumentación, sino en su entidad. La expresión de Beethoven cambia, se vuelve menos compacta. Hay fuertes interrupciones, que Adorno califica de cesuras: una tendencia a la yuxtaposición se superpone a la continuidad del desarrollo (el prin-

tema con variaciones. "El tema de la arietta —describe Serenus Zeitblom, el narrador de *Doctor Faustus*—, cuya idílica inocencia no hace sentir las aventuras y sobresaltos a que está destinado, aparece enseguida y se expresa en dieciséis compases, reducible a un motivo que al final de la segunda mitad aparece como un grito del alma (...) Lo que ocurre con esta suave declaración, con esa indicación melancólica en el curso de su marcha rítmico-armónico-contrapuntística, las bendiciones y maldiciones que su autor lanza sobre esas tres notas, las tinieblas y los resplandores (esferas de cristal, donde el frío y el calor, la calma y el éxtasis son uno y son lo mismo) en que las precipita o hacia donde las eleva, todo esto puede ser llamado de muchas maneras, prolijo, maravilloso, extraño, excesivo en su grandeza, y ninguno de estos nombres será el suyo porque en realidad se trata de algo sin nombre". Seguidamente, el conferencista Kretzschmar parafrasea a Adorno: "Oigan las cadenas

de trinos, los arabescos y las cadencias. Fijense cómo lo convencional se impone. No se trata de eliminar del lenguaje la retórica, sino de eliminar la retórica de la apariencia de su dominio subjetivo”.

El estilo tardío de Beethoven desmiente, en la interpretación de Adorno, la pretensión de una conciliación entre convención y subjetividad; la música de Beethoven habría acabado renegando incluso de la síntesis lograda en las obras del período medio. Hay un componente fuertemente histórico y social en la interpretación adorniana: la escisión sujeto-objeto en el interior de la obra refleja una pérdida de confianza en el mundo social que Beethoven habría experimentado en la época de la restauración napoleónica. El sujeto, amenazado en su individualidad, se retrae para preservar su autonomía. El tercer estilo de Beethoven, por lo tanto, tendría un aspecto menos subjetivo que el segundo; o, en todo caso, la subjetividad ha adoptado ahora una función introspectiva. Las convenciones se muestran descarnadas y se expresan por su cuenta: “La retórica liberada, resuelta de la dinámica, habla por sí misma —escribe Adorno—. Sólo momentáneamente la subjetividad, desatándose, pasa a través de ella y la ilumina de manera repentina con su intención; de ahí los crescendi y diminuendi que, aparentemente ajenos a la construcción musical, conmueven a ésta con frecuencia en el Beethoven tardío.”

Si las convenciones hablan por sí mismas, su lenguaje por cierto no es el mismo de antes. Adorno ha señalado el impacto del trino, una antigua figura de embellecimiento melódico, en las obras tardías de Beethoven. El trino surge como una figura desnuda, que viene a ocupar, por decirlo así, el lugar de la melodía misma; no conserva el efecto de un susurro, tiene una expresión más desgarrada. El trino aparece desfuncionalizado; o, mejor, convocado para una función insospechada. Charles Rosen lo ha captado agudamente: “El trino es el punto culminante del esquema rítmico del (segundo) movimiento (de la Sonata op. 111). Un trino largo origina una tensión insistente mientras permaneco to-

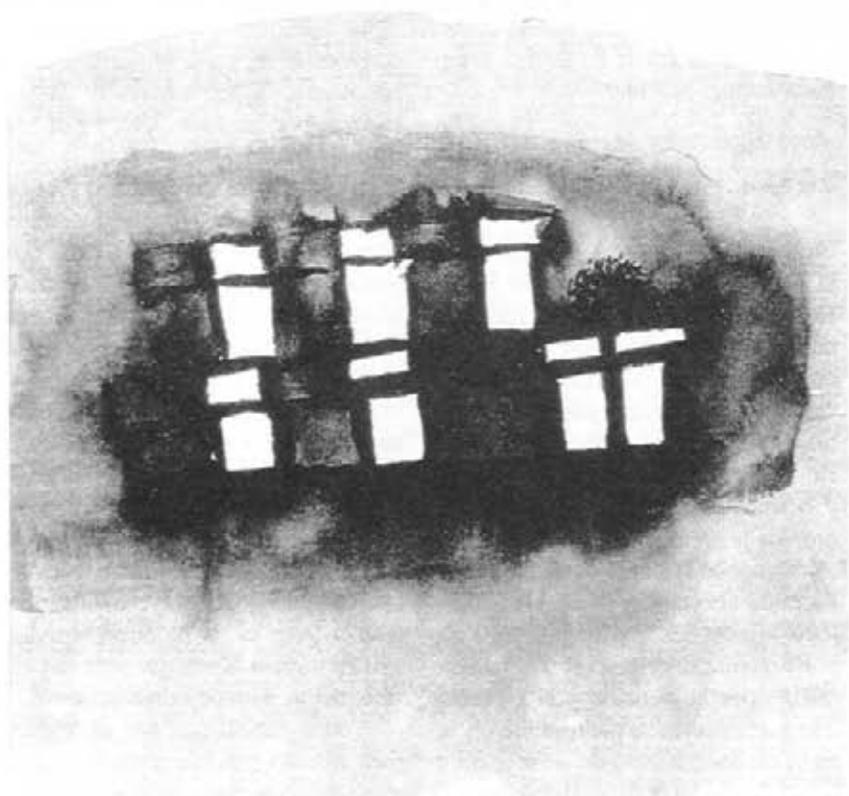
talmente estático. Gracias a ello, Beethoven aceptó la forma estática de la variación a la vez que la trascendió. La serie de variaciones que procede mediante la aceleración gradual —en la que cada variación sucesiva es más rápida que la anterior— es bastante corriente a partir del siglo XVI. Sin embargo, en ninguna obra anterior a la op. 111 aparecen las gradaciones desarrolladas con tanto esmero (...) la cuarta variación llega a tener una métrica casi indiferenciada. El trino representa la disolución total incluso de esta articulación rítmica: el movimiento alcanza los puntos extremos de rapidez e inmovilidad. Su importancia en la estructura rítmica del movimiento como un todo justifica la duración del trino y su transformación sonora en un trino triple. El trino regresa en la última página, y el ritmo se convierte en una síntesis de todo lo que ha sucedido antes: tanto el acompañamiento rítmico de la sección de variación IV (el movimiento de medida más rápida) como el tema en su forma original (el de medida más lenta), quedan suspendidos bajo la inmovilidad, sin medida, del trino. De este modo, el recurso ornamental más común se convierte en un elemento esencial de la estructura general.”

*An Tasten*, una pieza para piano compuesta por Mauricio Kagel en 1977 (hay una excelente versión de la pianista argentina Haydée Schwartz para el sello Mode Records de Nueva York), parece retomar ciertas cuestiones que en el Beethoven tardío habían quedado radicalizadas. De algún modo, las actualiza. *An Tasten* (Al teclado) lleva el subtítulo, sólo en apariencia modesto, de “estudio para piano”. Ambas designaciones, su nombre y su género, indican una fuerte materialidad instrumental. Si esta pieza se interpretara verdaderamente como un estudio para piano, sería una introducción al mundo de la sonata; con su bajo Alberti y sus arpeggios de acordes mayores, menores, aumentados y disminuidos. A esto, a meras figuras de acompañamiento, se restringe la totalidad de los materiales de la pieza. Kagel trabaja exclusivamente con elementos hoy completamente residuales.

La indicación “arioso” encabeza una partitura en la que no hay una melodía propiamente dicha; esto no debe comprenderse como un chiste de Kagel, por mejor que hubiera sido, sino como una profunda ironía. Y también como una auténtica indicación para una interpretación que debería ser todo lo flexible y afectuosa con unos materiales a los cuales, en principio, ya les está vedada la expresión. La interpretación debe lograr un efecto de desdramatización. La intuición adorniana de cómo la subjetividad ilumina repentinamente la música tardía de Beethoven (los crescendi y diminuendi que, aparentemente ajenos a la construcción musical, la conmueven con frecuencia) encuentra un eco preciso en esta pieza de Kagel.

*An Tasten* podría expresar una nueva perspectiva en la música de Kagel, tal vez en la música contemporánea en general. Las obras que György Ligeti ha escrito a partir del *Trio con corno* y los *Estudios para piano* (desde mediados de los 80), que apresurada y desafortunadamente muchos han juzgado regresivas, parecen inscribirse en una dirección similar. Esta perspectiva, que en el caso de Kagel expresa un claro desplazamiento de lo paródico a lo irónico y que tiene uno de sus puntos culminantes en el *Tercer cuarteto* de 1987, buscaría establecer una conexión con el pasado sin recurrir al pastiche, al programa de lo fragmentario, no menos facilista que totalizador, o al uso de la cita, cuya extrema sociabilidad ya se ha vuelto difícil de tolerar. Las últimas piezas instrumentales de Gerardo Gandini describen un significativo renunciamiento a los efectos comunicativos de la cita, y finalmente a la cita misma. Esta perspectiva, que por supuesto no es estilística, asume una relación más densa y más abstracta (en el sentido de algo menos figurado) con el pasado; y, si esta expresión se pudiera utilizar sin reservas en un contexto artístico, menos artificial. La actividad del autor aparece menos volcada para afuera, más oculta y concentrada en la vida del objeto. Tal vez pueda pensarse que la experiencia de lo orgánico conduce a la supresión del narcisismo.

Alberto Sato



### Nadie se asombra con las máquinas

Presentar a figuras célebres de la historia, especialmente del pensamiento, haciendo uso de máquinas, parece destruir el aura que las hacía impenetrables. Es como presentarlas en prendas íntimas. Las caminatas de Kant por los senderos de Königsberg, con sus medias bien templadas gracias a un dispositivo mecánico de su invención que consistía en un gancho con resortes; la carta de Nietzsche a su madre Francisca Oehler y a su hermana, escrita a máquina, donde expresaba que: "... la máquina de escribir, por el momento, es más fascinante que cualquier

otra escritura. Durante el gran cortejo carnavalesco hemos ido al cementerio, el más bello entre los más bellos de la tierra..."

El cambio de hábitos de este siglo permitió una relación menos conflictiva y asombrosa con la máquina —salvo algún islote económico-cultural más que antropológico— y desde entonces la vida cotidiana transcurre entre dispositivos mecánicos y electrónicos con la más absoluta naturalidad, mientras se piensa con pesimismo en el futuro tecnológico y en el fin de la era del progreso. Estos productos tecnológicos, sin lugar a dudas, contribuyen a facilitar las activi-

dades humanas, pero buena parte de ellos son los que generan dichas actividades, hasta tal punto que, en el presente, es más importante ocuparse de los dispositivos de lo que los dispositivos se ocupan de nosotros.

Este dominio objetual sobre el mundo se ofrece como una fábula inanimada. Los objetos hablan y dominan los escenarios. Invertir este dominio podría restituir el equilibrio de la vida; se trata de conjurar el sortilegio mecánico. Lo cotidiano no es tanto el objeto sino los hábitos que se han creado sobre éste. Por tal razón, una mirada lateral, furtiva, descentra la atención hacia los objetos como si fuesen extraños. Los más calmados podrían mirarlos sin el resentimiento acumulado por tantos años de engaño, con recursos tan fáciles como el anuncio de la utilidad, la practicidad y la comodidad. Enfrentar los hábitos cotidianos como si fuera la primera vez que se ven, proporciona nuevas visiones del mundo físico, desde una herramienta hasta la ciudad misma.

El asunto consiste en prestar atención, por ejemplo, no a las ideas que se escriben, sino al medio a través del cual se realiza la escritura, a las teclas que se presionan, el por qué están donde están y no en otra parte y por qué el dispositivo de la escritura se apoya sobre una mesa. Todos los relatos de estas minúsculas historias se encaminan hacia el tiempo detenido en la observación de los hechos cotidianos de la máquina, reveladores de mayores significaciones, pero siempre determi-

nados por la lectura del lector, donde cobran dimensiones íntimas.

Estas lecturas, realizadas en público, sólo expresan un punto de vista, pero pierden aquella intimidad cuando existen identificaciones colectivas, así como se decía con respecto a la antinomia del gusto, del *De gustibus non est disputandum*, pero que se extiende, porque tras ella se oculta un "concepto de razón de lo suprasensible, que está en la base del objeto". Así, suspendiendo el tiempo de los actos, todas las imágenes e ideas que concurren cuando se abre una lata de sardinas comienzan a cobrar una dimensión gigantesca.

14 No es el inofensivo pez marino que se come, es un ordenado y a la vez apretujado conglomerado de animalitos descabezados, destripados y sin escamas, son restos marinos sin cabeza, sin hígado y sin protección. Se sirven así, desnaturalizados, sin odio ni resentimiento alguno. Son cosas que otrora fueron peces que se desplazaban al dictado de sus propias leyes de supervivencia en gigantescos cardúmenes en direcciones uniformes, sin golpearse, guardando distancia regular, en sorprendente orden, vulnerables ante las leyes de la supervivencia, y que nunca imaginaron ser alimento de seres terrestres no-voladores; tampoco se imaginaron que su ataúd fuese de hojalata. Ni se imaginaron ser alimento de masas, ni pensaron que sobre ellas se explicarían las bondades nutritivas y su valor proteínico. Nunca habían soñado que su ataúd habría de ser profanado, y mucho menos con indiferencia. Las sardinas, por suerte, no piensan, o eso creemos.

Pero he aquí que este envase rectangular, de nada limpia apertura, popular y de larga tradición, está en todas partes, más que cualquier otro comestible. Es el resultado de un proceso industrial sobre el cual nadie presta interés. Su desnaturalización ha sido doble: encapsulado, ha perdido su primera dignidad; apreciado con indiferencia, perdió su segunda dignidad de producto industrializado. No hay celebraciones cotidianas ni de riquezas marinas ni de industria. Así, el hábito olvidó ambas cosas.

Si esto sucede con todas las cosas

que se presentan en lo cotidiano, una locura podrá invadir a nuestra inteligencia, ocupada en muchos casos en la ilusión de conquistar cosas trascendentes. El *shock* que puede producir un dato sobre el uso de máquinas por parte de Kant o Nietzsche es nuestro, no de ellos, quienes con absoluta naturalidad, y a veces con divertido asombro, incorporaron a su vida el dispositivo mecánico.

Entre el hábito y su observación existe la máquina, el dispositivo, que finalmente deberá ubicarse en el lugar correcto, con la pérdida de su magia y del aura. El fetichismo deberá ceder, así como el temor de ser devorado por tanta cultura objetual.

### Recuerdos de la mecanización

En la lejana Inglaterra, en ocasión de la Navidad de 1899, el señor Frank Hornby se había propuesto regalarle un juguete a sus dos hijos. Este deseo no tenía nada de particular, pero cada vez que se presentaba una fecha celebratoria para sus descendientes, Hornby se instalaba frente a su mesa y, herramientas en mano, construía sus propios juguetes.

Tampoco llamaba la atención que los niños aceptaran con alegría los objetos artesanales que recibían. El alborozo tenía su origen en el agradecimiento por la atención y el esfuerzo que había puesto su padre sobre ellos, en el reconocimiento de su ingenio y habilidad, en el disfrute del juguete y en la feliz sorpresa de encontrarse con una maravillosa y original creación.

En ese año, el dedicado, amoroso y ahorrativo padre quiso regalarles una grúa, pero se encontró con la dificultad de no contar con los elementos necesarios para su construcción. Por ello decidió fabricar sus piezas y sacó una conclusión muy simple pero cuyas consecuencias han tenido enormes alcances: "...pensé en la terrible pérdida de tiempo y de esfuerzos. Sólo las piezas intercambiables podrían resolver este estado de cosas. Es preciso encontrar un nuevo principio de estandarización que permita ensamblar las piezas en un sistema de múltiples combinaciones. La idea surgió cuan-

do comencé a perforar las piezas con agujeros del mismo diámetro y ubicados a la misma distancia".

Frank Hornby patentó su invento bajo el nombre de *Mechanics Made Easy* el 9 de enero de 1901 gracias a un préstamo de ocho libras que le concedió su empleador. Nueve piezas metálicas perforadas componían el sistema original. Años más tarde, en 1907, se inauguró la fábrica Mecano en el número 10 de Duke Street, en Liverpool. Desde ese entonces el invento recorrió el mundo de los niños, contribuyendo al desarrollo de su creatividad constructora, hasta el punto de convertirse en parte importante de la enseñanza, en los albores de la "escuela activa" de John Dewey y de Maria Montessori.

El juguete se universalizó y es conocido por todos bajo la denominación de Mecano. Si bien las cajas contenedoras de las piezas estaban acompañadas de un pequeño manual de ejemplos y posibilidades de armado, los niños podían desarrollar su imaginación elaborando cualquier fantasía mecánica con dos herramientas simples: un destornillador y una llave. El sistema ilustraba de manera sencilla y entretenida todos los principios de la estandarización, prefabricación e intercambiabilidad, que constituían los fundamentos de la producción industrial en serie, a la vez que permitía una variedad infinita de construcciones.

Todos sabían que era un juguete para varones con vocación industrial, para niños con pocas inclinaciones hacia la lectura, la música, la pintura y mucho menos al juego con muñecas. Era un regalo para iletrados con algunas muestras de ingenio, que en el futuro habrían de fundar las grandes industrias mecánicas en ese reino de la sociedad maquinista. De allí que muchos amiguitos miraran con cierto dejo de lástima a los niños que se pasaban horas con el destornillador y la llave en mano, armando toda suerte de objetos mecánicos, mientras la tradición imponía juegos más sociables y blandos, que poco tenían que ver con el mundo de los adultos.

Estos mini o protoingenieros anunciaban de manera pionera el triunfo de la máquina y su domesticación. En

las casas burguesas de principios de siglo, decoradas con mobiliario rococó y manualidades *art nouveau*, papel tapiz, pesadas cortinas y alfombras floreadas, ingresó la gran industria por la vía de un juguete. La irrupción era casi insolente, pero al fin y al cabo era una suerte de amansamiento de la dureza industrial. De allí en adelante, era posible introducir cualquier mueble o artefacto hogareño con aspecto metálico y funcionamiento mecánico, porque podría ser comparado con el inocente juego del Mecano. De hecho, cualquier intromisión industrial en el hogar era "como un Mecano".

A medida que transcurría el tiempo y la sociedad industrial agotaba sus reservas mecánicas, los juegos de este tipo se transformaron primero en eléctricos y luego en electrónicos. La magia de las maravillosas construcciones realizadas con ángulos, pletinas, placas y ruedas pintadas al esmalte con vivos colores y perforadas por todos lados con rigurosa regularidad, ha quedado hoy solamente para evocar una época rugiente y varonil. Se ha grabado en la memoria de la gente una imagen que no ha sido universalizada por la gran ingeniería de los puentes y ferrocarriles del siglo pasado, ni la ferretería exhibida en la torre Eiffel, sino por la presencia casi inadvertida de un juguete que ha calado en la conciencia de los niños. Por ello la idea de industria mecánica, estandarizada y universal, adquirió forma de Mecano.

Hoy, cada vez que alguien desea recordar viejos tiempos, recurre a la infancia, la de los niños o de la industria mecánica, ya que ambas estaban cargadas de optimismo. Y cada vez que un objeto contemporáneo quiere evocar a la sociedad maquinista adquiere la forma de Mecano. Algunos lo llaman *High-Tech*.

### Cómo abrir lo que está cerrado

Durante más de treinta años, es decir, desde 1830, cuando la firma inglesa Donkin, Hall & Gamble inició la venta pública de alimentos enlatados, hasta 1860, momento en el cual se da inicio a la venta pública de una herramienta especial para abrirlos, no ha-

bía mejor posibilidad de éxito que seguir las mismas indicaciones que las cumplidas por los miembros de la fallida expedición del almirante sir William Edward Parry al casquete ártico: "Corte alrededor de la parte superior con un cincel y un martillo", para abrir el pesado envase metálico que contenía pasta de hígado.

Desde aquellos tiempos pioneros hasta cierto tipo de envase reciente que, al frotarlo ligeramente y halar una pestaña, se abre, el contenido se calienta solo y la pestaña se endereza convirtiéndose en chopsticks, hay una infinita sucesión de acontecimientos alrededor de la comida preservada, como así también es infinita la sucesión de instrumentos para abrir su envase.

Para abrir una lata de conserva, el ingenio humano se proveyó de una herramienta muy peculiar, ad hoc, porque no sirve para otra cosa. Recorramos los utensilios de la cocina y veremos que el rallador de queso sirve hasta para hacer música, el sacacorchos para deshilar, pero también, cuando leemos esas admirables colecciones de "guías prácticas para el ama de casa", nos enteramos de los miles de aplicaciones y usos que ofrecen todos los sencillos utensilios de cocina que ocultan, tras su ingenua apariencia, amplias polifuncionalidades.

Pero el abrelatas sirve solamente para abrir latas. Originalmente fue una pequeña hoja recta de acero en forma de tijeras y discreto filo, con una guía que permite mantener el utensilio sobre la pestaña del borde. De esta manera, una vez perforada la lata, con un movimiento ascendente y descendente, se recorre la tapa hasta poner al descubierto su contenido. Ella queda adherida al envase exponiendo su filo agresivo, con dientes irregulares.

Esta explicación no tiene otro objeto que señalar que los abrelatas antiguos abren hacia arriba, los modernos hacia abajo, es decir que sumergen parte de la tapa en el contenido.

La eficacia del anterior, quizás poco refinada, fue sustituida con la inversión del corte, que deja los filos protegidos dentro de la lata. Pero se ha dedicado tanto cuidado en barnizar el interior de la lata para evitar oxidaciones, preparar la comida, cerrar her-

méticamente y pasteurizarla, elaborarla en la mayoría de los casos en impecables factorías, de esas que dan envidia a las amas de casa, con obreras uniformadas y ataviadas con cofias y guantes como si estuvieran en un quirófano, para que finalmente una pequeña superficie exterior se ponga en contacto con el contenido, una insignificante fracción de la tapa sea la encargada de contaminar el contenido con el mundo exterior, ése que rodea a un depósito de mercaderías donde los roedores les caminan por encima, o que al ordenarse en una estantería de abasto, se caen, se mojan, el perro las lame, la gente las toquetea porque quiere ver su precio y las reintegra porque no le alcanza el dinero o es muy caro, luego se guardan en la alacena donde abunda la chiripa o el veneno contra ella y finalmente se introduce la herramienta cortante y esa minúscula parte de la superficie exterior del mundo irrumpe dentro del contenido.

El esfuerzo parece haber sido inútil. También le ocurre al invento de la orejita de bebidas enlatadas que, para evitar la basura de millones de orejitas regadas por el universo, queda hundida en el interior. Genial solución para evitar la basura, pero horrible venganza del ambiente exterior que se introduce a través de la orejita. Por supuesto que la contaminación es minúscula, pero en estos tiempos de tantos perfeccionamientos, esterilizaciones y limpieza, el abrelatas antiguo, de esos que abren hacia afuera, se muestra más razonable.

Como todo el mundo sabe, estas herramientas son la miniaturización de un taller de latonería y a los distintos tipos de cuchillas se le agregaron manivelas y dispositivos eléctricos. El caso es que, en el diseño de los abrelatas, los profesionales se han ocupado más de la energía o esfuerzo que exige cortar una lata, en el filo de la herramienta, en la perfección del corte, en la perfecta apertura (salvo en los impertinentes casos de las latas cuadradas), en la comodidad de uso, en los movimientos necesarios y la elegancia en su empleo. El abrelatas actual es el resultado de una actitud ensimismada y hedonista. Se ha logrado



Ray '96

un alto nivel de perfección, pero se dejó al margen ese minúsculo fragmento que es capaz de echarlo todo a perder. Son como las fisuras de los sistemas perfectos, por donde se filtra todo aquello que se quiso evitar.

El arte del envase se ha desarrollado hasta el punto de colocar el abre-latas en una situación de incómoda inutilidad, en tanto que la apertura es posible con el simple tirón de un anillo. No obstante, aquí y ahora, y no sabemos si por siempre, esos alimentos universalizados en el panorama de la pobreza que son las pastas de hígado o jamón y las sardinas, seguirán dentro del mismo tipo de latas, que se abrirán con aquella misma herramienta y quizá ya no interese si el alimento se contamina o no. Como si fuera ya tarde para pensar en un diseño mejor.

#### La radio no se parece a una radio

El calor del hogar fue desplazado por primera vez en la historia de la huma-

nidad la noche del 2 de noviembre de 1920. La familia estadounidense se reunió alrededor de un extraño aparato que hablaba, cantaba y permitía escuchar un concierto lejano de modo más directo e inmediato que los propios asistentes, porque ese sonido se transmitía a la velocidad de la luz, a través de ondas electromagnéticas.

Tan amorfa como las llamas del hogar, la radio cautivó más por su prodigiosa capacidad de transmitir voces, música y otros sonidos de la vida que por su extraña apariencia, y la irrupción de este artefacto reproductor en la sala de una casa no podía permanecer sin comunicar su propia función comunicacional. La radio transmitía también a través de su forma. La historia natural o artificial no ofrecía ningún antecedente de algo parecido a lo cual referirse, y en consecuencia, la radio inició una agitada persecución de su forma.

Hizo su presentación en público vestida de catedral gótica, forma esta que instalaba una gran respetabilidad

en los hogares. La catedral gótica era el más sobrecogedor ámbito para la audición de la palabra divina, pero también para la música, las noticias y la pelea de Firpo-Dempsey. Esta apariencia se amenizaba con otras arquitecturas civiles de palacios y castillos. Realizadas en finas caobas, no obstante estas maquetas sufrían de enanismo, y aunque también se adoptaron las formas de concha acústica y sala de conciertos, más civil y democrática de cultos y filiaciones, no dejaban de referirse a los grandes recintos arquitectónicos para la audición.

Los diseñadores decidieron simplificar el problema convirtiendo a la radio en un mueble. Momento estelar de la radio, allá por los años treinta cuando el Art Deco y el Streamline estadounidense hicieron gala de su habilidad. Rígidas formas geométricas por un lado y aerodinámicas por otro, fueron el resultado de las indagaciones formales del mueble radiofónico. Con la efervescencia del diseño moderno en Estados Unidos, el Streamli-

ne —las formas aerodinámicas—, símbolo de la sociedad progresiva, veloz y mecánica, donde el protagonista principal era el avión, los vuelos imaginarios se realizaban con cualquier artefacto, sea nevera, batidora, tostadora o abrelatas; todos los artefactos del hogar adoptaron formas de máquinas voladoras, tan simétricas como un aeroplano.

Fue en la Segunda Guerra Mundial cuando la tecnología ocupó un espacio privilegiado en el mundo de los objetos. La radio, entonces, admitió formas tecnológicas, y la carcasa, los controles del dial y demás perillas adquirieron formas bélicas, de módulos a ser repuestos luego de cada bombardeo. Finalmente, vino el tránsito a las formas, materiales y colores utilizados en los viajes espaciales. Líder en formas avanzadas de la tecnología, la radio se redujo, gracias a los transistores, a prácticos objetos de bolsillo, portátiles a pila iniciando su despegue familiar.

Aun cuando la radiofonía es el medio más universal de comunicación, la radio es un objeto menospreciado. Mientras realizamos este apresurado relato del peregrinar de las formas de la radio, ella se fue definitivamente de la casa, dejó de reunir a la familia, se instaló en los rincones de los talleres o en los autos, y perdió la oportunidad histórica de parecerse a una radio.

## Manipulaciones

Podemos convenir que el espacio privado, con mayor disponibilidad de confort pero de menores dimensiones, es aquél de 2,5 metros cúbicos de promedio que se encierra en el interior de un automóvil. Salvo los sanitarios de los aviones y algunas embarcaciones, es difícil imaginarse otro recinto transitorio tan reducido dentro de la cultura occidental. Por supuesto que esta consideración descarta la fácil e inmediata referencia al ataúd, como expresión radical del habitáculo humano.

Estos interiores están provistos de asientos, amplias ventanas, equipos de sonido, aire acondicionado, teléfono, iluminación y reloj que facilitan la operación de manejo con relativa comodidad. De este modo, los indicado-

res de gasolina, condiciones de freno, aceite, batería, agua, temperatura, velocidad, distancias recorridas parciales y totales, revoluciones del motor, altura e inclinación del vehículo, presión barométrica, temperatura y humedad relativa y otros tantos instrumentos permiten registrar las condiciones internas y externas de este habitáculo, que también está provisto de estudiados sistemas de seguridad.

Como es sabido, no todos los automóviles están provistos de tanta información y abundancia de confort, pero la descripción sirve para señalar la posibilidad de alojar dicho instrumental. Hasta aquí, no se puede apreciar ninguna nueva razón que no haya estado registrada en los anuncios comerciales, especialmente en estos tiempos de alta competencia en el mercado automotor.

Los estudios ergonómicos destinados a ubicar tantos dispositivos para un eficaz manejo y control son extremadamente sofisticados, hasta el punto de reducir los movimientos de las extremidades y la vista a su mínima expresión. La inmediata consecuencia de tan aplicados análisis del trabajo humano de conducir permite que la atención se pueda concentrar hacia el exterior y permitir un viaje seguro, fuera de casi todo riesgo. Es entonces que se puede estar más atento a los otros vehículos, al estado del asfalto, a las señalizaciones y a cualquier peligro que se pueda presentar en la vía.

Pero si bien la ergonomía constituyó el aspecto rector de la disposición del tablero, el volante, los pedales, los botoncillos y perillas, también los diseñadores han prestado atención a los colores y texturas de los materiales constitutivos del interior del automóvil. Cuando en las agencias de vehículos un posible cliente se introduce en un nuevo modelo, una vez apoltronado, experimenta cierto placer lujurioso en el recorrido visual y táctil, mucho mayor que en su propia casa.

Así presentado este habitáculo, podríamos afirmar que la carga de tecnología concentrada en un recinto tan reducido para brindar confort, información y seguridad, en el mundo cotidiano donde nos movemos, es incom-

parable. Superior al cuarto de baño, aunque menos privado, por otra parte es más acogedor a la vez que proporciona sensaciones de poder que se exhiben, como es su finalidad, ya que el baño se reduce a experiencias íntimas y solitarias.

Es entonces que el interior de los vehículos contiene una cantidad inexpressable de aspectos que cualquiera puede experimentar. Pero cuando estamos al frente de un volante, como sinécdoque del acto de conducir, caemos en la cuenta de que, frente a tanta comodidad, las manos, sostenidas hacia arriba, con relativa cercanía al rostro, tienen poco que hacer. De allí que la proxemia —es decir la cultura de las distancias entre el hombre y el mundo material— permite identificar comportamientos y acciones que han quedado fuera de control por parte de diseñadores, ergónomos y técnicos. De hecho, cuanto mayor confort y facilidad en el manejo del automóvil, menores serán las manipulaciones y por lo tanto aumentará el ocio de las manos.

En la cultura urbana universal, la observación del acto de conducir señala que en París como en Tokio, en Nueva York como en Caracas, la gente tiene los mismos comportamientos. En efecto, en la atiborrada soledad de la autopista, encapsulados, sin otra cosa que hacer sino esperar con paciencia que el tránsito se ponga en movimiento, los conductores controlan los nervios, evitan agresiones y especialmente el *stress*, con un acto casi reflejo que, por privado, no ha sido suficientemente estudiado: la proximidad de sus manos con el rostro y el ocio permiten manipulaciones digitales como limpiarse las narices, los dientes, las espinillas y las orejas, extrayendo del cuerpo una rica variedad de materia excrementicia. Tal es la sensación de privacidad de este habitáculo móvil, que se es indiferente a la exhibición de estas manipulaciones que a muchos causan desagrado, pero nadie escapa a semejante experiencia.

De este modo, el ocio digital, gracias a un mayor confort proporcionado por la tecnología, permite que los conductores logren el doble propósito de aligerar tensiones a la vez que higienizarse. Se observa que las perso-

nas más parsimoniosas y menos irascibles en las autopistas, son aquellas que se las pasan hurgando sus cavidades, indiferentes a la tensión que producen las endemoniadas vías urbanas. De ser cierto todo esto, no caben dudas de que diseñar algo más elegante para ese ocio digital sería un buen tema para los constructores de automóviles.

### Autores invisibles

18 Con frecuencia, cuando no hay modo razonable de identificar al creador de alguna cosa, cae bajo la denominación genérica de anónima, destacando la importancia de esa ausencia. Para algunos, es señal de grandeza colectiva, de fe depositada en el ser social, sin jerarquías y en franco rechazo al individualismo, al egoísmo y otros males sociales. Para otros, es revelador de la pobreza de las investigaciones históricas. Para ambos, aun reconociendo que una persona y sólo una fue la que pergeñó la idea, por decreto o por ignorancia, se mantiene en silencio a su autor intelectual.

Es inútil indagar quién inventó la rueda, la pólvora, el peine, o descubrió cómo producir y para qué emplear el fuego, porque todos los esfuerzos serán infructuosos; ellos se remontan a las profundidades de la historia humana, cuando la gente ni siquiera poseía nombre y mucho menos designaba a las cosas con palabras. Pero el anonimato también es el resultado de un mezquino descuido que trata de evitar mayores gastos y glorias sobre la producción de una cosa. Es necesario tener en cuenta que en la sociedad actual, cuando el *know how* tiene un valor monetario de significativa importancia, las cosas de autor desconocido son gratis y es una afortunada paradoja saber que las de verdadera utilidad en la vida cotidiana tienen dicho origen; así ocurre con el pelapapas, la escoba, el cepillo de dientes, el paraguas y el calzado.

El anonimato en los objetos cotidianos y de uso doméstico jerarquiza el valor de las cosas por su grado de utilidad. Es allí donde la cosa útil aparece franca, sin señales de otro presti-

gio que no sea la eficiencia de sus servicios. La vida denominada práctica siente una profunda desconfianza por las autorías, que no hacen sino perturbar la noble función primaria del artefacto y aumentar inútilmente su costo.

Dicho de este modo, el culto radical al funcionalismo fue tan ingenuo que se ha dejado seducir por las palabras y las imágenes. En efecto, promover un artefacto por sus cualidades de práctico, sencillo y económico atraía tanto la atención como las formas simples de la estética aplicada a las cosas funcionales. Fue entonces que los objetos se decían prácticos y todo parecía indicar que así lo eran, pero habían dejado de ser anónimos. Alguien, deliberadamente, había impuesto una identidad a la cosa; los funcionalistas se apropiaron de ese término y, en nombre de la practicidad, artistas y diseñadores pergeñaron objetos que poco tenían de sencillo y mucho menos de práctico, mientras el consumidor, seducido por la idea, adquiría montañas de cosas que en escaso tiempo se desechaban por inútiles.

Esto le sucedió a los equipos domésticos de usos múltiples, aquellos parecidos a las galeras de los magos; muebles desde donde emergían camas, mesas, escritorios y sillones cuyas dimensiones no alcanzaban al de uno solo de ellos cuando eran nobles piezas independientes. La hazaña de compactación se repitió en equipos electrodomésticos y objetos portátiles, de esos que dan la hora, escriben a varios colores y con diversas tintas, multiplican, dividen, encienden cigarrillos y dan la dirección del polo magnético.

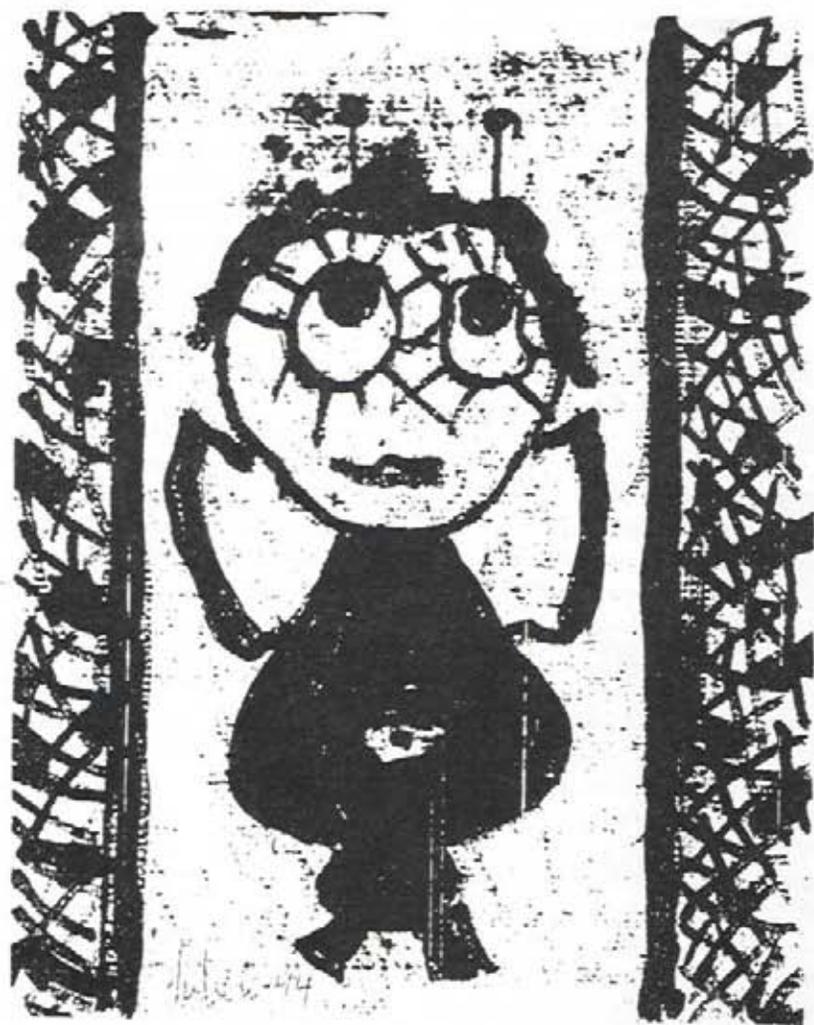
Esto obedecía al supuesto de que las cosas debían economizar espacio y peso, como si la sociedad toda hubiese estado sometida a una intensa acción de energía centrípeta. Por fortuna, este fenómeno actualmente se aplica de otro modo, porque los objetos, cuando sirven, sólo lo hacen para una sola finalidad y en consecuencia el funcionalismo perdió uno de sus argumentos. Pero el anonimato es otro asunto y aunque estos dos aspectos no parecen tener vinculaciones directas, es sabido que pocas cosas modernas

carecen de autoría, extraña condición para un arte que se pretendía masivo y socializado, evasor de todo culto a la personalidad y al individualismo.

La paradoja del anonimato moderno, mientras suponemos que las cosas sobreviven por la utilidad que prestan, es la invasión de objetos llamados por algunos "baratijas", que además de servir sólo por su enunciado, son tan pero tan feas, que es difícil explicar su existencia en el mercado. En nombre de la funcionalidad moderna irrumpen en el escenario dirigiéndose a la masa consumidora, guardando celosamente su autoría: en definitiva, diseñador anónimo para las grandes masas, así pareciera celebrarse el triunfo del anonimato moderno.

Esto le ocurrió a un pequeño dispositivo plástico, de colores pasteles tenues que identifican al usuario femenino; se abre como un paraguas y en el extremo de sus brazos cuelgan pinzas que parecen servir para secar dentro del cuarto de baño *pantys*, pantaletas, sostenes y prendas de uso similar. Cuando se pliega, se convierte en una diminuta pieza, posible de ser oculta discretamente en cualquier sitio, como si todo el mundo fuera consciente de tan ridícula presencia. Pero quizás se haya pasado por alto que esas prendas habitualmente se usan y lavan todos los días, y casi siempre cuando la gente se baña. Si esto sucede cotidianamente, poca utilidad tendría esconderlo, y si se considera demasiado ridículo no se explica que no haya un dispositivo más elegante para estos menesteres. Nadie ha podido encontrar otra finalidad a este dispositivo, lo que demuestra su unifuncionalidad. Es tan absurdo que se vende con exclusividad en los semáforos, porque ninguna tienda se arriesgaría a semejante escarnio. Pero millones de personas lo usan. Su autor con seguridad guarda su anonimato de pura vergüenza, a menos que proceda de alguno de los tigres asiáticos donde, por más que quiera, nadie jamás sabrá cómo se llama.

Textos publicados en el suplemento de arquitectura y diseño, *Hoy*, Caracas.



La escuela pública argentina es en este momento blanco de ataques y de políticas de reestructuración agresivas. Cuestionada por su ineficiencia, por su incapacidad de renovación disciplinar, por su obsolescencia o por las deficiencias de sus agentes, parece estar sumida en una crisis terminal, de la que sólo la salvarán el libre juego del mercado o la mano redentora del Estado.

Las explicaciones sobre la crisis son variadas. La que concita más consenso en el progresismo pedagógico —si es que tal definición define algo— es la que ubica como dilema central el cómo enfrentar las políticas de reconversión del sistema, defendien-

do la tradición democrática de la escuela argentina. Se trataría de pelear contra quienes obstaculizan que la escuela alcance el pleno desarrollo de sus postulados y mandatos básicos.<sup>1</sup> Para ellos, no está en crisis el modelo escolar, sino las formas en que actualmente se está implementando. "Si sólo nos dieran plata..."

Sin embargo, habría que animarse a mirar también el *substratum* de la cultura pedagógica que conformó la base de la expansión del sistema educativo, compartido por la mayor parte de los docentes, los directivos y los intelectuales pedagógicos, no sólo porque puede darnos pistas sobre los an-

tecedentes de esta crisis sino, sobre todo, porque puede mostrar en qué formas —perversas, nos animaríamos a decir— se está resolviendo cotidianamente la intrusión de nuevas lógicas en la vieja escuela. Son parte de este *substratum*, las formas de pensar y vincularse con los sectores populares, las formas de ejercicio de la autoridad pedagógica, los contenidos, los rituales colectivos. Aunque la crisis tiene efectos innegables en todos estos planos, hay que destacar que aquel substrato sobrevive entremezclado con las estrategias banales de la posmodernidad autóctona. Esta conjunción de la inercia y la banalidad tiene consecuencias poco alentadoras en términos de la formación ciudadana y de la producción y reproducción de la cultura de las próximas generaciones cuando se encuentra con las políticas gubernamentales de reconversión. Para nosotros, una estrategia de defensa de la escuela pública que sólo se plantease volver a lo viejo está condenada al fracaso: por un lado, porque ignora que lo nuevo ya se ha instalado para no dejarnos, pero además, porque esta vieja cultura pedagógica tampoco es sostenible en una perspectiva democrática. A través de algunas imágenes de investigaciones propias y ajenas,<sup>2</sup> queremos convocar a revisar políticas y posiciones sobre este espacio tan relegado como relevante de las políticas culturales: la escuela.

Postal 1. Una supervisora visita una escuela en una villa. Nota que los chi-

cos comen sin antes lavarse las manos. Increpa a la directora, que le aclara que el motivo por el que los chicos no se lavan las manos es por que no hay agua. La supervisora dictamina: "Que se laven igual, así adquieren el hábito".

La escuela pública probablemente sea, junto a los hospitales, la "última frontera" del Estado frente a la crisis social. Si hace un siglo se la diseñó como el dispositivo civilizador de la plebe urbana, hoy, en plena transformación menemista del Estado, ese mandato civilizador también está profundamente trastocado. Para ponerlo en pocas palabras: antes, el pobre podía ser redimido a través de llegar a ser "decente", "digno"; hoy el pobre está, la mayor parte de las veces, irremediablemente afuera de la posibilidad de ascenso social y es por lo tanto "peligroso". Las escuelas para pobres en la provincia de Buenos Aires se encuadran mayoritariamente en lo que se ha llamado, eufemísticamente, "Programa para Escuelas de Alto Riesgo".

Pese a este brutal acortamiento de expectativas de mejora para los sectores populares, a la escuela pública se le sigue pidiendo que los albergue y los esperance. La escuela sigue siendo un factor de integración social y de peso político en el marco de la escena massmediática, quién sabe si como residuo de las luchas de la modernidad o como máximo acto de cinismo. Lo cierto es que sigue abierto como intersticio por donde se cuelan sueños de redención social o perversas fantasías de exclusión fundada. En las provincias con gobiernos de intenciones populistas, como Buenos Aires, Mendoza o Córdoba,<sup>3</sup> la escuela pública es la encargada de desarrollar planes asistenciales, distribuir alimentos, supervisar la salud infantil y moralizar las familias. Lavarse las manos, cepillarse los dientes, guardar los útiles y hasta reparar sus bancos, son tareas en las que se gasta buena parte del tiempo escolar.<sup>4</sup> Además de todo esto, a los maestros se les pide que enseñen.

Quienes allí trabajan están bajo fuego cruzado. Por un lado, para muchos, la impronta vocacional y algo mesiánica del magisterio encuentra un

terreno propicio para realizarse. Pero lo cierto es que la mayor parte de sus docentes no elige enseñar allí, y los más calificados, si pueden, optan por destinos menos conflictivos y más acogedores. En gran parte, esto se vincula a que no hay reconocimientos —ni materiales ni simbólicos— a quienes además de introducir en la cultura letrada tienen que sostener las expectativas y frustraciones de una comunidad. Una maestra dice:

"Lo peor es que ahora con esto de la evaluación no nos van a tener en cuenta estas cosas... se fijarán qué nota se sacan los alumnos... Nosotros vamos a quedar como los que no hacemos nada... o los chicos como tontos... Es que no evalúan lo que realmente hacemos los maestros, no sólo porque queremos sino porque ellos lo pautan..."<sup>5</sup>

Estas percepciones no dan lugar, en la mayor parte de los casos, a respuestas organizadas. Más bien, cada vez más aparecen respuestas como la de la supervisora, que muestran la penetración de las "estrategias banales" en la escuela. El no tener agua no da lugar, en este caso, a propuestas colectivas, políticas o sociales; quedan las formas vacías, puramente obscenas. Como dice Baudrillard: "lo real no se borra en favor de lo imaginario, se borra en favor de lo más real que lo real: lo hiperreal. Más verdadero que lo verdadero: como la simulación."<sup>6</sup> La idea de "lavarse las manos sin agua" es un ejemplo aun más patético de la obscenidad de estas simulaciones que el que aporta el filósofo francés sobre los obreros alemanes que trabajan en una fábrica-simulacro que sólo existe para uso de los desempleados. Más patético, porque "lo más verdadero que lo verdadero" es uno de los contenidos más importantes en la cultura que están recibiendo las futuras generaciones. No sólo "se ha olvidado completamente esta forma de soberanía que consiste en el ejercicio de los simulacros en tanto tales" (Baudrillard), sino que ya ni siquiera es posible el olvido, porque se enseña que lo real es precisamente éso: el simulacro.<sup>7</sup>

Postal 2. Desde 1995, en la provincia

de Buenos Aires se implementó obligatoriamente la enseñanza de la computación en el 1er. año de la escuela secundaria. Como la materia Actividades Prácticas desapareció, los profesores del área recibieron una corta capacitación, y pasaron a desempeñarse como docentes de computación. Alumnos del primer año de una escuela normal del conurbano bonaerense tuvieron como única actividad en este año confeccionar una computadora en cartón, respetando los tamaños y formatos de cada pieza. La profesora evaluó los trabajos por su prolijidad y ajuste al original, siendo uno de los ítems de evaluación el que diskettes "reales" encajaran en el cartón.

La simulación invade también a las escuelas de clase media. En este caso, la vieja pedagogía termina banalizándose, incapaz de procesar los cambios culturales y las nuevas relaciones entre las generaciones. La profundidad y la extensión de estas transformaciones se reducen —en la versión de ciertas administraciones educativas— a introducir el inglés y la computación, las "nuevas" materias que parecen garantizar nuestra conexión con el futuro.

La relación con la tecnología es una vieja deuda del sistema educativo argentino. Ya a principios de siglo, los maestros normalistas miraban con desconfianza el cine, el teléfono y los autos, que consideraban corruptores de la infancia y la adolescencia.<sup>8</sup> El trabajo y la enseñanza industrial tenían, para ellos, un contenido disciplinador y sublimador de las energías adolescentes y adultas, siendo más importantes en el curriculum la adquisición de hábitos de orden y limpieza que la creación productiva de bienes. Pese a algunos intentos del primer peronismo y de la cruzada desarrollista en los 50 y 60, la escuela argentina siguió ignorando la presencia cada vez más rotunda de lo maravilloso técnico. La pervivencia de los contenidos humanistas clásicos y la negación a revisar la relación con el trabajo es, para nosotros, una clave más para analizar cómo se procesaron los "sueños modernos de la cultura argentina", y

cómo estos silencios condicionan nuestra recepción de la posmodernidad.<sup>9</sup>

Teniendo en cuenta estas tradiciones, no sorprende entonces que la traducción escolar de la computación sea una actividad manual de recorte y pegado. Menos aún sorprende si nos atenemos a lo que los gobiernos están dispuestos a invertir para la tan mentada "transformación del sistema educativo": un cursillo de capacitación ahora, otro el año próximo si da el presupuesto. Buena parte de las escuelas no tienen más de 10 computadoras por establecimiento, en su mayoría donadas por las cooperadoras. Es esperable que este promedio descienda abruptamente en las escuelas cuyas cooperadoras no pueden solventar estos gastos. A todo este simulacro de enseñanza tecnológica también contribuye la cultura de muchos docentes, que escasamente admiten la posibilidad de no saber, o de que sus alumnos los superen en algún plano del conocimiento. Así, la especulación y el "zafar" no son sólo estrategias privilegiadas de los alumnos,<sup>10</sup> sino también de los profesores. En un contexto de desempleo, hay que zafar frente a la autoridad, y conservar el puesto; zafar frente al alumno, y salir airosos en un terreno que desconocen. Uno desearía que, en la pobreza material y simbólica de gran parte de las escuelas, estos docentes, en algún nivel tan víctimas como sus estudiantes, pudieran plantearse otras estrategias de aprendizaje, aceptaran compartir el poder por un rato, convocaran a los alumnos o vecinos que sepan algo del tema; pero todo esto exigiría una imaginación y una auto-estima que no están disponibles para la mayor parte de los educadores. La cultura política argentina encuentra en esta conjunción de estrategias y situaciones otro espacio más para reproducirse.

*Postal 3. Una asesora pedagógica propone a sus alumnos de 3er. año la siguiente lectura:*

*"Cómo soy y cómo debo ser. Objetivo: Analizar la problemática adolescente y proponer pautas para solucionarlas."*

*Se transcribe una situación:*

*"Juan que tiene 14 años, miraba la*

*televisión, cuando su madre que salía presurosa para el trabajo, le recordaba lo siguiente:*

*—Apaga la televisión y ponte a estudiar, saca la comida de la heladera para tu padre cuando vuelva del trabajo y recógeme la ropa del tendedero antes de irte.*

*Juan absorto en la televisión asentía con la cabeza, cuando su madre partió.*

*Pasaban los minutos y al terminar la película, Juan miró el reloj y dio un salto, porque se había hecho tarde para llegar al colegio. Tomó los libros y salió corriendo. Esa tarde llovió copiosamente."*

*A partir de la lectura, la asesora sugiere las siguientes actividades:*

*—Comenzar un debate con los alumnos, sobre qué actitudes se observan en Juan.*

*—Escribir en el pizarrón "cómo somos los adolescentes".*

*—Luego que se ha elaborado una lista de actitudes, proponer una nueva columna que diga "Cómo debemos ser".*

*—Cotejar ambas columnas y proponer actividades que tiendan a corregir falencias detectadas, por ejemplo:*

*"Prestar atención en clase"*

*"Cumplir con la carpeta"*

*"Llevar la información correcta de*



lo dicho en la escuela al hogar", etc..

22

La crisis de la autoridad adulta hace rato que impactó en la escuela. Producto tanto de la secularización y las revoluciones modernas,<sup>11</sup> como de la crisis de la cultura letrada, la "juvenilización" de los patrones de consumo y la difusión de la cultura "psi",<sup>12</sup> el cuestionamiento a los mandatos adultos está cada vez más extendido en la sociedad y en el sistema educativo argentino. En algunos casos, estos movimientos han dado lugar a establecer regímenes de convivencia donde se consensúan normas disciplinarias para docentes y alumnos, o a pedagogías más "horizontales". Otro aliento importante ha sido aportado por la reciente difusión de las pedagogías constructivistas centradas en ese ser ahistórico, asexual y asocial que vendría a ser "el niño", a quien se considera un "sujeto activo y creativo" cuyas opiniones e intereses deben ser la guía de la enseñanza.

La "horizontalización" y el tímido progresivismo, sin embargo, están todavía reclusos en algunas escuelas "progres" de clase media, donde encuentran soporte en adolescentes o niños con entrenado consumismo y con capacidad de demanda y decisión. En el resto del sistema, la construcción de los consensos se parece más a la imposición de rígidos contratos donde las obligaciones recaen siempre de un solo lado, el de los alumnos, y se acotan a las normas de presentación (jeans, polleras, maquillaje, pelo largo) o a las "faltas disciplinarias". La posibilidad de discutir contenidos, vínculos o notas no está contemplada, y hay que decir que tampoco es reclamada por los estudiantes, que concentran sus actitudes oposicionales en el cigarrillo o la apariencia física. Para muchos docentes entrevistados,<sup>13</sup> los alumnos modelos son aquellos que no causan problemas, que son prolijos y limpios, y que responden a las consignas.<sup>14</sup> Los símbolos de la cultura adolescente (el rock, los modelos televisivos, la ropa) son puestos bajo sospecha, y se construye una serie de equivalencias entre ellos y los "peligros de muerte" que los acechan: la

droga, el sexo, el Sida, el suicidio. Tareas problemáticas se traducen a una lista dicotómica donde el bien y el mal son clara y absolutamente diferenciables, y el espesor moral de las personas se reduce a cero. El ideal adulto, o el abismo: tales son las oposiciones que estructuran buena parte de los discursos escolares adultos sobre la adolescencia y la infancia.

Las consecuencias de estas visiones sobre los estudiantes, y la consiguiente definición del ideal del alumno en términos de su disciplina o acatamiento de las normas, son varias. En la cultura escolar, estas reafirmaciones extemporáneas de la autoridad adulta promueven identidades pedagógicas uniformes, estereotipadas y rígidas. En forma similar al caso anterior, uno conserva la esperanza de que el ejercicio de la asesora pedagógica, en un giro inesperado, diera lugar a una serie de cuestiones muy relevantes para la discusión con adolescentes, como la participación en las tareas del hogar, la relación con los padres, la relación entre cultura escolar y no escolar, todos temas absolutamente centrales para la búsqueda de diferenciación del mundo adulto. Pero la reflexión se clausura en actividades disciplinarias e inflexibles hasta en la forma. Probablemente, esto produzca en los adolescentes respuestas estereotipadas, ya sea de adhesión a la proclama del docente (lo que no parece muy probable), o de rechazo y adopción de una cultura contra-escolar, que termina favoreciendo el pronto abandono de la escuela.

Otra de las consecuencias remite a la relación que se promueve con el conocimiento, al fin y al cabo la tarea específica de la escuela. La escuela promueve un régimen de verdad que se basa en la autoridad incuestionable de lo que dice el profesor o el texto. La capacidad de los alumnos de introducir sus propias opiniones, de producir otros conocimientos, está muy limitada por el tipo de estrategias docentes predominantes, y por la historia escolar previa, que lleva a los chicos a desconfiar de sus propios logros. Por otra parte, pocas veces se promueve el intercambio más profundo con el grupo de pares; muchos sos-

pechan de todo camino a la "verdad" que no sea el prefijado por el profesor o el manual. También los chicos coinciden en eso: sancionan tanto como los adultos la equivocación y el error de sus compañeros. Parece haber escaso lugar para una visión pluralista del conocimiento, para distintas interpretaciones, o para formas de expresión diferentes. Sin embargo, para aprender hace falta conflicto, ruptura de equilibrios, incertidumbre. En las escuelas, esto se podría ver facilitado al ser ámbitos colectivos, constituidos por sujetos que portan saberes diversos, otras opiniones, otros razonamientos. La psicología educativa contemporánea dice que hay respuestas que se apartan de la correcta pero que son fértiles, ya que activan el mecanismo productivo del conocimiento. Pese a la pátina modernizada de los discursos pedagógicos en boga, estos caminos alternativos parecen no ser conocidos por la propuesta pedagógica e institucional de muchas escuelas.

También puede percibirse, a través de estas formas de interacción adulto-adolescente, la promoción de una ciudadanía que acepte acríticamente los valores de la autoridad. La ciudadanía no se define por la responsabilidad individual en un compromiso común con ciertas reglas de juego, sino por su cumplimiento de las normas. Los sujetos escolares no son sujetos de derecho<sup>15</sup> sino sujetos al derecho: se definen por su adhesión a él. No hay aceptación de la diferencia y la alteridad, ni se admite el ejercicio del control público sobre los gobiernos y autoridades, ambas condiciones

## Notas

1. Ian Hunter identifica estos argumentos en las posiciones liberales y marxistas frente a la transformación de los sistemas educativos anglosajones. Véase: Hunter, I., *Rethinking the School*, St. Martin's Press, New York, 1994.
2. Sabemos que la cotidianeidad escolar está repleta de experiencias heterogéneas y que nuestra selección es, como todas, sesgada. En todo caso, nos interesa apuntar algunas situaciones que, por su complejidad, hablan de fenómenos que afectan al conjunto.
3. La experiencia del PAICOR en Córdoba, una de las más desarrolladas en este sentido, fue suspendida el año pasado por falta de presupuesto.

de una ciudadanía democrática, atenta a los abusos y corrupción del poder en las sociedades contemporáneas.<sup>16</sup> Nuevamente encontramos aquí claves de reproducción de la cultura política argentina.

*Postal 4. Acto escolar del 25 de mayo. En una escuela primaria, se organizaron diferentes representaciones: mientras un grado preparó una obra de teatro, otro desfiló mostrando "cómo se vendía antes en 1810 y cómo se vende ahora". Otros grupos compararon ambas épocas en los bailes: unos chicos bailaron el gato y el minué, y otros bailaron la canción "Colores" y "Matador". La directora acotó que "los adolescentes, ahora, también tienen su música." Una docente leyó un discurso breve en que se hacía referencia al "primer grito de libertad", que debe recordarse para "no caer en manos de potencias extranjeras".*

Los rituales escolares han sido desde hace mucho tiempo espacios privilegiados de construcción de identidades colectivas e individuales. A fines del siglo pasado y durante todo el presente, estuvieron fundamentalmente vinculados a la construcción de la nacionalidad: si hacia 1870 se celebraba el Día del Arbol como acontecimiento central, con el auge del nacionalismo se conmemoraron fechas referidas, en todos los casos, a acontecimientos o personajes que se identificaban como "hitos o héroes de la patria".

Es de sospechar, entonces, que, conforme la nación como identidad po-

lítica colectiva ha entrado en crisis, lo hagan también estos rituales. Junto a la crisis del contenido patriótico, hay también otra de orden procedimental: las formas jerárquicas, anticuadas, de organización de los actos, son cada vez más resistidas por docentes y alumnos. Así, hay una tendencia a organizar los rituales con formas más modernas y con mayor participación de los alumnos.<sup>17</sup>

Los rituales "a la vieja usanza", sin embargo, siguen teniendo vigencia en algunas escuelas, sólo que han sido recortados y limitados en tiempo. Por ejemplo, el acto del 10 de Junio, conocido como "Día de la Soberanía" (conmemorativo de las Islas Malvinas), dura la mayor parte de las veces escasos 15 minutos. Se canta el Himno, y una docente lee unas "palabras conmemorativas" relativas a la fecha. Después de los aplausos, cada grupo vuelve a su aula. Por el contrario, los actos correspondientes al 25 de Mayo siguen siendo importantes para la vida escolar. Preparados durante algunas semanas, consisten, en distintas escuelas que visitamos, en verdaderas fiestas colectivas de reunión entre alumnos, padres y maestros.

Como lo muestra la escena registrada, parece estar ocurriendo un desplazamiento desde el contenido patriótico que antes caracterizaba los actos, a una especie de evento social donde se exponen y negocian otros significados. Por un lado, se abre paso a actos "paidocéntricos" y "modernizados", que le dan prioridad a los intereses y gustos de los chicos, que indudablemente se divierten bailando

—y este divertirse es un dato relevante frente a su habitual aburrimiento en los actos escolares. Pero también puede plantearse que se extiende la penetración de los valores del "mercado" sobre otras identidades colectivas. El pasado aparece estereotipado, reducido a los mitos folklóricos sobre los pastelitos, el minué o el gato, y también el presente —como si fueran representativos o suplementarios de la nacionalidad los productos que se imponen en el mercado. No hay interacción entre este mensaje escolar sobre la historia y los rituales patrióticos, y las identidades contemporáneas que surgen de los medios de comunicación masivos, sino sólo yuxtaposición. La única referencia a la política aparece en discursos nacionalistas consignistas y descontextualizados. En este pastiche, parece ser el mercado el que queda como la única fuente de identificación colectiva, porque este pasado de minués y gatos mal puede interpe- lar a las nuevas generaciones. Si las identidades colectivas vienen provistas por las canciones ubicadas arriba en los "charts", o por la televisión, como los casos de "Colores" o "Matador", y a su turno, la historia escolar, lejos de ofrecer memorias o modelos alternativos, se esclerosa en estereotipos que perdieron toda referencia a su época, ¿qué valores colectivos se estarán formando? La capacidad de diálogo con otros diferentes, de inscribirse en una serie histórica, de vincularse a otros gustos y consumos estéticos o materiales, no parece ser un contenido relevante para la educación de las nuevas generaciones.

4. Aunque la presencia de contenidos moralhigienistas no es nueva en la escuela argentina (por el contrario, tienen fuerza ya desde fines del siglo XIX), hoy ocupan un lugar central en la distribución del tiempo escolar en las escuelas que atienden a sectores populares. Cf. Thisted, S., "Trabajar de maestro en escuelas urbano-marginales", *Propuesta Educativa* N° 13, Buenos Aires, 1996.

5. Testimonio citado en: Thisted, S., *op.cit.*

6. Baudrillard, J., *Las estrategias fatales*. Anagrama, Barcelona, 1984.

7. Por supuesto, este ejemplo no agota la totalidad de las experiencias educativas que tienen los chicos en la escuela. Pero debe notarse lo siguiente: en la situación mencionada, cuando la directora de la escuela se negó a la requisitoria de la supervisora, recibió en casti-

go una admonición escrita en su legajo por "rebelde".

8. Véase nuestro trabajo sobre Mercante, "Perfiles de educadores: Víctor Mercante", en: *Perspectivas de la UNESCO*, vol. V, (en prensa).

9. Así lo plantea Beatriz Sarlo, tanto en *La imaginación técnica*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1992, como en *Escenas de la vida posmoderna*, Ariel, Buenos Aires, 1994.

10. Véase el trabajo de Mariano Narodowski, *Especulación y castigo en la escuela secundaria*, Ed. del SUTEBA, Buenos Aires, 1993.

11. Véase Arenhlt, H., "¿Qué fue la autoridad?", en: Friedrich, C. (comp.), *La autoridad*, Ed. Róble, México, 1969.

12. Véase Sarlo, B., "Políticas culturales e institución escolar", reportaje publicado en: *Revis-*

*ta Propuesta Educativa* N° 11, Buenos Aires, 1994.

13. Dato tomado de: Birgin, A., y otros, 1994, *Análisis curricular de nivel primario y Ciclo Básico de la Enseñanza Media de una jurisdicción provincial argentina*, FLACSO, Buenos Aires.

14. Esto, obviamente, está instalado en la sociedad argentina toda. Véase la reciente encuesta del diario *Clarín* sobre el hombre ideal: la definición de prolijo y no conflictivo fue una de las más mencionadas.

15. Lefort, C., *La invención democrática*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1988.

16. Véase Donald, J., *Sentimental Education*, Verso, London, 1992.

17. Díaz, R., "Los actos escolares", en: *Educa-*  
*ción*, N° 9, 1991.

## Crímenes y pecados

De los jóvenes en la crónica policial

Leonor Arfuch

24



Durante el último año, adolescentes y jóvenes aparecieron reiteradamente en una trama de discursos como protagonistas de hechos de violencia diversa: desbordes en el mapa nocturno, concursos de borrachera, muertes al volante, bandas amenazantes, crímenes sórdidos, violaciones. Una acumulación que, desde el flujo televisivo a la prensa gráfica, pareció aportar evidencia a un pregonado aumento de la criminalidad juvenil, quizá lógica consecuencia de los índices de desocupación, la crisis de la familia y la ampliación del consumo de drogas. Tal incremento tenía un correlato paradójico: el pedido insistente, desde algu-

nos sectores, de la baja en la edad de imputabilidad para los menores autores o cómplices de hechos delictivos.<sup>1</sup>

### El policial mediático

El relato del crimen, en la exacerbación contemporánea, pone en escena no solamente el cuerpo de la víctima, resultado de una acción por naturaleza aberrante, no sólo la figura del asesino, en una dialéctica de fascinación y terror, sino también *el propio acto de mirar*, la consumación voyeurística de algo que podríamos llamar "la monstruosidad del ojo": tanto en la tra-

ma ficcional como en la periodística, el narrador intenta la descripción más ajustada a los hechos por la implacable acumulación de sus detalles. Nada de lo macabro o lo obsceno nos es escamoteado en esa especie de relevamiento exhaustivo del territorio: indicios, fragmentos, huellas de cuerpos y de historias, cronologías hipotéticas, oscuras motivaciones. El realismo del folletín decimonónico, los procedimientos del policial, del *suspense* cinematográfico y del viejo periodismo sensacionalista confluyen hoy en el hiperrealismo de la escena mediática: nunca más cerca, más directa, más inmediata y verosímil la imagen capturada por la cámara, que no sólo "llega" apenas producido el hecho sino que hasta es capaz de presenciarlo en su desencadenamiento.

Si desde siempre la crónica policial concitó una atracción fantasmática, aportando a una especie de objetivación del terror individual en una catarsis colectiva, hoy su explotación responde tanto a las leyes del *rating* como a su institucionalización cultural. En efecto, nada más cerca del gusto de la época que esa partición de roles entre dos héroes de acción, el investigador/policial/vengador y el ladrón/asesino/destructor, cuyas diferencias éticas y de procedimientos se hacen cada vez menos evidentes.

Sin embargo, la fábula criminal en la prensa continúa siendo indisociable de un despliegue aleccionador, de la reafirmación de los valores de la civilidad, del respeto a la propiedad y

a las normas instituidas. En este empeño, el enunciador periodístico está a tono con el aire de los tiempos. Más allá de esa ajenidad constitutiva del lenguaje que Bajtin llamara *heteroglosia*, su relato da voz a otros "reales": testigos, amigos, vecinos. Así, cada suceso notable tiene su propia porción de "opinión pública", que en otros registros, como el político, necesita de encuestas y sondeos. Esa supuesta "voluntad popular" se apropia aquí del texto gráfico o televisivo: es la palabra en "directo", la sensibilidad agudizada de quienes han estado próximos a la escena del crimen la que irrumpe, condenatoria y estigmatizante, haciendo gala de metáforas de alto grado de agresividad, de ese "ojo por ojo" que aún aparece como reacción inmediata en nuestras sociedades.

En este sentido, en la crónica policial y pese a su tensión episódica, lo que importa no es nunca la "verdad" del hecho, sino más bien un campo político siempre tentado por la demagogia, por la pretensión, tanto de enunciadores como de destinatarios, de instituirse en guardianes de los valores colectivos.

### Jóvenes y culturas contemporáneas

¿Qué es ser joven, hoy, en nuestra sociedad contemporánea? Podríamos decir: acceder a la centralidad de las pantallas, ser objeto de identificación, héroe, *target*, modelo, ídolo, fetiche, figura ubicua, miembro de "tribus", imagen satelital. Quizá como nunca, esta construcción ficcional tiene una fuerte carga de prestigio: efecto de sentido creado por la publicidad, el diseño, la moda, el culto del cuerpo, una estética de la vida que hace coincidentes apariencia y verdad. Pero esta plenitud, que agita el deseo y el mercado más allá de toda distinción etaria, está siempre amenazada de su contrario: la inmadurez, la incompletud, la falta. Sujeto en formación, no dueño de sí, presa fácil de tentaciones y flaquezas, que necesita tutoría y orientación, el ser joven es entonces un aúnno-sujeto, un devenir bajo vigilancia: blanco de expertos, preocupación estadística, inquietud política.

El exceso y la falta: tensión paradójica que también transita esa zona difícil de la "criminalidad juvenil". El desborde de sí, la rebeldía, la pasión por la experimentación vital —nocturnidad/drogas/sexo— y también la carencia —marginación/pobreza/abandono— parecen ser igualmente amenazantes, en una inmediatez que trastorna toda previsión. El pasaje de ángel a demonio, del héroe al antihéroe podrá ser entonces sólo un avatar narrativo, que toma cuerpo sobre todo en el dispositivo mediático: narración donde nunca está claro el "cuerpo del delito", la atribución de la culpa, los límites del relato. Así, en el facilismo de la causalidad o la indeterminación de matices, será lo mismo el delito leve que el crimen mayor: pese a su notoria semejanza, entran en la misma suma y llevan, por distintos caminos, a ese desenlace no por fallido menos apto para aplicar en toda circunstancia: la privación de la libertad.<sup>2</sup>

### De la simultaneidad del mal

Dos casos impactantes ocurrieron en 1995 con diferencia de poco más de una semana. Este hecho fortuito los transformó en síntoma de una "enfermedad" social, aquello que clama no tanto por una "cura", sino por control o penalización. Ambos suponían la participación de niños o jóvenes de sectores marginales, alentando la ecuación "natural" entre pobreza y delincuencia: el asesinato del sacerdote Juan Caviale, durante el robo a su casa parroquial, comprometía, entre otros, a un "niño de la calle" de 13 años, mientras que la violación y descuartizamiento de la niña Analía González involucraba a una familia con varios "menores".

Cuando la figura del niño o el adolescente es protagónica en la crónica policial, parecería existir un "plus" de significación que agita las aguas del sensacionalismo, llevando al máximo la convicción de que el crimen no es necesario, que es casi un escándalo, un *colmo*, en el sentido que le otorgara Roland Barthes: aquello que excede toda previsión, que es tan inexplicable como gratuito.<sup>3</sup> Las caracte-

rísticas personales o familiares priman entonces por sobre toda posible motivación social: un estado de privación originaria, una supuesta precocidad del mal, un cierto innatismo ligado a la condición de carencia y marginalidad.

El caso Caviale escenifica de modo emblemático esta gratuidad del crimen: ¿por qué ir a robar adonde se podía ir a pedir? La figura del sacerdote, que dedicara su vida "a la ayuda desinteresada a los más necesitados", configura algo así como la quintesencia del Bien, haciendo más tenebroso aun el enfrentamiento con el "Mal": éste estará encarnado, durante muchos días, en la figura huidiza de "dos jóvenes" "un niño" "un niño homicida", etc.

Esa pureza de la víctima, que redundaba en la acentuación novelesca de la vileza de los asesinos, también estará presente en el caso de los Coria (aquí es el nombre de los victimarios el que predomina en la crónica por sobre el de la víctima). La niña de nueve años, inocente, incontaminada aún por el destino que la acechaba tan cerca, en su propio barrio, no sólo fue objeto de violación sino de otra innecesaria del crimen: el descuartizamiento, espejo fantasmático de lo aberrante, de lo inhumano. El asesinato del Padre salesiano traía la terrible carga del parricidio, el de la niña, la del infanticidio, y ambos, la inquietante presunción de que tales horrores pudieran ser cometidos por "menores", seres de incompletud en los que aún alienta la cercanía de la infancia.<sup>4</sup>

### El caso Caviale: ángeles y demonios

El colmo y la antítesis, junto con el desliz fatal de la *casualidad* marcan una posible lectura barthesiana. Pero hay aun otros procedimientos enunciativos que construyen el caso, nunca demasiado distante de la imaginación novelesca: en *Clarín*, uno de los más notorios es el uso de la negrita, que, lejos de señalar la presencia de un dato significativo, funciona como marcador caprichoso y solapado de un punto de vista que no esconde su sesgo valorativo, ideológico y casi siempre obscuro.<sup>5</sup>

Si la ficción policial maneja con maestría pistas falsas e inconsistencias, la crónica periodística es experta en lo que podríamos llamar la *inversión veridictiva*: no ya ir de la presunción de culpabilidad a su posible confirmación, sino de la inculpación a la vaguedad o al desmentido. Procedimiento para nada inocuo, donde la revelación final de la inocencia difícilmente alcance a borrar la huella del horror reiterado del crimen juvenil.<sup>6</sup>

La fábula también se teje con la inclusión de esos "otros" que van a definir una atmósfera: los vecinos, el barrio, las impresiones y sentimientos de la gente:

26

"Caviale era un tipo muy atento, sereno, siempre dispuesto a atender a los demás. (...) Nos extrañó que alguien lo haya atacado, porque lo primero que inspiraba el padre era paz" dijo Fernández (*Clarín*, 17/2/95).

"Es un santo, porque dejó su patria y su familia para venir a enseñar el Evangelio y hacer lo que Don Bosco quería: ocuparse de los más pobres" (*La Nación*, 17/2/95).

Pero si este discurso directo hipotetiza la figura del testigo, pieza clave del género, cuando los inculpados son niños o jóvenes, es habitual, además, la inclusión de los expertos: sociólogos, criminólogos, psicólogos, asistentes sociales, funcionarios.

Esa es justamente la apuesta de *Página 12*:

"Delincuencia infantil  
Un homicida de 13 años

Un chico de trece años fue detenido ayer, acusado de haber asesinado al sacerdote Juan Caviale, cuando intentó asaltar el hospedaje 'Don Bosco'. Dos especialistas opinan sobre las características de la delincuencia infantil" (2/3/95).

La escasa importancia otorgada al caso los días precedentes se compensa aquí con una doble página donde campean opiniones de expertos. La volanta "Delincuencia infantil", en tanto sugiere la recurrencia del fenómeno, habilita el despliegue de toda una analítica de la minoridad. Así, el planteo

de *Página*, que en general se diferencia de los otros diarios en sus mecanismos enunciativos (un tono menos folletinesco, el uso mayoritario del potencial, una relativa neutralidad de la nominación —"muchachos", "jóvenes", "adolescentes" vs. "menores" "precoces delincuentes", etc.), queda atrapado en la misma lógica de culpabilización sin pruebas, pese a sus "buenas intenciones": los expertos se encontrarán hablando sobre un "homicida" inexistente.

El ejemplo nos lleva a una pregunta: ¿Qué resguardo, en razón de la inimputabilidad,<sup>7</sup> tienen los niños o adolescentes acusados de delitos, en el espacio discursivo de la prensa? Casi ninguno, si nos atenemos a las expresiones condenatorias típicas, a menudo utilizadas impropialemente *prima facie* (homicida, asesino, criminal, violador, etc.) o a la exposición pública de sus biografías (la historia de "Pillín", de 13 años, con lujo de detalles, fue divulgada en los tres medios). Pero hay además ese "plus" que deriva de la condición de "menor" —considerada por algunos expertos como de por sí discriminatoria—<sup>8</sup>, que vuelve a traer la doble figura del exceso y la falta. Por un lado, esa incompletud que torna aun más horrible el delito según ciertas representaciones del sentido común —si ya se es delincuente "precoc", ¿qué podrá esperarse para la madurez?—; por el otro, la conformación esencialmente grupal de las identidades juveniles, que incrementa el riesgo de la intervención de la "banda", la "barra", la "patota".

Si las *gangs* no tienen en nuestra vida urbana la amplitud ni el grado de organización que han alcanzado en las sociedades desarrolladas, su existencia no deja de dibujarse sin embargo en el relato: sombras amenazantes, a veces bajo la figura de una agrupación identitaria, esta vez "autóctona", "los chicos de la calle". En el caso Caviale aparecen ambas imágenes:

"Uno de los vecinos señaló que el padre Caviale... estaba preocupado por la amenaza que constituía un grupo de menores que solía reunirse en torno de un automóvil abandonado frente a la capilla para tomar bebidas alcohóli-

cas y para consumir drogas" (*La Nación*, 19/2/95).

"Un chico de la calle de 12 años —identificado como 'Pillín' o 'Sequito'— fue detenido ayer por el crimen del sacerdote..." (*Clarín*, 2/3/95, los subrayados son del original).<sup>9</sup>

### El caso de Analía González

El caso, que involucró como victimarios a los hermanos Coria, desató, por un lado, lo que podría denominarse un "sadismo de la conmiseración" (marcadores de proximidad con la víctima —"la nena", "Analía" "la pequeña"—, una particular adjetivación, el uso —salvo en *Página 12*— de diminutivos y negritas en la horrenda descripción, etc.), por el otro, una demonización de las familias involucradas.

Según el relato, el infanticidio ha podido cometerse sobre una doble ausencia: la de la madre de la niña (que trabaja "afuera" como empleada doméstica) y, sobre todo, la del padre del criminal, que se fue a vivir a la provincia, dejando a sus diez hijos (cuyas edades van de 14 a treinta y pico) "solos". Es justamente en *Página 12* donde aparece explicitada con mayor claridad esta falta del Padre, de la Ley, y una descripción de sus incumbencias:

"...si hubiese estado el padre acá, esto no pasaba" —especula Liliana. "Cuando lo veía drogado al Esteban lo agarraba y metía dentro de la casa y lo fajaba..." (3/3/95).

Ausencia quizá compensada con la construcción de un personaje colectivo: el barrio, los vecinos, una especie de "Fuenteovejuna" que asume culpas, no por haber hecho sino por "no haber visto": una vez más, la casualidad es fatal. De nuevo *Página 12*:

"...los hombres ya decidieron que van a sacar el árbol. Si no estaba ahí seguro que hubiésemos visto cuando entraba la nena y toda esta tragedia se hubiera evitado" dice Liliana.

quien volverá a intervenir, para fijar el punto clave de la identificación:

"...la mayoría de las madres estamos con el alma destruida' ...Como muchas

madres del barrio, ella tiene una hija casi de la misma edad que Analía" (3/3/95).

Constitución de un "nosotros" a partir de la tragedia, distinción de género, indignación, y, por supuesto, el consabido intento de hacer justicia por propia mano. En el relato mediático, los habitantes de la villa transforman su propia marginalidad en acción común, se encuadran dentro de los parámetros de la justicia y la moral, reafirman su legitimidad en la condenación. Consecuentemente, el joven acusado sufre un extrañamiento, se carga con los atributos de la negatividad, deviene un otro para sus pares<sup>10</sup>.

"ninguno de nosotros se lleva bien con él. Toma mucho, es peleador y no trabaja" (dirá la propia hermana, según *Página/12*, 3/3/95).

"Mi hermano, cuando tomaba, era capaz de cualquier cosa, pero igual no puedo creer lo que hizo", dijo Antonio Coria. ... y a pesar de todo lo que pasó yo voy a volver al barrio" (*La Nación*, 8/3/95).

"Los vecinos pedimos que nos den un pedacito de cada uno de los criminales" (Comienzo de nota principal en la contrapágina de los "expertos"). (*Página*, 3/3/95).<sup>11</sup>

En *La Nación* es el propio narrador/cronista el que asume sus dichos (las notas van a menudo firmadas), teñidos con el tono admonitorio/editorialista que caracteriza al diario, y con una fuerte carga valorativa respecto de la *otredad* del inculpaado. La obsesión descriptiva responde al mejor estilo naturalista:

"Francisco Coria, morocho, de largos cabellos hasta la cintura, cayó al piso. Fue pateado y golpeado por cerca de sesenta vecinos" (3/3/95).

"Esteban, de 19 años, un sujeto que acostumbraba alcoholizarse y drogarse con pegamento" (5/3/95).

"...dormían en colchones sin cotines, tirados sobre un piso de material a medio terminar" (4/3/95).

## Políticas de la enunciación

Si resulta muy difícil dar respuesta a la pregunta de si, efectivamente, puede hablarse hoy de un aumento de la criminalidad infantil/juvenil ligado a la crisis, lo que sí puede afirmarse es que de hecho "se habla", y este hablar alcanza un verdadero *crescendo* discursivo.

Más allá de los rasgos típicos del género, operan en esta tematización las lógicas contemporáneas de la competencia mediática: la búsqueda de lo extraordinario, la novedad, la primicia, el espionaje mutuo —temas que se deben cubrir porque otro medio lo ha hecho—, el "hacer" noticia de lo que quizá no lo sería.<sup>12</sup> Por otra parte, se trata de un terreno de "combustión fácil", que convoca fantasmas de alarma social y prejuicios muy acendrados.

Pero hay además mecanismos enunciativos específicos que tallan en este *crescendo*:

— Lo que hemos llamado *inversión veridictiva* (como en el caso Caviale, el niño "homicida" puede ser sólo un juego de titulares).

— Una estrategia de "maximización": junto a un "caso" notable se acumulan en una misma página del diario cantidad de delitos cometidos por "menores" que por sí mismos, y fuera de ese marco, nunca hubieran merecido publicación.

— Esto lleva, naturalmente, a una puesta en equivalencia de la inculpaación y a una sumatoria indistinción entre "crímenes y pecados".

— El uso de intensificadores discursivos, especialmente en titulares: "una vez más", "cada vez más", "la creciente ola de violencia", "se duplicó la delincuencia", etc.

— Su contracara cualitativa, su *colmo*: no solamente hay más crímenes sino *peores*, no solamente hay niños y jóvenes involucrados, sino que éstos son *cada vez más chicos*, y *cada vez más feroces* (Cf. nota de "investigación" en *La Nación*, 21/8/95).

— El mismo mecanismo, en atribución causal: a mayor desocupación, mayor drogadicción, mayor miseria, mayor cantidad de crímenes.

— Una verdadera "invención estadís-

tica": manejo de datos sin aclarar fuente, pseudo-investigaciones, etc.

— Las consabidas metáforas médicas: la delincuencia como enfermedad, algo que se propaga, sobre todo entre los "menores" (por carencia, ignorancia, indefensión o negligencia).

La amenaza de expansión (coincidente con la figura del exceso) no concierne sólo a los allegados de un circuito hipotético —la barra, el medio social, la localización barrial— sino a ese cúmulo borroso, "los jóvenes" en general. Porque los delitos graves, ¿acaso no suceden sobre un horizonte cotidiano de jóvenes o adolescentes que se drogan, que van a la disco a las tres de la mañana, que duermen todo el día, que arriesgan sus vidas en maratones de alcohol y las del prójimo, conduciendo borrachos? Esos seres, "que no tienen modelos", afectos a la estética del rock y presa fácil de violencias de todo tipo, sin criterio propio ni responsabilidad, ¿qué otra cosa pueden ser sino un típico "caldo de cultivo"?<sup>13</sup>

Los rasgos enumerados hablan de una cuestión medular: la consideración de incompletud, de inacabamiento, y consecuentemente, de *dependencia*, de los jóvenes. Aún *no sujetos* (en el sentido gramatical, activo, protagónico) y sí todavía *sujetos a* (lo que "otros" resuelvan de ellos), es en esta divergencia, en este hiato, que se juega la configuración imaginaria de su identidad. Hablar entonces de "delincuencia juvenil" es intensificar el mecanismo por el cual el estado —la sociedad— se hace "cargado" de esa doble carencia: la de un sujeto constituido y la de un sentido de civilidad. Porque, ¿qué otra cosa es un delincuente, en esa lógica acumulativa, que alguien profundamente asociado?<sup>14</sup>

De esa incorrecta definición, de esa dificultad de concebir al niño, al adolescente o al joven, como *sujetos plenos de derechos*, deriva gran parte de la conflictividad del tema. Por eso, hasta el discurso asistencialista, y aun el mejor intencionado, tiene un costado vulnerable: ¿cuál es el umbral de intervención en relación a la persona, cuál la decisión adecuada en relación al delito y la circunstancia, respecto de lo que sería "lo mejor"?<sup>15</sup>

Y aquí es donde el "crescendo" temático que señaláramos, aun en el registro de los expertos, hace agua: no se evidencian líneas de coherencia, lo que se ofrece es un mapa desarticulado donde las cuestiones de fondo (las falencias de la legislación vigente, la inoperancia del sistema, el hacinamiento y la desprotección de los jóvenes en las comisarías y otros organismos, la incumbencia difusa de los "jueces de menores", la falta de políticas al respecto) aparecen y desaparecen sin continuidad.

Esas cuestiones de fondo comprometen también la pregunta, que entre otros se formula Pietro Barcellona, de si hemos salido del círculo vicioso de la venganza, que está en la base tanto del rito del sacrificio como de la moderna justicia penal (los equivalentes

funcionales de la venganza privada o de la víctima propiciatoria: la venganza pública, la violencia de la sociedad administrada estatalmente, lo cual supone la posibilidad de regular la violencia "buena" y la "mala"). El corpus que hemos analizado no es al respecto demasiado alentador.

Comenzar a cambiar ese punto de mira llevaría también a un replanteo, tanto de la dimensión represiva de la "maldad" individual, como del asistencialismo "protector" que se arroga la posesión absoluta del saber, o de esa típica justificación por la falta originaria que requiere, mecánicamente, de una compensación. Se trataría más bien de una acentuación de la responsabilidad del estado en *hacer de los derechos una realidad* anclada en la vida cotidiana, no desligada de las con-

diciones de existencia de los sujetos —con reconocimiento del estatuto pleno de tales a niños y jóvenes—.

En otras palabras, colocar la problemática de los jóvenes involucrados en delitos más allá de una cuestión jurídico/legal, en el plano más amplio de una crítica a la constitución misma de las sociedades contemporáneas y su marcada tendencia a la desigualdad, y de una indagación sobre nuevas maneras de concebir la comunidad y la diferencia. "El derecho definido como mera técnica de solución de conflictos, nos recuerda Barcellona, ha roto todo nexo con la idea de justicia y con cualquier referencia a una dimensión ética de la existencia".<sup>16</sup> Se trataría entonces, aun en muy pequeña medida, de reencontrar las huellas de ese olvido.

## Notas

1. Este panorama suscitó el interés por una investigación sobre el tratamiento mediático del tema, que fue realizada para UNICEF Argentina. Área de los Derechos del Niño, y sus resultados están en vías de publicación. El corpus incluyó tres diarios de circulación nacional: *Clarín*, *La Nación* y *Página/12*. Abarcó los meses de febrero y marzo de 1995, ampliándose, con intermitencias, hasta agosto del mismo año.

2. El tema de la inutilidad "correctiva" de los institutos de menores y otros espacios de detención es tan reiterado en los mismos espacios de prensa, que conforma casi la contracara de los "hechos".

3. Barthes, Roland, "La estructura del suceso", en *Ensayos Críticos*, Paidós, Barcelona, 1988.

4. Curiosamente, en una nota de "investigación" que publica *La Nación* el 21/8/95, bajo el título "Se duplicó en 10 años la delincuencia juvenil", responsables entrevistados del Servicio Penitenciario Federal, explican que "es habitual que los más chicos sean también los más feroces, porque actúan por impulso, no miden las consecuencias de sus actos" (pág. 14, *Policía*). Un ejemplo más para pensar la dificultad de considerar en el adolescente un sujeto de derechos.

5. En el caso Coria, el uso de la negrita alcanzó límites intolerables en cuanto a su absoluto amarillismo, su sadismo, su obscenidad. Obviamente por esos motivos la ejemplificación. (Cf. *Clarín*, 2/3/95.)

6. El caso Caviale es un ejemplo en este sentido:

(Titulares de *Clarín*, subrayados L.A.)

17/2 Dos menores asesinaron a un cura de 79 años

18/2 La policía dice que tiene pocas pistas

19/2 El único testigo no recuerda casi nada

21/2 Buscan a un chico que iba al Hogar

2/3 Detienen a un chico de 12 años por el

asesinato del Padre Juan

3/3 Sería un menor de 17 años

Estaría identificado el que disparó contra

el Padre Juan

4/3 Cayó un joven de 25 años en Villa Lu-

gano por asesinar de un tiro a un sacerdote.

7. La inimputabilidad tiene un umbral de 16 años, donde el adolescente queda bajo tutelaje del juez de menores y un régimen especial, también tutelado, entre 16 y 18. Salvo para delitos graves, no hay una disposición clara en cuanto a la obligatoriedad de reclusión, que sin embargo se aplica casi por hábito.

8. Para Emilio García Méndez, el término mismo de "menor" traza una frontera de desigualdad social: los "menores" son aquellos inculpa-dos de las clases desposeídas, que ven entonces reducidos al máximo sus derechos como personas. La doctrina de la protección integral replantea el tema de estos derechos. Cf. *Derecho de la infancia-adolescencia en América Latina: De la situación irregular a la protección integral*, Bogotá, Forum Paicis, 1994 y materiales de UNICEF.

9. Cabe recordar que en la "inversión veridictiva" del caso Caviale, Pillín terminará siendo sólo un cómplice, probablemente utilizado para entrar y "cantar" quiénes estaban.

10. Durante un primer momento, la inculpa-ción alcanzó a varios de los hermanos, incluido un adolescente de 14 años. Finalmente la acusación principal recayó sobre Esteban, de 19.

11. Llevado seguramente por la índole del tema, el tratamiento de *Página/12* se acerca en

este caso al sensacionalismo de *Clarín*, pero con la diferencia, una vez más, del espacio otorgado a los expertos. En lo que hace específicamente a esta cita, no deja de resultar curiosa la expresión que asume esta "Ley del Talió" tan literal, tratándose de un descuartizamiento.

12. Pierre Bourdieu es uno de los que ha señalado el efecto de amnesia de esa competencia, que, lo más a menudo, lejos de inducir a originalidad, acrecienta la uniformidad, operando en la conservación de la *doxa*, de los valores tradicionales. Cf. "L'emprise du journalisme" en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* N° 101-102, París, marzo 1994.

13. Este aspecto fue desarrollado por Leticia Sabsay, asistente de la investigación: "Contextualización de los casos: la prensa como una caja de resonancias", Cap 9 del Informe Final para UNICEF, Bs. As., mimeo, 1995.

14. La insuficiente socialización de los "menores" involucrados en hechos delictivos, aparece en múltiples ejemplos (fallas escolares, en el trabajo, huida de la casa, hostilidad en el barrio y con la propia familia). Es, curiosamente, en las relaciones con la "patota", o, para los niños de la calle, en la cadena de "explotadores" donde aparecen rasgos de la "civildad": solidaridad, lealtad, amistad (consecuentemente, la crónica policial —y hasta algunos expertos— ponen a estos atributos del lado "negativo", sobre todo cuando conspiran contra la delación).

15. El tema de los "hogares" de chicos de la calle no necesariamente involucrados en delitos, plantea con fuerza esa pregunta: ¿los chicos, serán realmente "más felices" sometidos a un régimen de internado, a hábitos coercitivos de socialización?

16. Barcellona, Pietro, *Postmodernidad y comunidad. El regreso de la vinculación social*, Madrid, Ed. Trotta, 1992, pags.73/74.

## Las ciencias sociales y el campo de la salud mental en la década del sesenta

Hugo Vezzetti



### Germani y el psicoanálisis

Hacia 1958, Gino Germani exponía, en un breve texto de presentación de su trayectoria, las "influencias" recibidas y destacaba entre ellas, al lado de la escuela de Durkheim, de la sociología norteamericana y del interaccionismo de George Mead, las "corrientes neopsicoanalistas, particularmente Erich Fromm y Harry S. Sullivan".<sup>1</sup> En efecto, desde 1947, cuando tradujo y prologó *El miedo a la libertad*, y por espacio de una década, algunos de sus trabajos proyectaban una integración del psicoanálisis a las ciencias sociales, siguiendo una orienta-

ción que revelaba el peso de la recepción de las corrientes revisionistas del freudismo. No trató de incorporar sino más a Germani a las figuras fundadoras de un psicoanálisis descentrado respecto de la Asociación Psicoanalítica Argentina; tampoco pretendo exagerar el impacto de esos textos; ni, mucho menos, podría juzgar la importancia que tuvo ese núcleo conceptual en el pensamiento social que Germani va a desplegar en torno de los problemas de la modernización. Pero esos trabajos no sólo revelan una faceta descuidada de la biografía intelectual de Germani, sino que, aun cuando puede decirse que impulsaban un proyecto

que finalmente resultó fallido y abandonado, es fácil advertir que mantenía relaciones de "afinidad" con iniciativas y discursos contemporáneos que conectaban los aires de cambio de la disciplina freudiana con el nacimiento de un "campo" de la salud mental.

En "El psicoanálisis y las ciencias del hombre"<sup>2</sup> Gino Germani proporciona una visión sintética de sus opciones. El impacto del psicoanálisis se corresponde con una verdadera revolución científica que "ha permeado los fundamentos, los supuestos implícitos de las diferentes ciencias humanas" (p.62); y el camino deseado de una integración a las ciencias sociales es el de una "simbiosis" con la sociología y la antropología. La voluntad contraria a esa integración se encarnaba en la "ortodoxia", que se constituía en el principal factor de resistencia que debía ser vencido si se aspiraba a un psicoanálisis comunicado con las ciencias humanas: "la inmensa influencia ejercida por Freud sobre el conocimiento social *se ha operado casi siempre fuera y a menudo en contra de la ortodoxia freudiana*" (p.64, bastardillas de Germani). No era difícil identificar en la Asociación Psicoanalítica Argentina el núcleo de esa resistencia.

Ahora bien, una análoga voluntad

1. "Germani por Germani", en J.R. Jorrot y R.Sautu (comp.), *Después de Germani*, Buenos Aires, Paidós, 1992.

2. *Revista de la Universidad*, La Plata, 3, enero 1958, incorporado luego a *Estudios sobre sociología y psicología social*, Buenos Aires, Paidós, 1966.

de integración anti-ortodoxa, caracterizaba a algunas expresiones resonantes del universo "psi". Pichon-Rivière hablaba de "epistemología convergente", Bleger se proponía explícitamente reescribir una "psicología de la conducta" que sería, hegelianamente, la superación de las corrientes anteriores de la psicología y el psicoanálisis; Goldenberg y el discurso de Lanús, por último, en un nivel más preocupado por la institución y las prácticas terapéuticas, insistían en la integración de enfoques, el "abordaje múltiple" de los trastornos psiquiátricos y el rechazo a todo encierro de escuela. De modo que la oposición a las ortodoxias y la voluntad "interdisciplinaria" constituyeran rasgos mayores de esa renovación y sintetizaban algo de un clima de época que era, sin duda, mucho más complejo.

En el caso de Germani, Erich Fromm y Karen Horney guiaban esa apropiación neofreudiana. Algo que quedaba a la vista ya en el prólogo a la obra más célebre y difundida de E. Fromm, *El miedo a la libertad*, que fue probablemente el mayor *best seller* de los años sesenta.<sup>3</sup> En ese texto, Germani había destacado que la aplicación del psicoanálisis a las ciencias sociales imponía un distanciamiento de lo que consideraba sus presupuestos biologicistas. Desde esa toma de posición, marcada por la lectura revisionista, se aclara la elección de los temas freudianos que mantienen su vigencia (el determinismo psíquico y la actividad inconsciente, la neurosis como resultado de un conflicto dinámico y los mecanismos de defensa) tanto como la orientación rechazada, que tendría su núcleo en la teoría de los instintos. Hasta aquí no hay mayor originalidad, en la medida en que la crítica seguía muy directamente los lineamientos del discurso "culturalista" y se reforzaba por la atención que Germani prestaba a los trabajos de Bronislaw Malinowski.

Lo importante, en todo caso, es que la justificación de un psicoanálisis capaz de servir a la "investigación sociológica" dependía, ya en el prólogo de 1947, de su capacidad para abordar la crisis contemporánea, que estaría caracterizada, en la posguerra, por ese

"miedo a la libertad", expresión de un fascismo latente, persistente como amenaza incrustada en las formas de la subjetividad. El obstáculo subjetivo se sintetizaba, para Fromm, en nuevas formas de la alienación social y la pérdida de individualidad, en el aislamiento y el retraimiento como formas de evasión y culminaba en la resistencia al cambio y el conformismo social.

El fenómeno del peronismo proporcionaba las condiciones para una reflexión local sobre el fascismo en la que la obra de Fromm venía a ser leída, en el nuevo contexto, como la exposición de una lucha por la libertad desplazada al espacio de la subjetividad. Y si esa conquista interior vendría a ser el mejor reaseguro contra la tentación totalitaria, no es llamativo que esa voluntad reparatoria termine —o comience— asociada al enigma del peronismo, tema sobre el cual Germani expondrá sus tesis bien conocidas.

#### La experiencia de Lanús y el nacimiento institucional de la salud mental

Uno de los ámbitos fundamentales en el proceso de renovación de un psicoanálisis tensionado hacia fuera del orden "interno" a la organización de los psicoanalistas fue el de los proyectos y experiencias de modernización del dispositivo de la salud mental. La historia de ese proceso resta por hacerse, así como la evaluación de sus consecuencias y sus problemas, en particular los que derivaron de la implantación del psicoanálisis en el hospital público. Pero nadie discute el papel fundador cumplido por Mauricio Goldenberg y el Servicio de Psicopatología del Hospital de Lanús.

En 1958, el mismo año en que Germani exponía sus tesis sobre el psicoanálisis y las ciencias del hombre, un primer artículo de Goldenberg presentaba un programa de renovación psiquiátrica, centrado en el reemplazo de la vieja psiquiatría asilar por el modelo de la asistencia abierta en hospitales generales.<sup>4</sup> En este primer texto puede decirse que se produce, en relación con la higiene mental de los años treinta, una extensión de los alcances

al mismo tiempo que una reformulación de los criterios propiamente psicopatológicos. En efecto, la higiene mental —que oscilaba entre la expresión segregativa de un control sobre el potencial hereditario de la locura y el programa de una atención preventiva sobre ciertos ámbitos de la vida social— nunca cuestionó la centralidad del hospital psiquiátrico, que mantenía las características de una institución cerrada, en el tratamiento de las enfermedades mentales.

Goldenberg expone el programa de una renovación integral cuyo eje es la descentralización: hospitales psiquiátricos reformados en el sentido de una "comunidad hospitalaria", hospitales colonias limitados a enfermos crónicos, dispensarios y servicios de psicopatología en hospitales generales y, finalmente, la novedosa forma del hospital de día, inspirado en la experiencia americana. Pero es claro que el proyecto apuntaba a convertir a los consultorios externos y a los servicios de psicopatología de los hospitales generales en el instrumento principal y el más extendido de la asistencia. Su propuesta contemplaba una "red" de unidades asistenciales, que debían combinar el tratamiento ambulatorio con la internación durante períodos breves. La innovación mayor, en todo caso, radicaba en la convicción de que la mayor parte de los casos psiquiátricos podían ser tratados eludiendo la internación.

Ahora bien, es importante destacar (para contrastar la recuperación retroactiva que se ha hecho de esa experiencia fundadora) que el psicoanálisis no aparecía mencionado ni una vez en todo el artículo y que los psicólogos sólo eran incluidos entre los colaboradores eventuales del equipo asistencial, después del enfermero psiquiátrico especializado, el asistente social y el laboroterapeuta. A partir del propósito de convertir al conjunto de la

3. E. Fromm, *El miedo a la libertad*, Buenos Aires, Abril, 1947; reeditado por Paidós, hasta 1969 había vendido 150.000 ejemplares, 95.000 de ellos en la Argentina. "Hablando con Leon Bernstein", *La Prensa Libre*, Costa Rica, 8/2/69.

4. M. Goldenberg, "Estado actual de la asistencia psiquiátrica en el país", *Acta Neuropsiquiátrica Argentina*, 1958, 4.

institución, a los vínculos e interacciones en su interior, en el principal dispositivo terapéutico, la actuación de un personal de enfermería especialmente formado se convertía en una condición básica.

Al mismo tiempo, ese establecimiento psiquiátrico renovado redefinía las características de los casos psiquiátricos adecuados para el nuevo modelo de tratamiento. No es llamativo, entonces, que la visión psicopatológica se modifique correlativamente con la institución psiquiátrica y se desplace hacia un predominio de cuadros globalmente "reactivos", que toman en cuenta privilegiadamente condiciones afincadas en la dinámica social. Y esa dimensión social de la patología se corresponde con la acentuación del papel terapéutico de una nueva sociedad construida a partir de un hospital que funcione como una comunidad y según el ideal de una terapéutica "resocializadora"; de allí la importancia del ambiente, del trato de los enfermeros, la intervención del asistente social y de formas de actividad ("ergoterapia, socioterapia, ludoterapia") que contribuyan al propósito de "reestablecer o crear vínculos que le permitan [al paciente] reintegrarse a la sociedad" (p.402). Y cuando se menciona la psicoterapia tiende a insistirse en que se trata de psicoterapia de grupo (pp.405 y 409).

No es mi propósito reconstruir las ideas que acompañaron la experiencia de Goldenberg hasta los años 70, sobre la cual, por otra parte, hay pocas fuentes escritas. Me interesa perseguir la formación de un paradigma que puede llamarse "sociopsiquiátrico" como núcleo fundamental —aunque no único— de la transformación modernizadora del sector. El siguiente trabajo publicado por Goldenberg es de 1965 y los psicólogos (que han comenzado a egresar un par de años antes) ya figuran como integrantes del equipo asistencial junto al psiquiatra y a asistentes sociales y laborterapistas.<sup>5</sup> Han transcurrido varios años y las perspectivas de la reforma psiquiátrica se amplían en dirección a una reformulación disciplinaria bastante radical, enteramente análoga a las ideas ya expuestas de Gino Germani: la psiquia-

tría, debe "integrarse", dice Goldenberg, con las ciencias del hombre: la antropología, la psicología y la sociología. Esto es así porque una condición esencial de la nueva psiquiatría es la superación de las viejas concepciones afincadas en la herencia y la constitución como componentes determinantes e inmodificables. Parece claro que la caída del paradigma decimonónico abre a la vez la posibilidad de acentuar los factores favorables al cambio psíquico y sostener el papel preponderante de recursos terapéuticos "activos", la búsqueda de modelos en los desarrollos contemporáneos de las ciencias sociales. Es que esa radical transformación del campo psiquiátrico es correlativa, para Goldenberg, con los cambios en la sociedad; la posición de la nueva disciplina psiquiátrica impone un diagnóstico propiamente sociológico que señala, un poco desordenadamente, entre otros factores, el impacto de la urbanización y la industrialización, las alteraciones de la estructura demográfica y la prolongación de la vida media, la presencia de los medios de comunicación, las migraciones y los conflictos políticos.

Dejo de lado el papel del psicoanálisis en esa empresa —el que, por otra parte, ha sido muy destacado en la conmemoración realizada en 1992— en la medida en que me interesa destacar las consecuencias, ya señaladas por Emiliano Galende, para el nacimiento de un "campo de la salud mental": una "psiquiatría diferente" que se establecía en contraposición con la establecida en los manicomios y con la que dominaba la cátedra universitaria.<sup>6</sup> En Lanús se situaría un punto de inflexión, propiamente un giro de reforma modernizadora del dispositivo asistencial en materia psiquiátrica al mismo tiempo que una renovación del cuerpo de "saberes": teorías, modos de diagnóstico e intervención, métodos y disposiciones institucionales y, sobre todo, cambio global del discurso en la ubicación de los temas de la locura de cara a las representaciones culturales.

En ese sentido, el punto de partida "interdisciplinario" —más allá de sus imprecisiones y atolladeros— valía ante todo porque venía a romper el baluarte cerrado de la psiquiatría como

una disciplina autosuficiente, replegada respecto del propio campo de la medicina y, mucho más, respecto del horizonte filosófico humanístico y de las ciencias sociales que había acompañado el nacimiento de la medicina mental moderna. Pero también rompía, por otro lado, con la fisonomía de un psicoanálisis anudado a la "ortodoxia" técnica, en torno del diván, y con la imagen de una práctica social elitista y destinada a unos pocos. Si Lanús era una alternativa a la psiquiatría manicomial, también buscaba mostrar que un psicoanálisis diferente era posible. Y la "diferencia" comprendía tanto una disposición más abierta en el terreno de las teorías como una elección moral e ideológica que, con el tiempo y no sólo desde Lanús, alimentará una disputa por la legitimidad entre los practicantes del psicoanálisis. No sólo es posible formarse fuera de la APA, sino que esa formación (en la que intervienen miembros de la institución oficial, tensionados hacia un lugar de creciente autonomía respecto de la organización) sería teóricamente más integral, tendría una mayor eficacia operativa y, finalmente, se sostendría en los valores de un reformismo social progresista que extiende los alcances de su beneficios.

### Psicoanálisis y comunidad terapéutica

El compromiso posible de una aplicación del psicoanálisis a la transformación de la institución psiquiátrica quedó expuesto de un modo notable en una de las obras más características de esos años, la *Biografía de una comunidad terapéutica* de Emilio Rodríguez, que llevaba un prólogo de Mauricio Goldenberg.<sup>7</sup> Rodríguez describe

5. M. Goldenberg, "Progresos en Psiquiatría. La psiquiatría en el hospital general", *La Semana Médica*, 4 de enero de 1965. El mismo trabajo, con muy ligeras modificaciones fue publicado al año siguiente en *El Médico práctico*.

6. E. Galende, "Algo para recordar: Lanús y la salud mental", *Primeras Jornadas-Encuentro del Servicio de Psicopatología del Policlínico de Lanús*, Trabajos Pre-publicados, Buenos Aires, 1992.

7. E. Rodríguez, *Biografía de una comunidad terapéutica*, Eudeba, 1965.

y analiza la experiencia de la comunidad terapéutica de la Clínica Austen Riggs, en los EEUU, de la que formó parte como profesional durante casi tres años, entre 1959 y 1962. Desde su educación psicoanalítica en Londres, en la Tavistock Clinic, y por su orientación hacia la psicoterapia de grupos tomó contacto con las investigaciones clásicas de Elliot Jacques en una fábrica. Allí nació cierto modelo para un proceso de "comunidad terapéutica" que se proponía —dicho brevemente— trasladar esa experiencia a una institución psiquiátrica. Y nuevamente, no sólo se trataba de contribuir a una nueva psiquiatría, esencial-

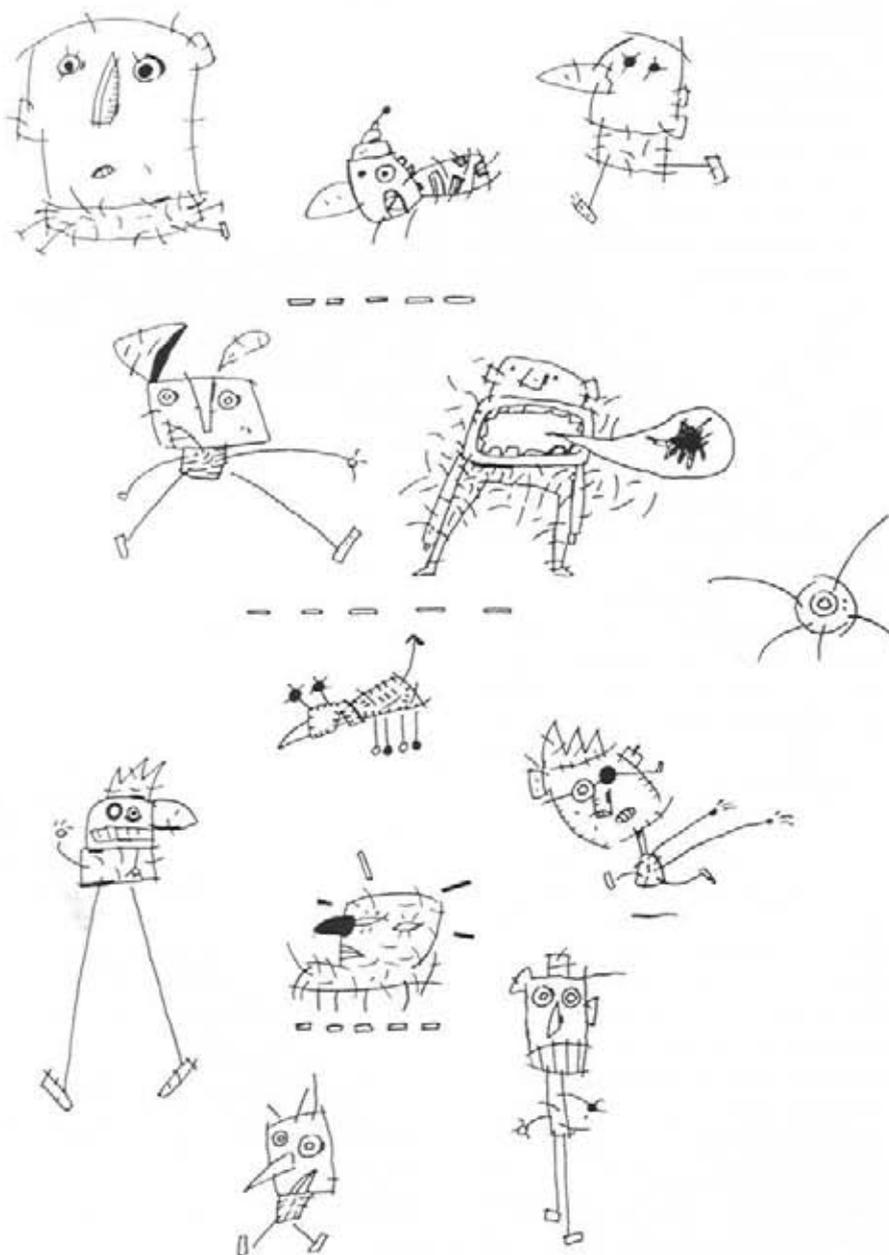
mente social, sino de abrir un diálogo con las ciencias sociales, "particularmente con aquellos que se interesan en la política como una ciencia", a partir de la convicción de que "el experimento [...] va más allá de la psiquiatría social y aporta datos valiosos para el estudio de cualquier sociedad" (p.XV).

Aunque las preferencias de Rodríguez no se refieren a la "teoría interpersonal" de Sullivan sino a lo que había aprendido en la Tavistock, salta a la vista la coincidencia con un enfoque psicosocial que acentuaba la dimensión de los "roles" en la formación y la dinámica de la personalidad.

En la medida en que el enfoque de Sullivan partía del sujeto concebido como una "trama" de vínculos y, concomitantemente, concebía los trastornos subjetivos como alteraciones de esa red intersubjetiva, el enfoque psicoterapéutico debía orientarse a encarar la modificación de los síntomas mediante un diseño que tomara en cuenta el conjunto de los lazos presentes en la institución. De modo que una condición fundamental de la nueva psiquiatría, de orientación psicosocial, era el encuentro con las investigaciones y con el lenguaje de las ciencias sociales. Por ejemplo, los trabajos de Bethelheim y de Spitz sobre lo que se llamó "hospitalismo", alimentaban una reorientación del pensamiento clínico que acentuaba la importancia de los vínculos tempranos y se reunía con las investigaciones de Erving Goffman sobre las "instituciones totales" en el camino de construcción del nuevo discurso de la "comunidad terapéutica".

Sullivan incorporaba un enfoque inspirado en la antropología cultural y mantenía un interés especial en los problemas de la *comunicación*. Con él la disciplina psiquiátrica norteamericana culminaba, hacia la segunda posguerra, un ciclo de profundas transformaciones que la alejaba de las raíces biológicas, pero también la distanciaba del encuadre clínico de una psicopatología que buscara los "signos" de una enfermedad que debía ser cercada como una esencia escondida.

Ahora bien, Rodríguez no se limitaba a difundir las nuevas ideas en la medida en que exponía la crónica de una experiencia de transformación de una institución asistencial. Y en ella, una dimensión dominante estaba constituida por una verdadera reforma política de la organización en el sentido de una democratización de la gestión: descentralización de la autoridad, formas de participación de pacientes y personal auxiliar en la definición y aplicación de las normas. Paralelamente al sistema de actividades específicamente terapéuticas pautadas por los profesionales (admisión, tests, terapia individual y otros tratamientos, excluidos los biológicos), la institución en su funcionamiento cotidiano se había



conformado —en un proceso cuya historia ofrece Rodríguez como una dimensión operante en el presente— según el modelo de una democracia participativa que tenía en la asamblea la expresión de un ideal cercano a las formas de la democracia directa.

Esa organización social y política estaba integrada por una autoridad colegiada central y por distintos comités de gestión con facultades ejecutivas y judiciales; el código de derechos y obligaciones de los integrantes de la comunidad era establecido y modificado por el cuerpo político de "ciudadanos". La "comunidad terapéutica", entonces, se construía por medio de la superposición, no exenta de conflictos, de un sistema terapéutico y un sistema social y político; es decir, de una doble posición del internado, a la vez paciente en tratamiento y "co-ciudadano" de una comunidad, sostenido en un cuerpo de derechos y obligaciones. Es claro que el marco de funcionamiento y participación, que no permitía a menudo distinguir esas dos dimensiones de la vida en la institución, y las ambigüedades y los choques en el interior de ese orden duplicado, estaban en la raíz de muchos de los conflictos, cuyas vías de aparición y de tratamiento se separaban igualmente entre el espacio de las terapias y el de las decisiones institucionales colectivas.

Ahora bien, el diseño institucional que resultaba de ese movimiento innovador no sólo rompía con la tradición alienista —edificada sobre una autoridad que no se comparte— sino también con las restricciones que el encuadre psicoanalítico impone al trato social de analista y analizando fuera de la sesión. En el terreno de la conceptualización psicoanalítica, el hecho central que debía ser explicado y, eventualmente, justificado, era la participación de pacientes en instancias de gobierno de la institución, en un pie de igualdad con terapeutas y personal de enfermería; y es claro que no era en la obra de Freud donde podía encontrarse, al menos directamente, la inspiración teórica central. En todo caso, encontraba mejor sustento en el marco conceptual de la "psicología del yo", que insistía en la existencia de áreas

del yo relativamente autónomas respecto de los conflictos inconscientes.

No me interesa profundizar en una dilucidación psicoanalítica de esos problemas pero, en todo caso, si la participación de los internados en asambleas y comités se justificaba en la presuposición de esos núcleos del yo "no comprometidos por el proceso neurótico o psicótico" (p.49), la idea de un "yo" en el que se reunirían diversas "áreas" y funciones, sería correlativa con la matriz que distingue, igualmente, diversos "niveles" y funciones como componentes del entramado de la institución. Y dado que los niveles interactúan y sus efectos



se cruzan, la resultante es una movilidad y una penetración recíproca de "roles" que constituye —en línea con la tradición de la dinámica de grupos— un cierto ideal de salud psíquica, opuesto a las formas de la esclerosis y la privación social que caracterizan al asilo como "institución total".

En ese sentido, la comunidad terapéutica no era sólo una alternativa al manicomio, sino que proponía un avance respecto del movimiento modernizador que instaló el tratamiento de los malestares psiquiátricos en el hospital abierto. En efecto, si la consideración del paciente psiquiátrico como "un enfermo más" había tenido efectos liberadores, no rompía suficientemente con la concepción del paciente como un destinatario pasivo de las maniobras terapéuticas. La comunidad terapéutica instauraba, en cambio, un corte más radical; se proponía como un "experimento social" en el que el conjunto de la institución estaba comprometido en un objetivo mayor; dar ocasión de una variedad de roles y posiciones al internado (pacien-

te, ciudadano, trabajador, estudiante, etc.) con lo que planteaba un modelo básicamente interactivo de salud mental. La "comunidad terapéutica", entonces, concebida como un espacio terapéutico multiplicado en sus recursos y sus efectos, no sólo era pensada como una innovación psiquiátrica, sino que se constituía en un laboratorio de investigación social capaz de proporcionar un conocimiento extensible a los grupos, las instituciones y la sociedad. De modo que si la psicología social se desplazaba a un campo clínico de operación, no es menos cierto que el saber extraído de esa experiencia terapéutica ejemplar aparecía pro-



movido a un lugar fundador de una revisión, o una ampliación, de la disciplina sociológica.

A la luz de las demarcaciones —y los aislamientos— que caracterizan en el presente los campos respectivos de las ciencias sociales, del psicoanálisis y los discursos sobre la salud mental, no deja de ofrecer alguna arista sorprendente esta trama, necesariamente laxa, que muestra, durante algunos años, la fisonomía de un pensamiento y una voluntad intelectual en los que la pluralidad discursiva era compatible con la comunicación recíproca y la familiaridad con un tesoro común de nociones y enfoques. En todo caso, en esos escenarios intercomunicados, las figuras y los discursos que he traído a la luz, participaban de cierta disposición innovadora, que acompañaba la conciencia de estar construyendo de cara al futuro; y la participación en un humor intelectual reformista se proyectaba desde la sociedad a las formas y los problemas de los respectivos campos disciplinares.



La historia mundial no existió desde siempre; la historia, como historia mundial, es un resultado.

Introducción, *Fundamentos de la crítica a la economía política*

El marxismo está en baja y no parece ser más que una letanía. Sin embargo, encuentro difícil no reconocer que algunos de los argumentos más innovadores y menos ideológicos del debate brasileño dependen de él, de su énfasis en el interés material y en las divisiones de la sociedad. ¿Llegó el momento de olvidar —o callar— el nexo entre lógica económica, alienación, antagonismos de clase y desigualdades



internacionales? ¿Será cierto que la vida del espíritu se torna más relevante sin estos referentes?

Como tuve la suerte de participar de un momento del marxismo crítico, me pareció que sería interesante contar algunas cosas al respecto. Me refiero a un grupo que se organizó en San Pablo, en 1958, en la Facultad de Filosofía, para estudiar *El capital*. Del grupo salieron varios profesores buenos, que escribieron libros de calidad, y hoy uno de sus miembros es presidente de la república. Por cierto, no creo que el marxismo ni mucho menos el seminario hayan llegado al poder. Pero, mal o bien, es posible re-

construir un camino que se inició en la Facultad de Filosofía de la calle María Antonia y llegó a la proyección nacional y el gobierno del país. Aunque propicio a deducciones delirantes, es un tema que merece reflexión.

¿Cuál fue el origen del seminario? Como todo lo antediluviano, es nebuloso y hay más de una versión al respecto. Giannotti cuenta que cuando estuvo becado en Francia frecuentó el grupo "Socialisme ou Barbarie", donde escuchó las exposiciones de Claude Lefort acerca de la burocratización de la Unión Soviética. De vuelta al Brasil, en 1958, propuso a su círculo de amigos, jóvenes ayudantes de cátedra de izquierda, que estudiaran la cuestión. Fernando Novais pensó que era mejor dispensar los intermediarios y leer *El capital* directamente. La anécdota muestra la combinación heterodoxa y avanzada, en formación en esa época, del interés universitario por el marxismo y la distancia crítica en relación con la Unión Soviética.

Cuando el seminario inició sus reuniones las figuras constantes eran Giannotti, Fernando Novais, Paulo Singer, Octavio Ianni y Ruth y Fernando H. Cardoso. En carácter de aprendices aparecimos también algunos estudiantes más entrometidos: Bento Prado, Francisco Weffort, Michel Löwy, Gabriel Bolaffi y yo. Era un grupo multidisciplinario, de acuerdo con la naturaleza del asunto, en el que estaban representadas la filosofía, la historia, la economía, la sociología y la antropología. Aunque vivíamos

dedicados a la universidad, nos reuníamos fuera de ella para estudiar con más provecho, a resguardo de la compartimentación y las dificultades características de la institución. El ambiente era de camaradería, de mucha animación, y también de rivalidad. Durante un buen tiempo prevaleció la primera. La discusión y la crítica eran enérgicas, unos se entrometían en el trabajo de los otros, había temas compartidos y disputados, de manera que el proceso mostraba una cierta nota colectiva, con poco margen para la propiedad privada de las ideas. En cada encuentro se explicaban y discutían más o menos veinte páginas del

tenía algo de poético. En vez de perjudicar, contribuía a darnos el sentimiento de la primacía del interés intelectual y político. La fórmula tuvo éxito y la generación siguiente montó un seminario de composición semejante en 1963. Más tarde, la costumbre pasó al movimiento estudiantil, en el marco de la resistencia a la dictadura de 1964. En esa época los círculos de lectura de Marx se multiplicaron en todo el mundo, "coincidencia" que vale la pena examinar.

Con la muerte de Stalin, en 1953, la divulgación de las realidades inaceptables de la Unión Soviética y de la vida interna de los partidos comu-

los partidos comunistas se habían otorgado a sí mismos en relación con la obra de sus clásicos, de la que daban una versión catequística, inepta y regresiva. A la distancia, el seminario paulista sobre *El capital* parece formar parte de esa crítica, como lo indica además su inspiración lefortiana inicial. En efecto, la crítica al marxismo vulgar, así como a las barbaridades conceptuales del Partido Comunista Brasileño, era uno de sus puntos de honor. Pero también es un hecho que los descalabros de la Unión Soviética, al fin de cuentas el desafío esencial para una izquierda a la altura de su tiempo, no ocupaban el primer plano



libro. Las reuniones eran quincenales, los sábados por la tarde, se turnaban el expositor y la casa, y se hacía una comilona al final. Había bastante desigualdad económica entre los participantes, manifiesta en las respectivas viviendas que iban desde la casa rica y confortable hasta el departamento más modesto. No conozco la opinión de los demás, pero recuerdo la diferencia como un rasgo de unión que

nistas se expandió también entre los adeptos y simpatizantes. La incongruencia con las aspiraciones libertarias y el espíritu crítico del socialismo era un hecho irrefutable. En este marco, la vuelta a Marx representaba un esfuerzo de autorrectificación de la izquierda así como de reinserción en la primera línea de la aventura intelectual. Enfrentaba el derecho de exclusividad y el monopolio exegético que

de nuestra imaginación. La apuesta en favor del rigor y la superioridad intelectual de Marx, si bien suscitada por el empantanamiento histórico del comunismo, estaba redefinida en función de la agenda local, de la superación del atraso a través de la industrialización, lo que no deja de ser algo abstracto y estrecho en relación con la marcha efectiva del mundo. Volvemos a esta cuestión.

La otra referencia internacional fue la Revolución Cubana en 1959. Ella también desmentía el marxismo oficial, porque no fue hecha por obreros, no fue dirigida por el partido comunista y no respetó la secuencia de etapas prevista por la teoría. Su gran repercusión quebró la campana de vidrio localista en la que vivía la imaginación latinoamericana, la que se dio cuenta, con fervor, de que era parte de la escena contemporánea y de su transformación, e incluso portadora de utopía. La increíble aventura de los revolucionarios, en particular la figura ardiente de Guevara, parecía transformar la noción de lo posible; le otorgaba un sentido nuevo a la iniciativa personal, a la independencia del espíritu, al propio patriotismo y también al coraje físico, que más tarde pasarían por pruebas tremendas.

El contexto nacional, además de la izquierda, estaba formado por el desarrollismo de Juscelino Kubitschek y su propósito de avanzar cincuenta años en cinco. Tres décadas después, al recordar el período, Celso Furtado observó que en aquellos años había parecido posible un arranque recuperador, capaz de suprimir la diferencia que nos separaba de los países adelantados. Las industrias nuevas propagandizadas en los semanarios ilustrados y en los noticieros del cine, los autos nacionales andando por las calles, la enorme cantera de obras en Brasilia, inspeccionada por un presidente siempre risueño, que para la ocasión usaba un casco de obrero, el pueblo pobre y esperanzado que llegaba de todas partes, una arquitectura que aparentaba ser la más moderna del mundo, pizcas de antiperperialismo combinadas con negociados fabulosos, todos eran cambios portentosos, animados por una irresponsabilidad también sin límites. El país se sacaba de encima el atraso, al menos en su forma tradicional, pero es evidente que ni de lejos estaba guiado por una noción exigente de progreso. En tales circunstancias, era inevitable que otras acepciones más estrictas del interés nacional, de la lucha de clases, de la probidad administrativa, etc., comenzasen, para bien o para mal, a ensombrecer el ambiente.

Ahora bien, el contexto inmediato del seminario no era la izquierda ni la nación sino la Facultad de Filosofía. En sus departamentos más vivos y ayudada por el impulso inicial de los profesores extranjeros, la Facultad escapaba de las rutinas caducas y buscaba un nivel válido de acuerdo con el patrón contemporáneo de la investigación y el debate. La naturaleza organizada y técnica del trabajo universitario era una innovación que tendía a sustituir las formas anteriores de producción intelectual. Se trataba de un empeño formador, colectivo, patriótico sin patriotadas, convergente con el ánimo progresista del país, del que se distinguía, con todo, por no vivir en contacto con el mundo de los negocios ni las ventajas del oficialismo. De esto derivaba una cierta atmósfera provinciana, seria, simpáticamente pequeño-burguesa, mucho más avanzada, además, que el clima cortesano que distinguía a la *intelligentsia* respaldada en el desarrollismo gubernamental (ver *Terra en Transe*, de Glauber Rocha). Por otro lado, esto tenía también consecuencias en las ideas, ya que estas corrían en un mundo aparte que apenas sufría la confrontación con las correlaciones de fuerza reales, por las cuales teníamos verdadera antipatía.

Cuando los jóvenes profesores se pusieron a estudiar *El capital*, pensaban movilizar la Facultad. Querían promover un punto de vista más crítico, y también una concepción científica superior, aun cuando fuera algo esotérica en el ambiente. El Brasil entraba en un proceso de radicalización, y la reflexión acerca de la dialéctica y la lucha de clases parecía sintonizar con la realidad, al contrario de otras teorías sociales más orientadas hacia el orden y el equilibrio que hacia la transformación. Con todo, la consecuencia principal del seminario puede haber sido la inversa: a través suyo la Facultad ejercería una influencia decisiva sobre el marxismo local.

A grandes rasgos, el marxismo había existido como un artículo de fe del Partido Comunista y áreas semejantes o, incluso, como referencia filosófica de espíritus esclarecidos, impresionados con la resistencia soviética al nazismo y opuestos a los privile-

gios de la oligarquía brasileña. En este sentido, por cierto muy positivo, el marxismo era una presencia doctrinaria a la antigua, apoyada en la vida cotidiana y embebida de manuales, sin perjuicio de la intención progresista y de las constelaciones progresistas a las que hacía referencia. Además del patrón stalinista, la misma opción revolucionaria y popular, así como la persecución policial correspondiente —fuentes naturales de autoridad—, habían contribuido a confinarlo en un universo intelectual precario, apartado del curso normal de los estudios y desprovisto de relaciones profundas con la cultura del país. Tanto es así que sus mejores resultados, hasta donde yo veo, ocurrieron donde menos se esperaba. Se encuentran diseminados en la obra de poetas y ensayistas con otra formación, de inserción cultural e histórica más densa, como por ejemplo Oswald y Mario de Andrade, que sufrieron su influencia y a quienes el foco materialista en el drama de las clases, en el interés económico y en las implicaciones de la técnica les sugirió formulaciones modernas. El caso excepcional fue el de Caio Prado Jr., en cuya persona inesperada el prisma marxista se articuló de forma crítica con la acumulación intelectual de una gran familia del café y la política, dando lugar a una obra superior, ajena al primarismo y afirmada en el conocimiento sobrio de las realidades locales. Ahora bien, la vinculación deliberada de la lectura de *El capital* con el motor de la investigación universitaria modificó el panorama y dejó a la cultura marxista anterior en una situación difícil. En especial, el desnivel señalaba modelos diferentes de reflexión social, uno de los cuales se estaba volviendo anacrónico. Los aspectos modernos de la Facultad, que era una institución especializada con estudiosos profesionales, ponían en evidencia los lados arcaicos y amateurs de los liderazgos del campo popular. Como es obvio, se trata de transformaciones históricas objetivas que no hacen referencia al valor de las personas, y es por otro lado cierto que la institucionalización de la inteligencia paga a su vez un precio alto en alienación y embotamiento. Sea como fue-

re, la idea de una izquierda marxista sin frases hechas, a la altura de la investigación universitaria contemporánea, abierta a la realidad, sin cadáveres en el armario y sin autoritarismos que ocultar, era nueva.

La intensidad intelectual del seminario se debió en gran medida a las intervenciones lógico-metodológicas de Giannotti, cuyo tenor exigente, exaltado y oscuro, además de orientado hacia el progreso de la ciencia, causaba excitación. La misma ala de los científicos sociales estaba compenetrada con la misión fiscalizadora del filósofo, de quien esperábamos el esclarecimiento decisivo, la observación que nos permitiría subir a otro plano o escapar de la trivialidad. Más allá de las supersticiones, la voluntad de dar un gran paso hacia adelante, y el sentimiento de que eso era posible, estaban en el aire. Debido a la intervención de Giannotti y Bento Prado, el estudio de Marx tenía extensiones filosóficas que alimentaban nuestra insatisfacción con la vulgata comunista, además de contrapesar los manuales americanos de metodología empírica que tampoco dejábamos de consumir. Aunque algo desprolija, la tensión entre ambos extremos fue una fuerza del grupo, que no renunciaba al propósito de explicar algo de lo real y que en este sentido nunca fue sólo doctrinario.

Con todo, si no me equivoco, fue otra la innovación más marcante, también debida a Giannotti, quien en su estadía en Francia había aprendido que los grandes textos se deben explicar con paciencia, palabra por palabra, argumento por argumento, con el fin de entender su arquitectura. Paulo Arantes llamó la atención sobre la ironía del caso: la teoría más crítica de la sociedad contemporánea adquiría autoridad y eficacia entre nosotros mediante su asociación con la técnica de la *explication de texte*, más o menos obligatoria en el secundario europeo.<sup>1</sup> Con todo, hay que tener en cuenta que en el Brasil, con excepción de la literatura de unos pocos escritores, Machado de Assis a la cabeza, no existía la idea de la consistencia integral de un libro, de modo que la militancia del filósofo significaba un progreso evidente. Además, es cierto que los

escritos de Marx, y en particular las páginas iniciales de *El capital*, requirieron un grado excepcional de atención. Por último, el aprendizaje de la lectura cerrada y metódica daba respuesta a las necesidades universitarias de iniciación y diferenciación. Incluso estaba en curso un movimiento paralelo en los estudios literarios, en el que también se enseñaba a leer "de otra manera", diferente de la común. Sin alarde y con resultados admirables, cada uno a su modo, Augusto Meyer, Anatol Rosenfeld y Antonio Candido practicaban la *close reading* desde un tiempo atrás. En la misma época, Afrânio Coutinho hacía una ruidosa campaña en favor del *New Criticism*, al paso que los concretistas proclamaban su "responsabilidad integral ante el lenguaje".<sup>2</sup> En suma, la lectura de los textos y la explicación de la sociedad se tecnicaban, de modo a veces inconveniente, a veces esclarecedor, pero siempre aumentando el desnivel con los no especialistas. Llegaba la hora de los universitarios.

Mientras tanto, en Río de Janeiro, el ISEB [Instituto Superior de Estudios Brasileños] relacionaba la dialéctica y la lucha de clases con el desarrollismo. La institución era oficial, incluía varios integralistas, no estaba cerrada a los comunistas, e iniciaba un proceso de radicalización espectacular. Menos que el carácter insólito de la mezcla, nuestra mirada estricta percibía el carácter más nacionalista que socialista de su prédica: se trataba de un caso claro de inconsistencia, ante el que torcíamos la nariz. No hay dudas de que la falta de rigor era un hecho, y que en 1964 hubo que pagar por ella. Pero también es cierto que el ISEB daba respuesta a la efervescencia social en curso, a veces de manera imaginativa y memorable, mientras que nuestras objeciones apenas iban más allá del plano cerrado de las posiciones de principio. Es posible que por detrás de la antipatía estuviesen, además de la oposición teórica, el complejo provinciano de los paulistas y, de modo general, las diferencias entre Río y San Pablo. Como es sabido, la vida intelectual carioca se desarrollaba en torno de las redacciones de diarios, las editoriales, los partidos po-

líticos, los ministerios, es decir, en organismos con repercusión nacional y salida fluida al debate público (para no hablar de las playas, la bohemia y la vida mundana); lo contrario de nuestra escuela de la calle María Antonia, ambiciosa y provinciana, que sufría la falta de eco nacional y tenía como bandera el patrón científico en oposición a la ideología. También es posible que la apuesta marxista "pura", orientada hacia la dinámica autónoma de la lucha de clases, fuera más verosímil en el marco del capitalismo paulista. Mientras que en Río, con los fondos ofrecidos a la izquierda por la promiscuidad del nacional-populismo, no había cómo decirle no al Estado, cuya ambigüedad en el conflicto tenía su parte de efectividad. Sin embargo, la facilidad con que en el 64 la derecha desbarató a la izquierda, en apariencia tan aguerrida, demostró lo infundado de las alianzas de esta última y finalmente dio la razón a los paulistas.<sup>3</sup>

Ahora bien, la contribución específica del seminario vino de otro lado. Los jóvenes profesores tenían por delante el trabajo de la tesis y el desafío de afirmar el buen nombre de la dialéctica en el terreno de la ciencia. De modo general, escogieron temas brasileños, alineados en la opción por los de abajo característica de la escuela, donde se desarrollaban investigaciones sobre el negro, el campesino, el inmigrante, el folklore, la religión popular. Antonio Candido señaló, al comentar el desplazamiento ideológico de los años 30 y 40 al que adhirió la Facultad, la novedad democrática y antioligárquica de tal elenco de temas.<sup>4</sup> Este es el cuadro en el que la meditación profunda de *El capital* y el *18 Brumario*, ayudada por la lectura de los entonces publicados *Historia* y

1. Paulo E. Arantes. *Um departamento francês de ultramar*, San Pablo, Paz e Terra, 1994, cap. 5.

2. Augusto de Campos, Decio Pignatari y Haroldo de Campos. "Plano piloto para a poesia concreta" (1958); en: *Teoria de poesia concreta*, San Pablo, Invenção, 1965, p. 156.

3. Véase al respecto la interesante reconstrucción de Daniel Pécaut, *Os intelectuais e a política no Brasil*, San Pablo, Atica, 1990.

4. Del autor, Entrevista; en: *Brigada ligeira e outros estudos*, San Pablo, Unesp, 1992, pp. 233-235.

*conciencia de clase*, de Lukács, y *Cuestiones de método*, de Sartre, dos clásicos del marxismo heterodoxo, se mostraría productiva. El hecho es que a cierta altura surgió en el seminario una idea que no es exagerado llamar una intuición nueva en el Brasil, una idea que organizó los principales trabajos del grupo y tuvo repercusión considerable. De modo sumario, la novedad consistió en juntar lo que estaba separado o, mejor, en articular la peculiaridad sociológica y política del país con la historia contemporánea del capital, cuya órbita era de otro orden. Con la parcialidad del estudiante que aprovechó sólo una parte de lo que oía y leía, voy a exponer los argumentos que más peso tuvieron para mí.

El paso adelante ya está indicado en el título de la tesis de doctorado de Fernando Henrique Cardoso: *Capitalismo y esclavitud en el Brasil meridional* (1962). La osadía del libro, que estudia el Río Grande del Sur ochocentista, estaba en la relación complicada entre ambos términos asimétricos, ni opuestos, ni próximos. No se trataba de categorías complementarias, a la manera de la oposición entre *casa-grande* y *senzala*,<sup>5</sup> cuya reunión compone un todo sociológico; ni se trataba de la culminación de un antagonismo global a la manera, imaginemos, de "Esclavismo y abolición". Lo que el libro investiga de forma pormenorizada son las conexiones efectivas entre capitalismo y esclavitud en un área periférica del país, área con cierta autonomía pero dependiente de lo que ocurría en las zonas centrales y en la vecina Argentina, donde prevalecía el trabajo asalariado. Antes que el Señor o la Libertad, el otro de la esclavitud es el capitalismo, y esto de modo muy relativo ya que es, al mismo tiempo, su causa. De entrada quedaban relativizadas por la historia las polarizaciones abstractas entre esclavitud y libertad, entre los correspondientes tipos sociológicos, o la identificación ideológica entre libertad y capitalismo. Si, en último análisis, el capitalismo es incompatible con la esclavitud, y acaba liquidándola, él también necesitó en ciertos momentos desarrollarla e incluso implantarla. De manera que ni él es tan avanzado, ni

ella tan atrasada. Así, *la esclavitud podía tener que ver con el progreso*, y no era sólo un residuo vergonzoso. Por cierto, no se se trataba de elogiarla sino de mirar con imparcialidad dialéctica las paradojas del progreso o, incluso, las ilusiones de una concepción lineal del progreso. Aun cuando la punta polémica no estuviera explicitada, se trataba de una especificación importante y estratégica del curso de la Historia puesto que ponía en evidencia la ingenuidad de los progresismos corrientes. En el campo de la izquierda, en especial, desmentía el itinerario de las etapas obligatorias —que tenía su punto de partida en el comunismo primitivo, pasaba por el esclavismo, el feudalismo y el capitalismo, para llegar a buen puerto con el socialismo— en el que el Partido Comunista fundamentaba su política "científica".

El camino había sido abierto por Caio Prado Jr. cuando, siguiendo a Marx, explicó la esclavitud colonial como un fenómeno moderno, ligado a la acumulación capitalista en Europa y ajeno por lo tanto a la sucesión de etapas canónicas. Pero mientras el argumento de Caio se refería a nuestra prehistoria, en la monografía de F. H. Cardoso nos encontramos en pleno Brasil independiente, cuyos movimientos nos atañen directamente. Usando una terminología posterior, pero cuyo fundamento descriptivo ya encontramos aquí, lo que vemos es que el progreso nacional *repone*, esto es, reproduce e incluso amplía las inaceptables relaciones sociales de la colonia. Y, peor aún, cuando por fin suprime la esclavitud, no lo hace para integrar al negro como ciudadano a la sociedad libre, sino para enredarlo en formas viejas y nuevas de inferioridad, sujeción personal y pobreza, en las cuales se reproducen otros aspectos de la herencia colonial, que amenaza no disolverse y parece continuar con un gran futuro por delante, que se reconoce, una vez más, fundado en la evolución moderna de la economía.

Las consecuencias de estos encañamientos son varias. Nos interesa aquí retener algunas: a) La historia (¿del capital? ¿de la libertad? ¿de la alienación? ¿del país? ¿de Río Gran-

de?) procede por avances y retrocesos combinados; b) sin embargo, avanza, al punto que el capitalismo termina forzando la abolición; c) al avanzar, no cumple las promesas planteadas en el ámbito del conflicto anterior; d) llegado el momento, el avance tiene la realidad de una tarea ineludible, en cuyo cumplimiento hay no obstante espacio para cierta libertad e invención políticas así como para el surgimiento de nuevas inhumanidades; e) las taras de la sociedad brasileña no deben ser consideradas *restos* del pasado colonial, ni *desvíos* del patrón moderno (cosas que también son), sino partes integrantes de la realidad en movimiento, *resultados* funcionales o disfuncionales de la economía contemporánea, la cual excede los límites del país. En oposición a los espejismos ideológicos, la crítica debe elucidar las relaciones de todo orden, en especial las regresiones, que componen el progreso (además, ¿progreso de quién?).

Con todo, la consecuencia más innovadora se refiere a la *aplicación* de categorías sociales europeas (sin exclusión de las marxistas) al Brasil y las otras ex colonias, un procedimiento que causa equívocos a la par que es inevitable e indispensable. Dejemos de lado la crítica, siempre justa, a la copia calcada de recetas que es tan válida en el Viejo Mundo como entre nosotros. La dificultad con la que tratamos aquí es más específica: en los países salidos de la colonización, el conjunto de categorías históricas plasmadas por la experiencia intraeuropea pasa a funcionar en un espacio con un andamiaje sociológico diferente, *distinto pero no ajeno*, en el que aquellas categorías no se aplican con propiedad ni se pueden dejar de aplicar, o mejor, giran en falso pero son la referencia obligatoria, o incluso, tienden a un cierto formalismo. Un espacio *distinto* porque la colonización no creaba sociedades semejantes a la metrópolis, ni la posterior división del trabajo igualaba las naciones. Pero un espacio *del mismo orden* porque tam-

5. La "casa-grande" era la vivienda del dueño del ingenio y "senzala" la de los esclavos. *Casa-grande e senzala* es el título del clásico de Gilberto Freyre, quien sintetiza en esa oposición el sistema patriarcal del Brasil colonial.

bién está comandado por la dinámica abarcadora del capital, cuyos desdoblamientos le dan la regla y definen la pauta. A la distancia, esta semivigencia de las coordenadas europeas —una configuración desconcertante y *sui generis* que requiere de una malicia diferencial por parte del observador— es un efecto consistente de la gravitación del mundo moderno, o del desarrollo desigual y combinado del capitalismo, para usar la expresión clásica. Desde la perspectiva de las ex colonias, más o menos beneficiadas por la fuerza del punto de partida, esperanzadas y empeñadas en la generalización local de las ventajas del progreso, la articulación inevitable de modernidad y desagregación colonial aparece como *anomalía patria*, una originalidad en los momentos de optimismo, una diferencia vergonzosa en los otros, pero siempre un desvío del patrón *civilizado*. Uno de los mejores capítulos de *Capitalismo y esclavitud* estudia los dilemas de la racionalización de una economía esclavista. Es evidente que en este contexto las ideas de razón y productividad, discutidas en pormenor, se muestran con toda crudeza. Sin embargo, el desplazamiento algo macabro no las descalifica ni deja de ser relevante. Todo lo contrario, entonces como hoy las inadecuaciones de este tipo abren ventanas hacia el lado oscuro pero decisivo de la historia contemporánea, el lado global, de los resultados involuntarios que crecen “a espaldas” de los principales interesados. A tientas, había conciencia en el seminario acerca de que sin crítica e invención categorial —es decir, sin la superación de la condición mental pasiva de consumidores crédulos del progreso de las naciones adelantadas (y también de las atrasadas)— no sería posible dar cuenta de la tarea histórico-sociológica que se planteaba en nuestros países. En otras palabras, un cierto desplazamiento de la misma problemática clásica del marxismo formaba parte de una inspiración marxista consecuente, y obligaba a pensar la experiencia histórica con la propia cabeza, sin sujetarse a las construcciones consagradas que nos servían de modelos, incluidas las de Marx.



Estas cuestiones encontrarían su tratamiento maduro en la tesis de Fernando Novais: *Portugal y Brasil en la crisis del antiguo sistema colonial (1777-1808)*. El libro, concebido durante los años del seminario y terminado mucho después, es la obra prima del grupo. Como indica el título, la exposición va del todo a la parte y viceversa, y muestra un dominio notable del asunto en los dos planos. En oposición al precepto corriente que sitúa la historia local en su contexto más amplio, cuya comprensión no está sin

embargo en juego, Novais intenta ver los ámbitos uno dentro del otro y en movimiento. Así, las reformas portuguesas en el Brasil, que naturalmente pretendían preservar la posición de la metrópolis, son observadas como pasos involuntarios en dirección a la crisis y la destrucción del antiguo sistema colonial en su conjunto, en favor de la Revolución Industrial en Inglaterra. Se trata de un encadenamiento característicamente dialéctico. La exposición en varios planos, muy precisa y concatenada, es, sin exageración,

un trabajo de relojería. También aquí el marxismo riguroso pero no dogmático ponía en dificultades a las ideas hechas, tanto las de otros como las propias. Entre ellas está, como es sabido, la que afirma la primacía de la producción sobre la circulación, o la que obliga a fundamentar la comprensión histórica en las relaciones de producción locales. Ahora bien, al considerar la dinámica conjunta del capitalismo mercantil, Novais llega a la conclusión heterodoxa, además de contraintuitiva, de que la esclavitud es una imposición del tráfico negrero, y no la inversa. Por último, la interpenetración de la historia local y global lograda en este libro no describe sólo una gravitación de ese momento sino que también responde a una intuición del nuestro.

Una de las mejores contribuciones del seminario provino de forma indirecta. Creo no forzar las cosas al afirmar que *Hombres libres en el orden esclavista* de Maria Sylvia de Carvalho Franco, aunque elaborado fuera del grupo, respira su mismo clima crítico, ideológico y bibliográfico. Dejando de lado las diferencias, hay complementariedad con *Capitalismo y esclavitud*. Este último libro sorprendía al integrar el trabajo esclavo a los cálculos y la reproducción de la sociedad moderna. De forma análoga, Maria Sylvia de Carvalho Franco destacaba el vínculo estructural entre la categoría más relegada y confinada del país — los hombres pobres del interior — y la configuración de la riqueza y del poder más avanzados, tal como se habían desarrollado en la civilización del café. Aunque *Capitalismo y esclavitud* investigase la economía del charqui en Río Grande del Sur y *Hombres libres* tuviese como documentación básica los procesos-crímenes de la región de Guaratinguetá, las grandes líneas argumentativas de las dos monografías deben ser conjugadas pues se refieren a dimensiones interligadas, generales y decisivas de la sociedad brasileña en su conjunto. La sujeción violenta en la que se encontraba el esclavo, al igual que la relación de dependencia de la cual el hombre libre y pobre del orden esclavista no podía escapar, tienen como anta-

gonista en el polo opuesto a la camada de hombres que la propiedad inserta en el mundo del cálculo económico. F. H. Cardoso había analizado las impasses crueles de la racionalización productiva en el esclavismo. Con el mismo espíritu, Maria Sylvia de Carvalho Franco observa que los dueños de la tierra tratan a sus moradores y dependientes a veces como apadrinados, con los cuales tienen obligaciones morales, a veces como extraños, sin derecho a morada o protección (de modo que la tierra en la que viven de favor puede ser vendida). Este cambio de actitud, por el que el mundo se viene abajo para uno de los lados, ocurre de forma arbitraria, sin compensaciones, de acuerdo con la variación de los intereses económicos u otros de la otra parte. Así, aun cuando en las dos monografías la simpatía está del lado de los oprimidos, cuyas posibilidades analizan, el resultado sustantivo va en dirección contraria al subrayar el margen de maniobra que la peculiar estructura del proceso brasileño permite a la propiedad, la cual, según su conveniencia, hace sus negocios por medio de la esclavitud, el trabajo libre, las relaciones paternalistas o la indiferencia moderna. Lejos de representar un mero anclaje en el pasado, este abanico de "opciones" era una bien aprovechada prerrogativa social dentro de la escena contemporánea. En otras palabras, al profundizar el análisis de clase, el seminario especificaba la inmensa y desconcertante libertad de movimiento de la riqueza respecto de los oprimidos del país (lo que no dejaba de ser una conclusión paradójica para un grupo de estudios marxistas).

Como es sabido, las preguntas que dirigimos al pasado tienen fundamento en el presente. Si hacemos abstracción del tema específico que investigaban las tres tesis (el que no obstante le otorgaba una nueva seriedad universitaria), su conjunto parece mostrar la mano invisible de la historia contemporánea, o mejor, señala la obra que se estaba esbozando a través de todos nosotros y que hasta ahora no llegó al papel con la plenitud deseable. Se trataba de entender la funcionalidad y la crisis de las formas "atrasadas" del trabajo, de las relaciones

"arcaicas" del clientelismo, de las conductas "irracionales" de la clase dominante, así como de la inserción global y subordinada de nuestra economía, todo en nuestros días. El estímulo provenía de la radicalización desarrollista, a la que la universidad respondía de modo oblicuo: ¿por qué la Abolición, además de no conducir a la Libertad, no creó un proletariado a la manera clásica? ¿cómo imaginar el pasaje de la estrechez de las relaciones de dependencia personal a la apertura nacional e internacional de la conciencia de clase? ¿cómo se procesan en el interior de las aspiraciones emancipatorias y de la correlación de fuerzas local las grandes transformaciones actuales que de emancipatorias pueden no tener demasiado? Aunque inspirase a todos, hay que reconocer que el horizonte socialista no se dibujaba con firmeza en los hechos, ni ganaba cuerpo en la figura que estos trabajos, exentos de demagogia, componían. Más allá de la convicción de los autores, la investigación académica radical delineaba un cuadro irresuelto, de difícil interpretación, que aún hoy vale la pena interrogar.

La relevancia contemporánea y extraacadémica de estos puntos de vista apareció en el siguiente libro de F. H. Cardoso, *Empresario industrial y desarrollo económico*, también una tesis universitaria pero ya a medio camino de la intervención política. El párrafo final, redactado en las vísperas y bajo la presión del desenlace del 64, concluía con una inesperada alternativa hacia la izquierda. Respecto de la burguesía industrial, que tenía el mayor peso en la balanza, el rumbo estaba tomado: "satisfecha ya con la condición de socio menor del capitalismo occidental y de guardia avanzada de la agricultura", ella había renunciado a intentar "la hegemonía plena de la sociedad". La incógnita, si había alguna, provenía del campo opuesto. ¿Cuál sería "la reacción de las masas urbanas y de los grupos populares"? ¿Tendrían capacidad de organización y decisión "para llevar adelante la modernización política y el proceso de desarrollo económico del país"? "¿En el límite, la pregunta no será entonces subcapitalismo o socialismo?" Sólo

Dios sabe qué hubiese sido este socialismo, pero el pronóstico respecto del capitalismo no sólo escapaba a la voz corriente sino que se mostró exacto. La alternativa contrariaba de modo frontal las formulaciones del Partido Comunista, que se habían transformado en el clima general de la izquierda y justificaban sus alianzas. Al aplicar definiciones remotas, como siempre, el PC afianzaba —según la jerga de la época— el interés antimperialista de la burguesía nacional, que por eso mismo sería la aliada de la clase obrera en la lucha por la industrialización del país, al tiempo que el latifundio y los americanos formaban el bloque opuesto al progreso. Desde esta perspectiva, no habría industrialización sin vencer al imperialismo o, de otro modo, la victoria de éste confinaría el país a su condición agrícola. Ahora bien, como es sabido, este conjunto de tesis fue desmentido con dureza por la historia. Llegada la hora, la burguesía nacional optó por la derecha y los americanos, antes que por el proletariado nacionalista, quien a su vez, al menos en parte, también prefería las empresas extranjeras. Y lo más importante: en contra de la previsión de los progresistas, el golpe conservador fue seguido por un poderoso impulso industrial —que, sin embargo, no cumplió ninguna de las promesas políticas y civilizadoras que suelen asociarse al desarrollo económico. F. H. Cardoso también había acertado en este punto: se trataba de un "subcapitalismo", ávido de avances económicos y sin compromiso con la integración social del país. La impopularidad de la tesis no impedía que su verdad fuese reconocida a media voz, y supongo que la ascendencia intelectual y política de su autor dentro de la izquierda creció a partir de entonces.

Otro factor de autoridad estuvo en la crítica frontal a las concepciones despolitizadas del subdesarrollo entonces propagadas por el *establishment* americano. En contra de los esquemas abstractos en boga en los Estados Unidos que planteaban el asunto en los términos *inocentes* de *variables económicas*, se trataba de identificar los *intereses* en juego, sin los cuales aquellas variables eran letra muerta. En lu-

gar de la reorganización de factores económicos aislados, efectuada preferentemente en el vacío, o de las escalas genéricas de transición de lo tradicional a lo moderno, entraba en escena, con una evidente ventaja intelectual, el campo efectivo de la lucha por el desarrollo. Un campo histórico pautado por las grandes coordenadas de la época: capitalismo monopólico, imperialismo, competencia internacional, descolonización, enfrentamiento entre capitalismo y socialismo, configuraciones específicas de la lucha de clases. Quizá se pueda decir que en aquellos años tumultuosos, de culminación y crisis del nacionalismo desarrollista, que había incorporado a la escena la masa de los excluidos y prometido integrarlos (ilusión o no), la experiencia de la historia llevó a parte de la intelectualidad a "desempequeñecerse". La teoría social desarrollada en las universidades de los países hegemónicos pasaba a ser examinada con mirada crítica, la validez general de sus consensos sociológicos y económicos había dejado de ser un punto pacífico, e incluso fue señalado su costado mediocremente apologético. Así, la discusión acerca del subdesarrollo adquirió una representatividad contemporánea inédita, que abría perspectivas al pensamiento opositor también en el mundo desarrollado. La circulación mundial de la obra de Celso Furtado y de la teoría de la dependencia, para no hablar del lugar muy visible alcanzado por los artistas latinoamericanos durante el período, dan testimonio del interés creciente. Con altos y bajos, el florecimiento del marxismo y la dialéctica en el continente expresaba y formulaba esta repolarización de los puntos de vista, que impregnó de historia y contradicción la cuestión llamada técnica de la lucha contra el atraso.

Desde el ángulo académico, pero también político, la novedad consistía en asociar la visión marxista de la industrialización brasileña con una investigación sobre lo que pensaban y hacían los empresarios. El marxismo se enfrentaba con hechos que le eran pertinentes, mientras que los empresarios eran puestos ante su responsabilidad histórica, vista en el marco más vasto de la industrialización retardada-

ria, del progreso y la integración (o desintegración) nacionales, de la confrontación entre capitalismo y socialismo —sin olvidar la opción por el golpe militar inminente, una fecha destacada en el calendario de la guerra fría. No es exagerado afirmar que la investigación universitaria dejaba de ser remota. La búsqueda de la relación viva y contradictoria entre las contingencias locales y la marcha global de la historia contemporánea respondía a un ideal de dialéctica. En otro plano, respondía también a una aspiración peculiar del debate brasileño, siempre aislado de la actualidad por los rasgos singulares y "arcaicos" del país, y siempre necesitado por eso mismo de un trabajo crítico de *desprovincialización* capaz de entenderlo en el presente.

El recorrido y la conclusión de *Empresario industrial* constituían la síntesis actualizada de los resultados del seminario. Como el libro intenta mostrar, el trayecto en dirección al desarrollo no es el mismo en los países desarrollados y en los subdesarrollados, aunque aquéllos sirvan de modelo para éstos. Esto no quiere decir que los últimos no se desarrollen, sino que su desarrollo corre por otros carriles, encuentra problemas diferentes y es llevado adelante por categorías sociales que tampoco son las mismas. Así, su burguesía nacional no se corresponde con el concepto de burguesía nacional, y lo mismo vale para su clase trabajadora. La noción de racionalidad económica no coincide, y sólo los doctrinarios o los sociólogos desconocían que un empresario weberiano estricto no tendría éxito en el Brasil y sería un ejemplo de irracionalidad. Para los espíritus ofuscados por el modelo canónico, estas diferencias tomarían inviable el desarrollo. No para el espíritu dialéctico, proclive a ver lo mismo en lo otro. En verdad, es dentro de esas diferencias tan heterodoxas que se fue dando el desarrollo, hasta que en 1964 la crisis pone en el orden del día la redefinición de la sociedad, que daría sustancia social y civilizadora a las promesas del desarrollo, cuando la clase dominante interrumpe las aspiraciones populares y opta por la brecha del subcapitalismo

abierta por la nueva configuración de la economía internacional. En suma, el progreso llevaba a que las anomalías de la sociedad brasileña se reprodujesen en otro plano en lugar de ser disueltas. Desde otra perspectiva, estas anomalías son la reorganización sociológico-política sobre la cual se procesa la inserción del país en la economía internacional, y, por lo tanto, no hay nada más normal que ellas. En otros términos, el desarrollo de los países subdesarrollados sólo lleva al desarrollo en apariencia, puesto que así como estos países, llegado el momento, reponen su estructura social "arcaica", el capitalismo visto como

totalidad y en plena acción modernizante también repone la situación subdesarrollada que, en este sentido, forma parte de la estructura arcaica de la propia sociedad contemporánea, cuyo desarrollo entonces debe ser puesto en duda. En otras palabras, estaban equivocados tanto los descreídos como los creyentes. El carácter pionero del cuadro —cuyos colores paradójicos exageré un poco— era grande, y llevó a Florestan Fernandes a escribir en la solapa del libro que "de hecho, sólo los científicos sociales de los 'países subdesarrollados' tienen condiciones para resolver problemas metodológicos o teóricos mal formulados por

los autores clásicos". El mismo autor de la monografía debe haber sentido la novedad y el riesgo de su posición, ya que termina la nota introductoria recordando el Galileo de Brecht que a cierta altura, pensando en sí mismo, en la ciencia y en la Inquisición, hace el elogio de los copernicanos: "El mundo entero estaba contra ellos, y ellos tenían razón". Cuando un poco después Giannotti escribió su crítica al marxismo tan influyente de Althusser, en la que se oponía con independencia notable al vaciamiento positivista de las categorías sociales, creo que obedecía a un sentimiento del mismo tipo, el del valor intrínseco de la experiencia histórica realizada.<sup>6</sup>

*Dependencia y desarrollo en América Latina* fue escrito después del golpe, en Chile, y no pertenece a la época del seminario. No tengo los conocimientos necesarios para hacer un buen comentario acerca de sus relaciones con la teoría económica cepalina, ni de la repercusión que obtuvo, sin dudas muy grande. Su programa de especificaciones históricas, sociológicas y económicas, así como el sistema de las variaciones de país a país, que apunta a un todo en movimiento, constituyen la novedad y la fuerza del libro. Espero no errar, sin embargo, al señalar que se trata en parte de la generalización y el ajuste para el continente de los puntos de vista presentes en *Empresario industrial*. Allí están las singularidades de los arreglos económicos nacionales, siempre subdesarrollados y cargados de historia, que funcionan como soportes de la inserción contemporánea de la economía. Estos arreglos son el andamiaje del carácter dependiente, o "sub", de sus países que no por ello quedan excluidos del desarrollo capitalista, que se procesa de forma *sui generis* a través de esos mismos arreglos (la reposición del atraso), o de su reformulación (el atraso repuesto de manera nueva). Nuevamente se trataba de mostrar que las categorías económicas no corren solas y que la subordinación de los subdesarrollados requería una co-

6. "Contra Althusser"; en: *Teoría e Prática*, núm. 3, San Pablo, 1968; retomado en: J. A. Giannotti, *Ejercicios de filosofía*, San Pablo, Brasiliense, 1975.



rea de transmisión interna, accesible a la lucha política (este es el momento combativo). Y que las transformaciones del capitalismo central cambian los términos del enfrentamiento de clases en los países periféricos, abriendo salidas imprevistas en el marco del conflicto cristalizado anteriormente, que pasa a girar en falso, mientras la nueva solución recrea otra modalidad del atraso (este es el momento de la dura constatación).

Para concluir con un poco de pimienta, haciendo un salto de más de veinte años, creo posible observar una configuración análoga en la elección presidencial de 1994. Para Lula y el Partido de los Trabajadores la disputa se daba en términos nacionales *internos*: por un lado, el Brasil carcomido y conservador, oculto tras una cháchara tecnocrática; por el otro, el Brasil social, del progreso y la integración de los excluidos. Mientras que F. H. Cardoso apostaba a la incidencia del cambio económico global, que valorizaba la estabilidad doméstica, convidaba al electorado a participar de las novedades materiales y organizativas del mundo contemporáneo, y declaraba vencida la cuestión de los conflictos sociales armados en el período anterior. A la vista del resultado, una vez más la evolución general del capitalismo desarmaba el enfrentamiento interno, de claro contenido sociológico, y daba espacio a la reconducción, si bien relativa, del bloque del poder. Todo en consonancia con los análisis ya clásicos del propio sociólogo, los cuales sin embargo, en ocasiones anteriores, se habían destinado a abrir los ojos de la izquierda, mientras que ahora conducen a su autor en persona a la presidencia, al frente de una coalición partidaria de centro-derecha.<sup>7</sup> El significado histórico de esta victoria permanece abierto y no es el tema de mi testimonio —a no ser, de forma muy indirecta, por el lado de su relación con las conclusiones del grupo armadas en el estudio del Brasil esclavista. En efecto, la constatación del margen de libertad absurdo y antisocial del que dispone en el país la clase dominante —fortalecida por su vínculo con el *progreso* del mundo externo— fue una de las conclusiones a las que

llegaban, a disgusto, nuestros estudios marxistas.

Ahora, a treinta años de distancia, ¿cómo queda el seminario? Ya hablé de lo bien que pienso de sus contribuciones para la interpretación del Brasil. No obstante, visto desde mi perspectiva actual, el marxismo del grupo dejaba que desear en algunos aspectos que, tal vez, sean siempre el mismo. *No hubo demasiado interés por la crítica de Marx al fetichismo de la mercancía*. Como correspondía en aquellos años de desarrollismo, el foco estaba en las impasses de la industrialización brasileña, que podían incluso impulsar en la dirección de una ruptura socialista, pero no llevaban a la crítica profunda de la sociedad creada por el capitalismo y de la que aquellas impasses forman parte. Era lógico además que hubiese una dosis de conformismo embutida en el proyecto básicamente nacional, o aun continental, de eliminar la diferencia y superar el atraso, ya que los países adelantados (aunque no sus teorías sociológicas) eran dados como parámetro y como buenos. La parte de la lógica de la mercancía en la propia producción y normalización de la barbarie apenas fue tomada en cuenta y quedó como el bloque menos oportuno de la obra de Marx. Por las mismas razones, el seminario careció de comprensión hacia la importancia de los frankfurtianos, cuyo marxismo sombrío, más impregnado de realidad que los otros, había asimilado y articulado una apreciación plena de las experiencias del nazismo, del comunismo stalinista y del *american way of life* encarado sin complacencia. De aquí deriva también una posible inocencia del grupo en relación con el lado degradante de la mercantilización e industrialización de la cultura, consideradas sin mayores restricciones. Y de aquí, por último, una cierta indiferencia en relación con el valor de conocimiento del arte moderno, incluido el brasileño, a cuya visión negativa y problematizadora del mundo actual no se le atribuía importancia. El precio literario y cultural pagado por este último desinterés, también un subproducto perverso de la lucha por la afirmación de la universidad, fue alto,

pues hizo que los hallazgos fuertes del seminario no se aliasen de forma productiva con el potencial crítico presente en el ambiente de las letras y la cultura, y quedaran confinados al código y al territorio académico diciéndolo y rindiendo menos de lo que podían. Como contraste, basta pensar en las relaciones entre la prosa de Gilberto Freyre y Sérgio Buarque con la cultura modernista, relaciones de las que deriva el estatuto tan especial de sus obras. Creo no exagerar al afirmar que, en esencia, la intuición histórico-sociológica del seminario no es inferior a la de estos maestros, si bien es evidente que por falta de un instrumento literario a su altura, entroncado en las letras contemporáneas, las obras respectivas no ocupan un lugar del mismo orden. Apuntando más alto, por último, me parece que la clara visualización del subdesarrollo y de sus articulaciones tiene un alcance histórico-mundial, capaz de sustentar, supongamos, algo así como las *Minima moralia* de lo que es sin duda uno de los rasgos claves del destino contemporáneo. Dejo la sugerencia, pero tal vez la idea no pudiese ser realizada en nuestro medio, ya que en último análisis estábamos —y estamos— empeñados en encontrar la solución para el país, *pues el Brasil tiene que tener salida*. Ahora bien, ¿alguien imagina a Marx escribiendo *El capital* para salvar Alemania? Así, nuestro seminario permanecía, al fin de cuentas, pautado por la estrechez de la *problemática nacional*, esto es, por la tarea de superar nuestro atraso relativo, siempre antepuesta a la actualidad. Faltaba dar otro paso, que enfrentase —en la plenitud complicada y contradictoria de sus dimensiones presentes, que son transnacionales— las relaciones de definición e implicación recíproca entre atraso, progreso y producción de mercancías, términos y realidades que se deben entender como la precariedad y la crítica unos de los otros, sin lo cual la ratonera no se desarma.

Traducción de Ada Solari

7. Para un análisis crítico del recorrido, véase José Luis Fiori, "Os moedeiros falsos", en: *Mist, Folha de São Paulo*, 3/7/1994, pp. 6-7.

## Dos tradiciones liberales

### A propósito del liberalismo argentino

Roy Hora, Javier Trímboli

44



En las dos últimas décadas el ocaso de las versiones marxistas y populistas de nuestro pasado —así como el fracaso de las experiencias políticas que se hacían fuertes en esos relatos— ha hecho posible una nueva valoración del ideario liberal que se ve acompañada, en el mundo académico, por un interés renacido en el tramo de nuestra experiencia histórica identificado por la preeminencia de ese credo. Marcados por este clima, Oscar Terán y Luciano de Privitello han revisitado recientemente la trayectoria de las ideas y de las políticas liberales, convencidos de que los resultados de esa incursión serán de utilidad para

iluminar críticamente diversos aspectos de nuestra realidad política y social. Más allá de la distancia por momentos infranqueable que separa a estas flamantes relecturas del liberalismo, ellas poseen la inusual virtud —por lo olvidada— de invitar a la polémica.<sup>1</sup>

El núcleo duro de la interpretación propuesta por Terán radica en su voluntad de demostrar que mucho antes de la decadencia notoria del ideario liberal a partir de los años 30, el liberalismo argentino habría mostrado ya facetas que indicaban severas dificultades para establecer una relación no conflictiva con los procesos de democratización social y política de nues-

tro país. Para probar esta hipótesis, Terán traza un recorrido a través de algunos hitos de la historia intelectual del liberalismo en su etapa de expansión, la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Entre ellos prefiere destacar a Juan B. Alberdi, José María Ramos Mejía y Joaquín V. González, cuyos pensamientos cree expresivos de consensos más amplios. Así señala entre los rasgos constitutivos de la reflexión de estos pensadores ciertos motivos reñidos con la democracia y la modernidad, que se irán exacerbando conforme crezcan las amenazas a la república aristocrática y a la élite liberal. El ascenso sorpresivo del yrigoyenismo y los efectos sobre la cultura y la política de la Primera Guerra, contribuyen a que estos caracteres, que parecerían ilustrar sobre la especificidad del liberalismo argentino, se expandan notablemente. La crisis del treinta por lo tanto sólo aportará condiciones más propicias para que estas temáticas encuentren un mayor eco social.

Para Terán este recorrido permitiría constatar que el liberalismo no condujo a la Argentina hacia lo que califica como una "modernidad inclusiva". Pero que el liberalismo no haya guiado a la sociedad argentina hacia ese buen puerto que el autor parece de-

1. Nos referimos al artículo de Oscar Terán, "La tradición liberal", aparecido en el número 50 de esta revista, y al de Luciano de Privitello, "Los usos del liberalismo: historias y tradiciones en la Argentina menemista", publicado en el número 52.

sear, no hablaría principalmente de un fracaso, sino de la prosecución de ese estigma originario que hizo a esta tradición poco propensa desde un comienzo a aceptar la legitimidad de la alteridad, a aceptar la diferencia. Siendo este el pathos del liberalismo argentino, no sorprende que el autor del ensayo en cuestión concluya que el actual renacimiento de ese credo, lejos de augurar un futuro en el cual la exclusión social sería tan sólo una figura del pasado, permitiría vislumbrar una sociedad aun más fracturada y desigual; en ella incluso la libertad política amenazaría convertirse en un bien reservado sólo para unos pocos.

La crítica que Luciano de Privitello lanza sobre este modo de mirar el liberalismo busca ubicarla en primera instancia como deudataria de aquella versión mayor que comenzó a forjarse con la crisis de la experiencia liberal y que tuvo entre sus pioneros a Leopoldo Lugones. El revisionismo histórico persistiría entonces como el trasfondo desde el cual Terán recortaría su lectura ya no tan nueva del liberalismo. Si bien es cierto que esta interpretación parece desentonar con el consenso que alrededor de la experiencia liberal argentina se ha empezado a tejer tras el opacamiento de los relatos marxistas y populistas de nuestra historia —expresado sintomáticamente en la buena acogida de que fue objeto en su momento *El orden conservador* de Natalio Botana—, no deja de ser cierto también que una distancia la separa de aquella lectura de nuestro pasado que fue sentido común durante los años sesenta y los primeros setenta. Merece notarse, por ejemplo, que el artículo en cuestión está lejos de encontrarse subtendido por una voluntad de impugnación de los valores propios del liberalismo, que fue tan típica del discurso populista e incluso del marxista de aquellos años. Por el contrario, la desazón de Terán frente al liberalismo en la Argentina parecería radicar en la original figura por él descrita, que desde un primer momento lo alejó del sendero que hubiera podido conducir hacia una modernidad inclusiva. Este rasgo de su interpretación lo sitúa dentro del consenso que excede al mundo académi-

co y que se estructura alrededor de un conjunto de tópicos propios del liberalismo, si no por su valoración más o menos elogiosa del tramo de nuestro pasado identificado con el predominio de ese credo, sí por su rescate de esos valores más allá de su —frustrada— inscripción en la experiencia argentina.

Y es ese énfasis puesto en la idea de un liberalismo argentino reñido desde sus más tempranos pasos con el proyecto de una modernidad inclusiva el que invita a polemizar con su interpretación, no sólo por el sesgo genético que la atraviesa —desde el origen y por lo tanto desde más allá de la historia, se encontraría la raíz de nuestro mal, la inexistencia de un liberalismo incluyente— sino también porque es ese énfasis el que hace que el texto sea ganado por un tono acusatorio que, las más de las veces, se impone en desmedro de la reflexión acerca del sentido de esa experiencia y de su crisis. La opción por mirar el liberalismo argentino a través de una retícula que destaca una serie de valores que éste no habría sabido tener en cuenta, si bien logra iluminar aspectos que no siempre son enfocados en las lecturas últimas de este fenómeno, al mismo tiempo ocluye la aproximación al significado de la parábola que ese credo y esa experiencia describieron en la Argentina desde mediados del siglo pasado hasta por lo menos 1930, y cuyos efectos no han dejado de resonar con posterioridad. Terán advierte sobre la tendencia de nuestro liberalismo a deslegitimar al otro, a desprestigiar la democracia y a recurrir a la vía autoritaria para dar lugar a sus proyectos. La verdad de estas observaciones es indiscutible y parece útil recordarla hoy cuando el pudor y la reverencia se imponen en el acercamiento al período signado por la dominancia de esas ideas. Pero en todo caso, bien vale mencionar que esos rasgos negativos son insuficientes para caracterizar la peculiaridad del liberalismo. Presentes con insistente regularidad en la política argentina, bien podrían servir para recusar a prácticamente todas las tradiciones que tuvieron lugar en nuestra vida como nación.

No es muy disímil el efecto si con-

trastamos esas marcas supuestamente constitutivas del liberalismo argentino con las de otras experiencias de ese mismo signo que acontecieron fuera de nuestro país. Es sencillo advertir que el liberalismo argentino sólo puede parecer anómalo en su capacidad, por ejemplo, de articularse con una sociedad de masas y con la democracia, si se lo compara con unos pocos casos nordatlánticos o del mundo anglosajón. Si, en cambio, se consideran otros ejemplos menos brillantes pero más cercanos, nuestro liberalismo se reintegra plenamente a un concierto que muestra derivas similares e incluso ocasos aun más agudos (para no hablar de las similitudes también visibles hoy en su formidable resurrección mundial). Por estas razones los argumentos de Terán que buscan delinear la singularidad de la tradición liberal argentina no se nos ocurren inapelables. En su interpretación, el sentido de esa experiencia queda ocluido bajo el doble peso de una lectura genética y del señalamiento de una serie de faltas que seguramente nos informan menos sobre nuestro liberalismo que sobre los alcances de algunos tópicos de una vigorosa denuncia contemporánea, deseosa de recuperar experiencias y colectividades humanas antaño denigradas, olvidadas o sojuzgadas. Antes que hablar de la especificidad del liberalismo argentino, la tematización de las violencias de quienes profesaron ese credo es expresiva de un clima intelectual que, tras la caída de otras certezas, hoy busca nuevas banderas con las que reemplazarlas.

La crítica de Luciano de Privitello se despliega tanto para recusar la imagen que Terán había delineado de la experiencia liberal, como para desmentir la filiación que supuestamente éste había sugerido entre esa tradición y el menemismo. El propósito de esta operación es construir un relato sobre la tradición liberal que demuestre su radical incompatibilidad con la política llevada adelante por el actual gobierno. Para proponer esta lectura, de Privitello se hace eco de un conjunto de trabajos historiográficos mayores elaborados en las dos últimas décadas, entre los que destacan los de Natalio

Botana y Tulio Halperin. Al mismo tiempo, su artículo suscribe ese extendido consenso del campo académico e intelectual, que tiende a evaluar de modo menos sistemáticamente negativo la etapa que dio lugar a la construcción de una de las economías agrarias de exportación más exitosas del mundo y que sentó las bases de la Argentina moderna. Al afirmar la capacidad del ideario liberal para conducir un proceso de cambio socioeconómico y cultural que remató en la reforma política de 1916, al señalar el elevado grado de consenso sobre los valores en los que ese proceso se asentaba, esta nueva versión del liberalismo niega mucho de lo afirmado por el autor de *Nuestros años sesenta*. Más aún: al advertir la preocupación del liberalismo decimonónico por la consolidación de una tradición política republicana, al subrayar sus luchas por la conquista de la libertad política y la construcción de una ciudadanía política activa, de Privitellio cree encontrar en esa tradición liberal enseñanzas todavía valiosas para el presente.

El contraste con el trabajo de Terán pasa a ser aun más notorio si se considera el tono que domina esta versión última del liberalismo. Pues de Privitellio prefiere describirlo con una alta capacidad de inclusión, que lo llevó de triunfo en triunfo desde el desquite de ese ideario en Caseros hasta la década del treinta. En el camino, el liberalismo se ofreció como canal para construir un estado, una ciudadanía civil y luego una política, en especial a través del cumplimiento de una de sus últimas promesas, la reforma y democratización del sistema electoral. Para de Privitellio, la elevada capacidad inclusiva del liberalismo se advertiría también en que, hasta el treinta, todos los partidos políticos habrían reconocido una adscripción a ese credo. Pero el liberalismo fue algo más que la *lingua franca* de la política argentina por varias décadas. Conquistada la ciudadanía civil, proyectándose la política, el liberalismo de fines del siglo XIX también se abrió a la reforma social. El reformismo liberal, corriente que de Privitellio considera dominante en la escena política desde 1890, a partir de entonces impondría sus cri-

terios. Como también se indica en el reciente *Los liberales reformistas*, de Eduardo Zimmermann, ese reformismo buscaba la incorporación de las nuevas fuerzas sociales a través de una política "claramente inclusiva".<sup>2</sup> De esta forma, si la lectura de Terán señalaba una única tonalidad en la tradición liberal argentina —y no precisamente la que el autor hubiera preferido—, en el exacto reverso de esta interpretación, de Privitellio encontrará como nota preponderante la capacidad inclusiva de esa tradición y de su política.

Al denunciar la experiencia liberal argentina, la versión de Terán parecía distanciarse del clima que se ha venido forjando alrededor de ella en los últimos veinte años. La interpretación de Luciano de Privitellio, en cambio, parece un producto extremo del mismo. Pero lo que en primer lugar llama la atención en su lectura del liberalismo, y lo aleja de ciertos textos en los que se apoya, es la ausencia de una voluntad firme de ensamblar dentro de una misma trama explicativa el llamado mundo de las ideas con otras dimensiones tales como las sociales o económicas. Si Terán veía la historia de la tradición liberal como el despliegue de unos motivos siempre en ella presentes —y por esta razón en su relato los avatares de nuestra historia hacen las veces de condiciones que actualizan esos rasgos hasta entonces virtuales—, de Privitellio prefiere no investigar en qué medida la suerte de esa tradición liberal se inscribe en un contexto histórico específico.

Esa débil inscripción de las ideas en realidades más suculentas desemboca en la ausencia de toda reflexión acerca del poder. Cuestión esta última opacada en las producciones historiográficas actuales —seguramente como resultado de la crisis de los paradigmas que parecieron ofrecer las respuestas más efectivas para su abordaje—, sin embargo sigue siendo imprescindible explorarla si se pretende hacer historia. Por esta ocusión Luciano de Privitellio piensa la tradición liberal centralmente como "un conjunto de valores típicamente iluministas introducidos y defendidos en nuestro país por aquellos intelectuales identificados con el liberalismo". De este modo, el

liberalismo argentino se nos presenta con un rostro exclusivamente virtuoso que excluye aspectos sin embargo esenciales para una evaluación más correcta de su historia y sus promesas.

Uno de los problemas más notorios que pasa a ser marginado de este relato se refiere a la focalización de la relación entre liberalismo, estado y clases dominantes. Hoy sabemos que la ausencia de un pensamiento conservador vigoroso hizo que por varias décadas, hasta fines del siglo XIX, casi todo el universo político e intelectual se identificase con el liberalismo. Pero nada indica que el énfasis que de Privitellio pone en destacar cómo éste fue el lenguaje con el que se vocearon las demandas de una sociedad política más activa y de base más amplia que la que permite suponer la imagen de la república aristocrática, sea suficiente para negar un hecho central de la historia del liberalismo. Que él fue, durante varias décadas, el cemento de un estado que claramente definió en favor de las clases de poder —con la terrateniente en su centro— aspectos muy sustantivos de la orientación de las políticas estatales. En distintas ocasiones, Tulio Halperin Donghi, un historiador sensible hacia los problemas del poder en el siglo XIX, ha mostrado cómo los que de Privitellio presenta como "verdaderos caudillos populares como Alsina, Mitre o Alem cuyo capital político se apoya en la capacidad para liderar una vigorosa opinión pública transformada en espacio de construcción de prácticas y legitimidades y una maquinaria plebeya cuya actuación resultaba definitiva en el balance de fuerzas", definieron programas y políticas en un diálogo exclusivo con los grupos dominantes, aceptando un contexto sociopolítico que no podían ni probablemente quisieran cuestionar.<sup>3</sup> Es por ello que conservar hoy la denominación de república

2. Eduardo A. Zimmermann, *Los liberales reformistas*, Editorial Sudamericana-Universidad de San Andrés, Buenos Aires, 1995, p. 215.

3. Tulio Halperin Donghi, "Liberalismo argentino y liberalismo mexicano: dos destinos divergentes", en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Sudamericana, Buenos Aires, 1987, p. 161.

ca aristocrática para reflexionar sobre el período de apogeo liberal —denominación a la que de Privitellio parece renunciar— no necesariamente implica desconocer un cuadro más complejo que el que resulta de la hipótesis de la limitación de la ciudadanía por abajo. En todo caso, pretende seguir promoviendo una interrogación sobre cómo un orden sociopolítico inspirado en el liberalismo pudo reproducir una situación de poder que volvió compatible la presencia de una activa opinión pública y una competencia política por momentos abierta y franca, con una distribución extremadamente desigual de los recursos económicos, el poder y el prestigio.

Una prueba adicional de que la relación entre liberalismo y poder estatal aparece asordada en la tradición liberal imaginada por de Privitellio, lo ofrece la ausencia de toda consideración explícita sobre esa etapa nueva en la vida argentina que fue la década del ochenta. Signada por el fortalecimiento del estado y el agotamiento del republicanismo que había ofrecido temas y motivos a las discusiones públicas en las dos décadas anteriores al triunfo de Roca, sólo es mencionada elípticamente cuando se señala la reacción anti roquista que reivindica las libertades políticas. Sin vincularlo con las relaciones de poder propias de esa sociedad aluvial, se hace también difícil entender el impulso reformista que de Privitellio imagina dominante en el liberalismo desde la crisis del noventa. Y esto no sólo porque podría encontrarse en ese impulso la voluntad de realizar la premisa hobbesiana del *protego ergo obligo*, sino principalmente porque queda sin explicación el fracaso efectivo —e incluso bastante estrepitoso— del proyecto reformista. Así, lo que evidencia el libro de Eduardo Zimmermann —a pesar incluso de las conclusiones a las que su autor arriba— es cómo ese impulso transformador en el cambio de siglo fue incapaz de enfrentar con convicción las tareas de una reforma social. Pues si esa lectura de la Argentina liberal-conservadora muestra bien que entonces muchos intelectuales no se negaron a considerar esas tareas —sin por ello proponer modificaciones sus-

tantivas en las relaciones entre estado y sociedad—, también ilustra sobre las dificultades para transformar esas preocupaciones en políticas efectivas. En el fin de siglo, la élite liberal comenzaría a replegarse sobre sí misma, mostrando crecientes dificultades para aceptar los desafíos propuestos por la sociedad de masas, que otros liberales en los que gustaba mirarse afrontaban para ese entonces en forma más eficaz.

Es preciso señalar que la imagen de la experiencia liberal delineada por Luciano de Privitellio —como en general toda la revalorización actual de esa experiencia—, al acentuar los rasgos inclusivos de la misma, ocultando su vinculación con relaciones de poder efectivas, no deja perspectiva para pensar la crisis del liberalismo argentino. Porque más allá de que se puede reconocer la sobrevivencia de distintos tópicos de ese credo en el radicalismo —identidad política masiva que emerge triunfante del derrumbe del orden conservador—, lo cierto es que esa crisis y ese fracaso existieron. Para atestiguarlo no sólo están las expresiones entre estupefactas y horrorizadas de más de uno de los miembros de esa élite liberal que se había visto desalojada de su lugar preeminente en la política argentina, sino también el hecho de que el liberalismo que sobrevivió a la Primera Guerra y al ascenso del yrigoyenismo ya no iba a poseer la dimensión utópica de su momento de expansión en el siglo XIX, signada por la creencia en la perfectibilidad del hombre y de las sociedades humanas; lo testimonia también una historia política más reciente que cuando pareció reencontrarse con el liberalismo lo hizo sobre la base de la tergiversación más o menos alevosa de las prácticas democráticas o a través del uso sin mayores atenuantes de la fuerza militar.

Más allá de todo lo que separa a estos dos artículos es posible encontrar, sin embargo, ciertas marcas comunes. Una de ellas se vincula con la voluntad de ambos por unir en una misma figura argumentativa política e historia. Como se ha venido señalando en el último tiempo, esta combinación hoy re-

sulta poco habitual en el mundo intelectual y académico, en parte por la crisis de los dispositivos y las condiciones de enunciación que habían sostenido (y constituido) esa voluntad en el pasado, pero también por otra razón más local; nos referimos a la extendida percepción de que a partir de la última dictadura militar, y también luego de estos seis años de menemismo, una escisión irrevocable ha dividido a nuestra experiencia como nación en un antes y un después que ya no resisten fáciles filiaciones. El presente parece erigirse como un tiempo de espaldas a la historia, refractario a todos sus legados. En contraste con esta percepción que, aunque no siempre explicitada, subyace a gran parte de la producción historiográfica e intelectual de los últimos años, la peculiaridad que transita tanto el artículo de Oscar Terán como el de Luciano de Privitellio radica en el propósito común de restablecer un diálogo fluido, sin mayores mediaciones entre el pasado y el presente en función de perfilar una intervención política. De Privitellio, invocando una vieja apuesta de José Luis Romero, en su momento poco escuchada, parece sugerir que no es tanto lo que nos distancia de aquellos liberales y que por eso mismo pueden socorrernos en la tarea de iluminar y criticar nuestro presente. Por su parte, Terán se manifiesta convencido de que esa tradición liberal, siempre marcada por su incapacidad para dar lugar a una modernidad inclusiva, encuentra su fiel continuación en el liberalismo actualmente dominante. A su modo, las dos intervenciones se conectan en la suposición de que el corte entre pasado y presente no posee una hondura tal que haga inverosímiles e inútiles estas filiaciones y estos diálogos.

Intentando desagrar al liberalismo de su posible ligazón con el menemismo, de Privitellio se vuelca hacia el pasado de esa tradición. Pero lejos de desactivarla —tal como un uso crítico de la historia recomendaría hacer con toda narración de este tipo—, la restituye. Transitando sólo en la alta esfera de los enunciados virtuosos, su reconstrucción se desliza hasta transformarse prácticamente en

un nuevo relato mítico. El orden liberal-conservador, ubicado más allá de la historia y de las relaciones de poder, constituiría el origen deseado de la Argentina moderna, origen en el cual abreviar para torcer el rumbo agobiante de nuestra sociedad presente.

El reencuentro entre política e historia se produce así a través de un relato cuya resonancia mítica es difícil pasar por alto. Pero no es fundamentalmente esa resonancia lo que invita a extrañarnos, sino más bien el original segmento de nuestro pasado sobre el que se opera la novedosa valoración. A lo largo del siglo XX, variados han sido los fragmentos de nuestra historia convocados para alumbrar con su carga mítica disímiles presentes. Sin embargo, el orden político y social vigente entre 1860 y 1916, y el credo intelectual que lo sostuvo, todavía no habían sido objeto de una operación de este tipo por parte de actores identificados con los valores del progresismo. Generalmente cuando se los evocaba desde este no siempre bien demarcado sector, era para desentrañar en la fisonomía de aquellas décadas el origen de los males que se sucederían luego. El caso que aquí consideramos es, como se puede apreciar, bien distinto. Vale preguntarse entonces por el sentido de esta atracción que describe la forma de un elogio sin fisuras, de una valoración acrítica.

Una primer respuesta se limitaría a advertir que la opción de Luciano de Privitellio habita cómodamente en una época que se reconoce en la exaltación de un conjunto de valores extraídos del credo liberal y que se siente aún más legítima luego del fracaso de los proyectos igualitaristas y revolucionarios. Sin embargo esta respuesta no tendría en cuenta parte relevante del argumento de nuestro autor, que apunta a destacar la utilidad que tendría para una crítica del presente el rescate de la experiencia y la tradición liberal. Conviene entonces reflexionar acerca de la carga crítica que ese rescate arrojaría sobre la actualidad menemista. Observando la esfera de las relaciones económicas se torna directamente imposible hallar en esa tradición liberal y en particular en la experiencia que se extendió hasta

1916, la presencia cierta y persistente de algún tipo de política económica y social que al buscar poner límites a la soberanía del mercado y de los sectores dominantes de esa sociedad, pueda ser útil de resucitar para atenuar los efectos sociales nocivos que hoy acarrea el triunfo arrollador del capital. Centrándonos en la esfera política, que merece la atención privilegiada de de Privitellio, la conclusión tampoco se hace esperar. A pesar de todos los matices que la historiografía ha buscado recientemente en la vieja república, resulta difícil imaginar que un orden político tan sesgado hacia los sectores de poder, que se sostuvo sobre la existencia de una población heterogénea y despolitizada y que apeló con asiduidad a un arsenal de prácticas que se encontraban reñidas con los principios democráticos y republicanos, pueda ser esgrimido en forma fructífera contra este presente político. Al mismo tiempo, convocar como interlocutora privilegiada a la élite política de la república aristocrática, que repudió o miró con desconfianza los signos de democratización que emergían en esa sociedad y que, al apreciar los efectos de la reforma política por ella impulsada, no dudó en explorar senderos discursivos y prácticos alejados de la democracia, para reinstalarse en el lugar de preeminencia que creía corresponderle por naturaleza; convocar a esa élite como arma crítica sobre el presente, no parece hablar de otra cosa que de la defunción de la criticidad.

Sin embargo sí parece haber un rasgo evocado por este relato que, presente en ese origen, se encontraría ahora ominosamente ausente. No es ninguna novedad reconocer que el orden liberal-conservador le reservó a los hombres de letras un lugar sino central al menos siempre significativo. *Gentlemen*-escritores y científicos sociales alternaban sus quehaceres intelectuales con la práctica política desde la esfera estatal. Pero si ese lugar en más de un aspecto privilegiado nunca había avivado antes el elogio de los intelectuales de izquierda, tal vez hayan sido estas últimas décadas, signadas por grandes tragedias y por la actual intemperie, las que hagan posible no sólo el elogio sino también la

nostalgia. Caídas las condiciones que habilitaron los relatos sobre nuestro pasado que voceaban la historia de un Sujeto, o que anunciaban el pronto fin de un proyecto secular de dominación, ese momento y esas élites se vuelven intrigantes y atractivos para nuestros intelectuales por otras razones. En la experiencia liberal previa a 1916 parece anidar una vaga aspiración, o una añoranza: la de una vida intelectual distinta y mejor. Desde este presente se ha tornado audible este discurso que, como un homenaje de la inteligencia a la inteligencia, hace del liberalismo argentino una tradición a resguardar. Es que racionalidad y política, y por lo tanto intelectuales y política, habrían encontrado bajo la égida del orden liberal-conservador un último espacio común al abrigo de las tormentas. Parece al menos entendible así que la nostalgia por esa experiencia hoy se abra paso. No sólo hablaría de una renacida confianza en las virtudes de un marco institucional sólido, como aquel que los liberales argentinos construyeron en el siglo pasado, como condición para organizar una convivencia civilizada entre los hombres; dentro de la reconciliación con el mundo liberal, quizá también exprese la añoranza de un lugar menos precario que el que los intelectuales argentinos se han visto obligados a ocupar en las últimas décadas.

Y es por todo ello que no deja de ser útil advertir algo de lo que esa nostalgia restauradora muchas veces pasa por alto, a saber: que si es cierto que ese lugar privilegiado para el hombre de letras existió, lo fue al precio de que esos saberes desistieran de toda criticidad e incluso de cierta agilidad para interpelar con efectividad lo real; que la particular relación entre saber y poder que le confirió a los hombres de ciencia y a los intelectuales un lugar importante dentro del estado se ha disuelto y que no hay nada que vaticine que pueda renacer; y por último que la Argentina del ganado y de las mieses ha sucumbido, al igual que su bastarda heredera la Argentina peronista, y que por lo tanto, ante la futilidad de la nostalgia, sólo restan la inventiva y el afán de criticidad para diseñar inéditos senderos de intervención cultural y política.

# PUNTO DE VISTA

Si usted no tiene todos los números atrasados de *Punto de Vista*, ahora puede obtenerlos.

En la Librería Gandhi, en Corrientes entre Montevideo y Paraná: números 22 a 50.

En nuestras oficinas: Facsimilares de los números 1 a 21. Llámenos por teléfono al 381-7229 y encargue los números que necesita. O escribanos a: Casilla de correo 39, Sucursal 49, Buenos Aires.

Libreros de Capital e Interior, dirigirse a: Trapacs, Balcarse 458, Buenos Aires, Teléfono: 345-0411.



## NUEVA SOCIEDAD

ENERO-FEBRERO 1996

Nº141

Director: Heidulf Schmidt  
Jefe de Redacción: S. Chejfec

COYUNTURA: Ana María Campero, Bolivia. Carrera contra el tiempo. Leticia Salomón, Honduras. Los retos de la democracia. Raúl Leís, Panamá. Entre el asedio y la esperanza. APORTES: Jorge Castañeda, La izquierda en ascuas y en ciernes. Clara Murguialday, Mujeres, transición democrática y elecciones. El Salvador en tiempos de posguerra. Virginia Vargas Valente, Disputando el espacio global. El Movimiento de Mujeres y la IV Conferencia Mundial de Beijing. Miguel Eduardo Cárdenas/Oscar Delgado, Reconstrucción de la esfera pública y voto cívico-independiente en Colombia. TEMA CENTRAL: PRESENTE Y FUTURO DE LA IZQUIERDA. Rodrigo Arocena, La izquierda ante la decepción. Isidro Cisneros Ramírez, El espacio normativo de la izquierda y la nueva geometría de la política. Alejandro Colás, La izquierda y lo internacional. Amparo González Ferrer, Reivindicaciones zapatistas. Una constante en la historia de México. Jefferson Oliveira Goulart, Democracia y ejercicio del poder: desafíos para una nueva izquierda. Diego Martín Raus, La tensión teoría-historia en la izquierda latinoamericana. José Sánchez Parga, Despensar la izquierda. Erick Rolando Torrico V., Bolivia. Izquierdas en transición. LIBROS. POSICIONES: Declaración final del XX Congreso ALAS.

SUSCRIPCIONES  
(Incluido flete aéreo)  
América Latina  
Resto del mundo  
Venezuela

ANUAL  
(6 núms.)  
US\$ 50  
US\$ 80  
Bs. 2.800

BIENAL  
(12 núms.)  
US\$ 85  
US\$ 145  
Bs. 5.200

PAGOS: Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones. Dirección: Apartado 61.712- Chacao-Caracas 1060-A. Venezuela. Telés.: 267.31.89 / 265.99.75 / 265.53.21 / 266.16.48 265.18.49, Fax: 267.33.97; Correo E.: kmuller @ conicit. ve, megonzal @ conicit. ve.

## DIARIO DE POESÍA

Nº 37 / Otoño de 1996

Reportajes a Marcelo Cohen y Luis Bañuelos  
Ensayos de Edward Said, Seamus Heaney,  
Tom Paulin y Adrienne Rich  
El poema de la gran pregunta: Antonin Artaud

**SUSCRIPCIONES: (4 números, 1 año)  
US\$ 40**

CHEQUES A LA ORDEN DE DANIEL SAMOILOVICH  
Bartolomé Mitre 2094, 1º (1039) Buenos Aires

## REVISTA IBEROAMERICANA

Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

### Suscripción anual:

Socios del IILI: US\$ 45.00  
Individual para estudiantes: US\$ 25.00  
Individual para profesores jubilados: US\$ 25.00  
Socios protectores: US\$ 70.00  
Instituciones suscriptoras: US\$ 60.00  
Instituciones protectoras: US\$ 70.00

### Países latinoamericanos:

Individual: US\$ 25.00  
Instituciones: US\$ 30.00

Director: Keith Mc Duffie  
Secretaria-Tesorera: Dra. Pamela Bacarisse

1312 CL, Universidad de Pittsburgh  
Pittsburgh PA 15260 USA

24 de marzo: Altamirano / "Villa" de Gusmán:  
Sarlo / Música orgánica: Monjeau / Obje-  
tos: Sato / Escuela pública: Dussel / Jóve-  
nes y crónica policial: Arfuch / Ciencias  
sociales y salud mental: Vezzetti / Un semi-  
nario de Marx: Schwarz / Debate liberalis-  
mo: Hora y Trímboli                      Ilustraciones:  
libro-muestra colectiva "Veinte años"

DE VISTA  
PUNTO

54 Revista de  
cultura  
8 \$  
Abril 1995

